
T. N. HAWKE
EL AULLIDO DEL
LOBO
Un licántropo
una mujer mordida
una pasión incontenible

EL AULLIDO DEL LOBO

Una novela de

T. N. HAWKE

(autoconclusiva)

@del libro Marta Guinart Tamarit (T. N. Hawke), 2026 en adelante.

@de la portada Marta Guinart Tamarit (T. N. Hawke), 2026 en adelante.

Sinopsis

Un licántropo alfa.

Una mujer humana mordida.

Una pasión incontrolable.

Me llamo Desa y, hasta hace unas horas, era humana.

¿El problema? Que un lican Descontrolado me ha mordido, y ahora debo enfrentarme a las consecuencias: sobrevivir a la conversión y encontrar una manada que me proteja de los rebeldes humanos (y de la locura de sangre) o morir.

No esperaba que Jadek, alfa de la manada Seawolf, se cruzara en mi camino… ni que me ofreciera ayudarme a superar la transformación de humana a lican a base de sexo, el muy pervertido.

Sí, has leído bien: sexo.

Al parecer, las feromonas de un alfa ayudan a no morirte mientras cambias. Quién me lo iba a decir.

El que Jadek esté más bueno que el pan con chocolate y que sus abdominales me tengan obsesionada no va a hacer que me postre a sus pies como lo hacen todos.

Ya lo verá.

Se lo voy a demostrar a ese maldito alfa tozudo y orgulloso, aunque me cueste la vida.

Yo no me inclino ante nadie.

TROPOS: licántropos, un mundo en guerra, pasión, y mucho más en esta nueva novela de T. N. Hawke.

Sobre este mundo

Querido lector,

En este mundo existen dos subgéneros que pertenecen únicamente a los licántropos: alfas (los dominantes, guerreros más fuertes y líderes de las manadas, aunque los hay que sirven a otros alfas a los que respetan o de los que son familiares); o betas (el resto de licans. Es decir: los licántropos normales, que ya de por sí son bastante peligrosos).

Los subgéneros no están ligados al género. Es decir, que tanto hombres como mujeres pueden ser una cosa u otra.

Espero que disfrutes de tu lectura.

Un abrazo.

T. N.

ÍNDICE

Sinopsis

Sobre este mundo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 1

—Dicen que la luna llena trae buena suerte.

—Si tú lo dices —le respondo a Claire sin prestarle mucha atención.

—Hay que ver qué poco creyente eres en lo sobrenatural —se queja ella.

—A mí me parece que ya hay suficiente sobrenatural en la vida normal como para encima añadirle más cosas —protesto yo, soltando un suspiro—. Con todo eso de los hombres lobo siendo real, a ver quién querría más magia y tonterías así en su vida.

—Pues yo quiero creer —insiste ella—. El mundo es un lugar mágico.

Se pone a hablar de sus cosas, como siempre, y yo presto atención solo con un oído, como siempre. Mi mente está ocupada con otras cosas: con que no voy a poder pagar el alquiler de la habitación del piso compartido otro mes más y darme el lujo de comer al mismo tiempo porque nos han bajado el sueldo; con que la guerra, que dura ya cien años (desde que los licántropos se cansaron de estar en las sombras y decidieron compartir el mundo moderno con los humanos a las buenas o a las malas, y los gobiernos decidieron que sería a las malas), está cada vez peor; y con tantas otras cosas que me agobian tanto que sé que esta noche no voy a poder dormir bien (para variar).

—Bueno, nos vemos mañana, ¿vale? —se despide Claire, que tiene el cuestionable lujo de poder vivir con sus padres.

—Hasta mañana —asiento—. Que pases buena noche.

Yo no tengo padres. Mi madre murió cuando era pequeña de una sobredosis y mi padre de lo mismo cuando yo tenía dieciséis. Me crie en el sistema de acogida desde entonces y cuando salí, a los dieciocho, solo tenía un bachiller a mi nombre y mi mochila.

Nada más y a nadie más.

—Igualmente —replica ella con una sonrisa amigable.

Me cae bien, Claire, aunque se pase la vida con la cabeza en las nubes. Yo no puedo permitirme ese lujo. O me centro en mis dos trabajos o no como.

Como esta noche. Ahora que he terminado mi turno de tarde en la cafetería, me toca el almacén del bazar veinticuatro horas en el que hago horas extra hasta las cuatro de la mañana, cuando podré al fin volver al tugurio compartido con extraños que llamo hogar.

Así que pongo rumbo hacia mi otro empleo, situado, por suerte, no muy lejos de donde me suelo despedir de Claire, que se marcha por otra calle. Justo cuando me he metido en el callejón que da a la parte trasera del bazar, donde está la entrada de camiones, siento que algo va pero que muy mal.

Y tengo razón.

—¿Hol…? —La voz se me atraganta cuando veo la sangre y los pedazos humanos repartidos por el suelo. Hay trozos de lo que creo que es cerebro en el techo del almacén.

Echo a andar hacia atrás, pero es muy tarde. El lican que ha atacado a mis compañeros del turno de noche me ha oído. Oigo su terrorífico gruñido proveniente del pasillo de al lado de las estanterías donde guardamos las plantas artificiales.

Me doy la vuelta y corro todo lo deprisa que puedo hacia la avenida, que está llena de gente, pero sé que no llegaré a tiempo. Son muy rápidos.

Estoy muerta si no logro encontrar un escondrijo en el que la criatura no pueda entrar.

Así que me desvío hacia el despacho del encargado y me encierro allí con pestillo, esperando que la puerta de metal aguante y sabiendo que estoy muy jodida ahora mismo.

Mierda, pienso con pánico, sacando el móvil del bolsillo y marcando el número de la sección de la policía especializada en cazar licans como estos: los llamados Descontrolados, que supuestamente han perdido su lado humano.

—Sección de Caza de Licántropos de la policía de Val…

—¡Aaaaah! —grito cuando la bestia se estampa contra la puerta de metal, intentando echarla abajo, y chillo otra vez cuando aúlla con fuerza al oírme—. ¡Ayuda! ¡Un Descontrolado en la calle Petunias número trece! ¡Ayuda!

No puedo evitarlo. Voy a morir y no puedo hacerlo en silencio.

El móvil se me cae de las manos cuando el lican se estampa de nuevo contra la puerta y los goznes crujen por su peso.

Va a devorarme.

Va a comerme y ni siquiera he tenido una vida que me entristezca perder. Tan solo siento pánico por el dolor que voy a vivir cuando me desgarre con sus larguísimas garras. Puedo oler la sangre de mis compañeros como si estuviese pegada a mi nariz. Todo apesta a muerte.

Mañana encontrarán mi cuerpo en el despacho del pobre Bob, al que seguramente haya devorado ya, y nadie excepto Claire, quizá, llorará mi muerte y acudirá a mi cremación. Es jodidamente triste. Y también es extraño que solo pueda pensar en eso mientras el lican intenta echar la puerta abajo.

Debería estar pensando en maneras de escapar, pero no hay ninguna. O en maneras de luchar, aunque tampoco se me ocurre una.

¿Cómo peleas contra una bestia devorahombres de dos metros de largo con forma de lobo enorme que camina sobre dos patas y tiene las garras más largas que una daga?

Me acurruco bajo el escritorio, muerta de miedo, y me pongo a llorar porque no siento pena por morir, solo por sufrir, y lloro aún más cuando pienso en el pobre Fred, que solo tenía dieciséis años y acababa de empezar a trabajar en el almacén.

Y no me doy cuenta de que el lican ha dejado de intentar echar la puerta abajo hasta que oigo que el cristal de la ventana, que comunica el despacho de Bob con el almacén para que pueda vigilarnos mientras está sentado, cruje.

Entonces la ventana estalla porque el maldito lobo se ha lanzado contra ella y el despacho se convierte en un caos cuando la criatura se estampa contra la superficie del escritorio.

No sé ni cómo me muevo. Solo sé que lo hago. Salgo de debajo del escritorio entre chillidos, abro la puerta mientras la cosa esa intenta recuperar el equilibrio, la cierro tras de mí de un portazo y echo a correr hacia la calle.

Durante un instante, un efímero segundo, casi creo que voy a poder huir.

Pero todo eso se acaba cuando el lican salta sobre mi espalda, rompiéndome las costillas y la columna, y clava sus fétidos colmillos sobre mi hombro.

Grito como nunca he gritado en mi vida y pierdo el conocimiento.

Y eso es todo lo que sé hasta que despierto horas más tarde.

Capítulo 2

No sé dónde estoy.

Solo que siento un dolor tremendo y que no reconozco la habitación en cuya cama estoy tendida, retorciéndome de agonía. Mis huesos crujen de manera ominosa y me doy cuenta, *ohjoderohDios,* de que he sobrevivido al lican y de que la mordida de este me debe de estar transformando.

Ya no soy humana. Me estoy convirtiendo en un jodido hombre lobo y voy a acabar comiéndome a la gente o algo peor (aunque no se me ocurre nada peor, la verdad). Y encima ni siquiera sé si sobreviviré a esto o moriré mientras padezco el peor dolor de toda mi vida.

Ojalá no me hubiera despertado, pienso con horror. *Ojalá el lican me hubiera matado. Este dolor es peor que la muerte.*

—Veo que estás despierta —murmura una voz masculina—. Bien. Eso es buena señal.

Me giro y, a través de ojos empañados por las lágrimas, veo a un hombre alto de cabello rubio y gafas que me observa con rostro sombrío.

—Mátame —le suplico.

Él suspira y se pasa una mano por el pelo.

—Al menos tus huesos se han alineado y regenerado —señala como si hablara para sí mismo—. No sufrirás tanto.

Suelto una carcajada de extrañeza que se transforma en un grito de agonía.

—¡Mátame! —le exijo al desconocido.

—Jadek está a punto de llegar —dice, y se da media vuelta saliendo de la habitación en la que estoy, deteniéndose justo antes de cerrar la puerta para mirarme una última vez—. Él sabrá qué hacer contigo. Es raro que no hayas muerto.

El desconocido se marcha dejándome sola con mi agonía y con la cabeza repleta de preguntas.

Capítulo 3

JADEK

—¿Ha sobrevivido? —me extraño.

Merion asiente.

—Aun con la columna rota y el estado en el que la trajimos —afirma asombrado—. Podría ser una buena guerrera… si sobrevive al cambio, claro está. Todavía está en los primeros síntomas: dolor agudo y sudoración. Me ha suplicado que la mate un par de veces y, como oyes —se escucha un grito de agonía que me hace sentir una oleada de empatía por la chica—, el proceso está siendo largo.

—¿Ha dado señales de subgénero?

Merion niega con la cabeza.

—Claro que no. Todavía es pronto para saber si será alfa, como tú, o una mera beta, como el resto de los licans. Por cierto —añade con ojos calculadores—, me gustaría tomar muestras de su médula antes de que te la lleves. Si te la vas a llevar, claro.

—Si no lo hago la acabarás diseccionando —bromeo.

El humano se encoge de hombros.

—Viviseccionando sería un término más adecuado para el caso —replica con honestidad.

Enarco una ceja y el médico del mercado negro agacha la cabeza. Sabe lo que pienso sobre abrir licans vivos. Le consiento que coja muestras y que trate a los míos cuando están enfermos, ya que es un buen aliado, pero tengo mis límites.

—Entonces —carraspea Merion—, ¿te la vas a llevar?

Suelto un gruñido afirmativo.

—Ha sobrevivido al ataque de un Descontrolado y se ha regenerado. Como ya has dicho, esa es una buena señal de fuerza. Es muy posible que sobreviva al cambio…, aunque no sin ayuda.

—Tú y tus misterios, alfa —suspira el médico—. Nunca me explicarás cómo consigues que todos tus guerreros sobrevivan, ¿verdad?

Le sonrío mostrándole los colmillos.

—No es asunto tuyo. Y ahora prepárala para el viaje. Quiero llevármela a la guarida antes de que tu clientela habitual se presente aquí.

Tiene tratos con otras manadas y no quiero que otro jodido alfa tenga acceso a una potencial guerrera. Ha sido una suerte encontrarla y traerla aquí. Estaba persiguiendo al Descontrolado para matarlo de una puta vez (lleva meses causando estragos y siendo motivo de queja por parte de mis aliados humanos) cuando lo he pillado intentando comérsela. Aunque el Descontrolado ha echado a correr cuando me ha visto. He tenido que elegir entre traer a la chica a la clínica ilegal de Merion o perseguirlo. Espero no haberme equivocado.

—Como quieras —susurra Merion—. Aunque es una pena que te la lleves.

—Te he pagado bien por alinearle los huesos antes de que estos sanaran.

—Si es que estos sanaban —me corrige él con la mirada despistada, seguramente pensando en su próximo experimento—. Pero sí, bien. La pondré en una camilla y la puedes meter en una de las ambulancias falsas. Así nadie te cortará el paso mientras te largas.

—No —niego con la cabeza—, canta demasiado. Prefiero llevármela en mi coche.

—¿En su estado? —se escandaliza él, saliendo de su estupor.

Elevo un hombro en un gesto indiferente.

—Si se le va la cabeza y me ataca, peor para ella. Ni siquiera un lican en mitad del cambio podría conmigo.

—Menuda chulería —ríe el médico—. Aunque no sin motivo. Te he visto luchar —se estremece—, y no quiero volver a hacerlo nunca más. Así que bien, vale. Le diré al personal que la acomode en la parte trasera del coche. Sufrirá al moverla, pero es mejor que no se quede aquí si se va a acabar convirtiendo en una Descontrolada y no me vas a dejar encerrarla en una celda de contención para viviseccionarla más tarde.

El médico se marcha a cumplir lo prometido y yo me giro hacia mis chicos, que forman parte de mi guardia personal.

—Iréis todos en el segundo coche. Yo conduciré.

Hay algunas protestas, pero en general son betas obedientes y no ponen muchas pegas a mis órdenes. Son conscientes de que, si la chica ha sobrevivido hasta ahora tras la mordida de un Descontrolado tan poderoso como al que llaman el Matador, es muy posible que sea una alfa. Y ni uno solo de ellos podría contra ella.

Debo encargarme yo.

Capítulo 4

Me resisto cuando me agarran y me introducen en un coche, pero no sirve de nada.

—¿A dónde me lleváis? —pregunto en vano.

La gente, unos vestidos como si fuesen moteros y algunos como si fueran médicos, me ignora por completo más allá de comprobar el estado de mi fiebre y ponerme un pequeño gotero portátil para que no me deshidrate. Es humillante y confuso, pero estoy tan sumida en mi dolor que apenas puedo hacer nada para intentar huir de ellos.

Al menos parecen estar intentando ayudarme, pienso cuando veo cómo uno de los que van vestidos de médicos me toma la temperatura y se la anuncia al rubio de antes. *Eso es bueno, ¿no? No parece que vayan a matarme por estar convirtiéndome en lican. Aunque algunos sí que parecen asustados de mí.*

No tengo ni idea de qué es lo que está ocurriendo, excepto que me están trasladando a algún lugar y que no les importa en absoluto mi consentimiento. Y no sé si eso es algo bueno o algo de lo que preocuparme profundamente.

El viaje es largo, y el conductor, del que solo puedo ver el pelo, negro y corto, y uno de los tatuados brazos cuando lo mueve para cambiar de marcha, no responde a ni una sola de mis afiebradas peticiones de matarme o a mis preguntas sobre a dónde me lleva cuando estoy más lúcida, que no es mucho tiempo.

Cuando llegamos, el mismo grupo de moteros de antes, que ahora me doy cuenta de que apesta (aunque no sea un aroma desagradable, sino más bien *intenso*) a lo mismo, como si se hubieran restregado los unos con los otros o hubieran dormido

durante meses juntos en la misma cama, me traslada con cuidado al interior de lo que parece una mansión en mitad de un pueblo cuyos habitantes asoman las cabezas por las puertas de sus casas para observar la procesión mientras me cargan sobre sus cabezas, teniendo cuidado con mi gotero portátil.

Solo que todo es subterráneo. Es un puto pueblo subterráneo, tallado en los túneles de lo que parece una estación de metro enorme y abandonada, al igual que la mansión del fondo del túnel. Y, aunque está iluminado, algo dentro de mí grita y aúlla por no estar bajo la luz de la luna y al aire libre. Lo que me asusta, porque no esperaba que el proceso de cambio fuera tan intenso o tan rápido.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —le pregunto en tono grogui a uno de los que me cargan, pero este me mira y no me responde.

No sé cuánto tiempo llevo así: enfebrecida y delirante. Podrían ser horas, días o semanas.

—Ponedla en la habitación de contención —ordena el altísimo y musculoso hombre que era mi conductor y que ahora, desde aquí arriba, puedo ver bastante bien mientras lidera la procesión por las escaleras de la mansión, que no es muy grande pero sí que impone bastante de lo tétrica que es.

—Matadme —les suplico a los que cargan conmigo cuando una nueva oleada de agonía hace que me retuerza y que me ponga a gritar hasta que noto que la garganta me sangra del dolor que estoy sintiendo.

Debe de estar en carne viva.

Lo siguiente que noto, cuando vuelvo en mis cabales durante unos minutos más, es que me encierran en una enorme habitación con marcas de garras en las paredes, unas cadenas que cuelgan del techo y un solo mueble: una enorme cama en el centro de la misma.

—¡No me encerréis aquí! ¡No tenéis derecho!

—Calma —me habla al fin uno de los que ha cargado conmigo hasta la cama—. Jadek solo está intentando salvarte la vida. Sé agradecida, loba.

—No soy una… —No termino la frase porque sí lo soy. O lo seré si sobrevivo al proceso de cambio—. Joder. ¡Joder!

La gente se marcha tras dejarme tendida sobre la cama, que al menos tiene las sábanas limpias.

Todos menos uno.

El tipo tatuado y guapo que huele bien.

—¿Estás consciente?

—¿Te parece que estoy inconsciente? —pregunto con sarcasmo entre jadeos de dolor.

Él tiene el descaro de reírse entre dientes como si yo le divirtiera.

—Tienes espíritu.

—¿Quién eres?

—Jadek, el alfa de esta manada.

Joder. Estoy jodida. Maldita sea.

Un puto alfa. Esos se cargan a la gente como si los humanos no fuéramos más que monigotes de cera para ellos y son inmunes hasta a los balazos en la cabeza. Es como si la naturaleza los hubiera creado para matar.

—Tranquila. No te haré daño.

—¿Por qué me has traído aquí? —logro preguntar justo antes de que otra oleada de dolor me domine y pierda la conciencia del

aquí y el ahora.

Cuando la recupero, Jadek sigue ahí, de brazos cruzados, con una mueca de empatía en el severo rostro de facciones masculinas y barba de tres días.

—Para ayudarte —dice lentamente, cuando ve que mis ojos están claros de nuevo y que ya no grito.

—¿Y qué sacas tú de eso? —insisto, mis preguntas son cada vez más débiles. Estoy cansada. Muy cansada. Tanto, que podría dormir incluso a pesar del dolor. Es como si, de repente, no hubiera dormido en meses.

—Estás entrando en trance —maldice él—. Es la segunda etapa. Y está siendo demasiado rápido.

—¿Qué significa eso?

—Que no cabe duda de que vas a ser una jodida alfa o, al menos, a estar cerca de serlo —me explica—. Los beta tardan más en convertirse, aunque tienen mayores tasas de supervivencia. El problema es que los alfa tenemos mayores probabilidades de acabar siendo Descontrolados cuando el cambio es tan rápido como el tuyo.

Me echo a llorar y me doy cuenta, tras empezar a sollozar, de que las lágrimas llevaban cayendo un buen rato por mis mejillas sin que yo me diera cuenta.

—¿Voy a andar matando personas por ahí como ese monstruo?

Pienso en Bob, mi encargado del almacén, que no era un mal tipo y que me permitía tomar descansos cuando me veía agotada. Pienso en que me dijo que tenía tres hijos a los que estaba criando él solo. Y luego en Fred, el pobre chiquillo. Y vomito. Vomito sobre mí misma, sobre la cama y sobre la vía que me conecta al gotero que alguien ha colgado de una esquina del cabecero de metal.

Cuando termino de vomitar, me doy cuenta de que Jadek me ha sujetado el pelo y me lo ha apartado de la cara para que no se me manche.

—Le pediré a alguien que te traiga sábanas y ropas nuevas y que te cambie —dictamina más que ofrece. Se le nota acostumbrado a dar órdenes.

—No quiero que un desconocido toque mi cuerpo.

—¿Te sentirías mejor si fuese una mujer la que te lave y te vista?

Dudo antes de responder, pero me noto al borde del desmayo y lo cierto es que no quiero despertar perdida de vómito. Así que asiento.

—Bien, pues se lo pediré a una de mis guerreras —decide—. Y, cuando salgas de la fase dos y estés consciente, hablaremos sobre tus opciones antes de que empiece la fase final.

—¿Cuál es la fase final?

Se me queda mirando de manera sombría de nuevo.

—La bestialidad Descontrolada, la muerte o la transformación completa en lican. Pero con tu ritmo, sospecho bastante de lo primero. Lo siento, me temo que, si no encontramos una solución, tendremos que matarte antes de que te vuelvas una Descontrolada y empieces a matarnos tú a nosotros.

Me desmayo antes de poder preguntarle cuál es esa solución.

Capítulo 5

Despierto de nuevo lo que parecen horas después. Mi cuerpo se siente diferente. Hasta mi vista es extraña. Puedo verlo todo en la habitación, hasta la última mota de polvo, como si tuviera una visión mucho más que perfecta a pesar de la penumbra del zulo sin ventanas en el que estoy.

—¿Hola? —grito, levantándome de la cama pero volviéndome a tender cuando me sobreviene un fuerte mareo—. ¿Hay alguien? —Luego recuerdo al hombre que se presentó como alfa y su promesa de ayudarme a encontrar una solución a mi problema más acuciante: el de si voy a perder mi conciencia humana o no—. ¿Jadek?

La gruesa puerta metálica cruje y se abre una rendija.

—¿Puedes hablar? ¿Estás consciente?

—Sí —replico a la voz femenina que me ha preguntado.

La puerta se cierra sin darme tiempo a inquirir nada más.

El corazón me late apresurado mientras espero, tendida en la cama, a que Jadek o la mujer de antes vengan y me saquen de aquí, porque ya me siento mucho mejor. Aunque la sudoración y el mareo continúan.

El gotero, me fijo, se ha acabado. Así que debo de estar deshidratada, porque noto la garganta superreseca.

La puerta se abre de nuevo y esta vez entra Jadek por ella. Su alta e imponente figura parece llenar la habitación con un aire sombrío, pero a mí solo me causa alivio el verle, aunque sea insensato porque no conozco al hombre ni sus intenciones.

—Estás despierta.

—Sí. Y me siento mucho mejor.

—Antes de que preguntes: no, no puedes irte a casa. —Abro la boca para protestar, pero él continúa hablando sin tener en cuenta mis emociones asustadas—. Estás a punto de entrar en la tercera fase de tu transformación.

Me estremezco por lo ominoso que suena eso.

—¿La de Descontrolarme, morir o convertirme en loba?

Él asiente y se cruza de brazos, cerrando la puerta de metal tras de sí y apoyándose en ella cuan largo es. Me quedo mirando sus piernas, perfectas y enfundadas en unos vaqueros negros como la noche. La verdad es que el hombre es guapísimo. Parece un supermodelo.

—Hueles ligeramente a alfa.

—¿Eso es bueno? ¿Significa que voy a ser una licántropa líder o algo así?

Él frunce el ceño.

—No todos los alfas lideran manadas.

Yo me impaciento.

—¿Es algo bueno o no?

—Sí y no.

—Es un poco frustrante hablar contigo —le digo, suspirando.

—Eres muy honesta.

Parece que no está acostumbrado a que le hablen tan directamente como yo lo hago, pero a mí no me gusta andarme por las ramas. Prefiero ir al grano.

—¿Vas a responderme o no? ¿Que huela a alfa significa que me estoy transformando en loba?

—No —replica él—. Significa que existe la posibilidad de que puedas serlo.

—Explícate, por favor —me frustro de nuevo.

Él parece dudar antes de seguir, pero luego endurece su expresión y continúa hablando.

—Como creo que ya te comenté ayer, durante tu segunda fase, los alfas tendemos a convertirnos en Descontrolados más a menudo que los beta durante la tercera fase de la transformación.

Asiento.

—De eso me acuerdo.

Trago saliva de manera nerviosa y me miro las manos. No parece que mi cuerpo, por suerte enfundado en ropa limpia y no la que llevaba al salir del almacén, haya cambiado nada. Pero mi sangre seguramente diga lo contrario. Mi genética ya no es humana. Algo muy dentro de mí me lo dice a las claras.

—Se rumorea que hay una manera de detener el proceso de Descontrol y de convertirse en lican…, pero solo es un rumor.

—Estoy dispuesta a probar cualquier cosa. O, bueno —me corrijo cuando me viene a la cabeza el comer carne humana—, casi cualquier cosa.

—Sexo —dice el alfa de repente.

Parpadeo con confusión y me lo quedo mirando.

—¿Perdona?

—Los rumores —sigue con lentitud, como si temiera mi reacción, y dado lo que va a decirme, no me extraña nada— hablan

de que el sexo con otro lican, preferiblemente un alfa, hace que las feromonas de este inclinen la balanza del cambio a favor de ser lican en vez de Descontrolado.

Me quedo un rato en silencio de la impresión antes de echarme a reír con ganas.

—Me estás tomando el pelo —bufo.

Mi cuerpo se estremece de arriba abajo y, de repente, tengo un frío tremendo.

—Mira, lo siento, pero me temo que es lo único que puedo ofrecerte.

—¿Me estás diciendo que quieres follarme mientras yo me muero o me transformo en un bicho comehombres? —pregunto con incredulidad.

Él se tensa de manera muy visible.

—No —me contesta con irritación—. Te aseguro que no quiero tener sexo contigo.

Vale. Guau. Ahora estoy ofendida.

—Ah, ¿no? ¿Y qué ha sido esa oferta de antes?

—Quiero que sobrevivas —afirma llanamente—. Y las situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas. Nunca me he tirado a una alfa en potencia, pero podría ser una solución a tu problema. ¿Me he explicado bien?

Entrecierro los ojos.

—Muy bien —replico con sarcasmo—. ¿Y qué interés tienes tú en que yo sobreviva?

—En que —se cruza de brazos otra vez— creo que serás de tipo guerrero. Y a mi manada le faltan luchadores. Hemos perdido a

muchos. Quiero que, si sobrevives, jures lealtad a los Seawolf… A mí.

—¿De tipo qué? ¿Y qué es eso de jurar lealtad? No me estoy enterando de nada. ¿Qué implicaría todo eso para mí?

Tengo tantas ganas de tirarme de los pelos que casi lo hago, pero las manos me tiemblan tanto que apenas puedo moverlas.

—Hay dos tipos de licans alfa —me explica él con paciencia—. Los hay luchadores, como yo, o sanadores, como Lukas de los Redwolf. Los beta no tienen estas capacidades.

—No tengo ni idea de quién es Lukas de los Redwolf.

Él me ignora y sigue hablando.

—Los luchadores son guerreros. Somos más grandes, más rápidos, más fuertes, más resistentes…

—Ya lo pillo —interrumpo cuando parece que va a seguir y seguir con la lista.

Él me dedica una media sonrisa que hace estragos en mi vientre a pesar del frío helador que siento hasta en los huesos.

—Los sanadores son capaces, no solo de curarse a sí mismos con una rapidez extraordinaria, sino de sanar las heridas de otros licans con un toque de su mano.

—Suena a poderes mágicos.

Él se encoge de hombros.

—Los licans purasangre suelen creer en la magia de la luna —señala—. Aunque yo prefiero creer en la ciencia.

—¿Y cómo explicarías lo del toque regenerador de los sanadores? —le pregunto por curiosidad, aunque mi respiración se está acelerando, y no porque esté excitada sexualmente.

Los pulmones me arden.

Él se pasa una mano por el pelo, negro como el carbón, y yo me fijo en que sus ojos son tan grises que parecen dos tormentas a punto de estallar.

Si es que está tan bueno que estoy reconsiderando su oferta de tener sexo. Si voy a morir o a perder la mente para siempre, al menos podría pasármelo bien con un buenorro durante las últimas horas de mi vida. Y si lo que dice es cierto, al menos podría sobrevivir con la mente intacta. Eso es bueno. Puede que mi vida no me haya gustado nada hasta ahora, pero no soy suicida. Quiero vivir si tengo esa posibilidad.

—Algo genético. No soy científico —replica el alfa—. ¿Quieres que te deje sola para tomar una decisión?

Ah. Lo del sexo o la demencia salvaje. Hemos vuelto al meollo del asunto.

—No hace falta —le digo con una sonrisa un poco depredadora—. He tomado una decisión.

Él tensa los hombros de nuevo.

—¿Cuál es?

—Vamos a follar y a esperar lo mejor. Lo de la lealtad y eso ya lo hablaremos luego, ¿vale?

De su garganta sale un gruñido un tanto divertido.

—Me gusta lo directa que eres.

—Y a mí que estés tan bueno —flirteo sin vergüenza—. Eso ha hecho que la decisión sea mucho más fácil, si te digo la verdad.

Para mi total asombro, un ligero rubor colorea las mejillas del apuesto alfa, cuyo rostro de facciones estoicas jamás habría imaginado de ese color.

Sonrío para mí misma, divertida a su costa. Creo que tampoco está acostumbrado a que coqueteen con él. Debe de ser por lo imponente que es. Seguro que echa a muchos para atrás, con el miedo que da.

—Solo por curiosidad —intento incorporarme un poco de la cama para tenderle una mano de manera invitadora—, ¿a cuántos betas has «ayudado» con esta metodología tan interesante?

Su rubor se hace más intenso, pero da varios pasos hacia la cama, acercándose a mí.

—A un par.

—Así que no son rumores, ¿eh? —Le guiño un ojo.

—Lo son cuando se trata de un alfa potencial —replica él, sentándose junto a mi cuerpo tendido e ignorando la mano que sigue extendida hacia su cuerpo.

La bajo y me lo quedo mirando de arriba abajo. Joder. Qué cuerpazo tiene. No me canso de pensarlo. He tenido suerte de que al menos no sea un callo.

—¿Me desnudas tú o lo intento yo? —pregunto con humor—. Te advierto que es posible que me desmaye. Me noto débil.

—Es normal —intenta animarme él—. Pararé si pierdes la conciencia.

Al menos es un buen tipo. O lo parece, para ser un lican que seguramente ha matado más humanos de los que yo he conocido en la vida, siendo un alfa y estando en guerra y todo eso.

—Gracias.

Y entonces se inclina y me besa.

Capítulo 6

Es él el que se desviste primero, desvelando su poderoso y musculado cuerpo con movimientos prácticos que a pesar de mi estado me parecen de lo más sensuales.

Después se encarga de mí, desvistiéndome lentamente para mover mi dolorido cuerpo lo menos posible, que además no deja de estremecerse de frío.

Durante todo el proceso, su rostro permanece estoico y distante.

—Me siento como si estuviese siendo examinada por un médico *sexy* en pelotas —bromeo.

Él suelta una breve carcajada, aunque su ceño no deja de estar fruncido.

—No te ofendas, pero tener sexo contigo en este estado no me pone cachondo.

—No me ofendo. —Eso dice algo muy bueno de él—. El problema es cómo vamos a lograr que me la metas si no se te pone dura, ¿no crees?

Él suspira y saca algo del bolsillo de sus vaqueros, que ha dejado tirados en el suelo, y yo admiro su bien formado culo cuando se inclina.

—Esto ayudará.

—¿Qué es? —le pregunto.

—Un pequeño afrodisíaco.

Esta vez soy yo la que frunce el ceño, preocupada.

—¿Vas a drogarte?

Él se encoge de hombros.

—No es muy potente y no tiene efectos secundarios. Además, solo funciona con lobos.

—Vaya. Qué curioso.

Se la traga a palo seco y, tras relamerse los labios algo resecos, vuelve a sentarse en la cama junto a mí.

—Ahora hueles a bestia. Es preocupante.

—Joder, menuda manera tan extraña tienes de ligar, Jadek —bromeo, aunque el corazón se me acelera de nuevo del pánico repentino que siento al oírle decir eso.

—Lo siento —se disculpa—. Es solo que tu transformación es la más rápida que he visto nunca.

—¿Cuánto suelen durar?

Aquí estamos, desnudos y charlando mientras esperamos a que el afrodisíaco le haga efecto. Es la situación más surrealista que he vivido en toda mi vida.

—Unos cinco días, con los beta. Tres como mucho con los alfa.

—¿Y cuánto tiempo llevo yo transformándome?

He perdido la noción del tiempo ya hace horas, creo.

—Día y medio.

—Vaya.

Nos quedamos en silencio hasta que él mira hacia abajo y ve que se le ha levantado. Los músculos de su abdomen se han endurecido y sus abdominales están muy marcados.

—Ya estás listo para la acción —comento para intentar romper el hielo que se ha instalado entre nosotros. O más bien en mi interior, que está completamente helado, y no de manera metafórica.

Él se inclina sobre mí y me besa de nuevo, y yo cierro los ojos y trato de disfrutar de lo malditamente bueno que es con la lengua.

—¿Dónde has aprendido a besar así? —jadeo cuando nos separamos para respirar.

—Práctica.

—Pues ha sido una buena práctica.

Debe de haber tenido muchos amantes.

Él desciende su boca por un lado de mi mandíbula y luego por mi cuello hasta mis pechos, que masajea con las manos y mordisquea con suavidad hasta arrancarme un quedo gemido.

Me estremezco de nuevo cuando el malestar de mi cuerpo se mezcla con una oleada de inesperada lujuria.

Su boca sigue descendiendo hasta acabar entre mis piernas, donde el alfa se esfuerza por arrancarme un orgasmo a pesar de mis ganas de vomitarle encima. Y lo consigue. Tarda un buen rato, pero esa experiencia suya no solo se limita a los besos, sino al *cunnilingus* también.

—Joder —vuelvo a jadear cuando bajo de mi clímax—. Eres bueno. Malditamente bueno.

Hasta me he olvidado de la angustia y el frío durante unos minutos. Mi coño arde, cosa que creía imposible, de deseos de ser llenado.

—¿Estás lista?

—De sobra —asiento, y me arrepiento cuando me mareo un poco por el movimiento.

Él entra en mí despacio y con cuidado de no hacerme daño. Considerando su enorme tamaño, lo agradezco bastante. Llevo meses sin follar y lo noto en lo apretado que está mi coño.

Cuando empieza a moverse, ambos gemimos de satisfacción; yo, por lo profundo que llega y lo bien que localiza mi punto G, y él, por lo ajustada que está su polla en mi interior.

No tarda en alcanzar el clímax, cosa que agradezco porque, a pesar de todo lo que estoy disfrutando, los huesos me duelen por el movimiento.

Cuando él gime y jadea y se deja caer con cuidado de no hacerme daño sobre mí, yo paso las manos por su ancha espalda y le doy palmaditas hasta que se calma.

—¿Realmente crees que esto detendrá la transformación en Descontrolado? —le pregunto con un deje de ansiedad—. ¿Y qué hay de dejarme preñada? No lo habrás hecho, ¿verdad? ¿Y enfermedades? Soy idiota, se me ha olvidado preguntarte…

—Tranquila —me calma él, saliendo de mi interior y volviendo a besarme con languidez hasta que respiro con más sosiego—. Los lobos no tenemos enfermedades de transmisión sexual; el afrodisíaco es también un esterilizador temporal, así que no habrá hijos; no te he anudado, por lo que no estamos emparejados, y todavía es pronto para saber si mis feromonas han calmado tu posible Descontrol. Habrá que esperar unas horas y ver cómo estás. A no ser que ya te encuentres mejor…

Lo último lo ha añadido él por su cuenta y no tengo ni idea de a lo que se refiere, pero aun así me alivia saberlo.

—Vale. Gracias. —Me estremezco con una oleada de angustia —. Y no, no me encuentro mejor.

—Paciencia —me pide, incorporándose para vestirse.

—¿Podrías…?

Él se detiene y se me queda mirando con los calzoncillos puestos.

—¿Necesitas algo?

Me relamo los labios, resecos por los jadeos. No es la primera vez que tengo sexo con un desconocido ni tampoco la primera vez que este se marcha tras el acto. De hecho, ese suele ser mi *modus operandi*: sexo y luego largarme del sitio en el que esté, ya que nunca invito a nadie a la habitación de mi apartamentucho.

Me siento avergonzada por lo que siento ahora mismo, pero no puedo evitarlo. Y no soy de las que se callan las cosas, por incómodas que sean estas.

—¿Podrías quedarte? Aunque fuera solo un rato…

Él se me queda mirando y luego asiente, para mi total alivio.

No quiero estar sola en este zulo mientras el destino decide si me convierto en loba o me convierto en un monstruo. Me siento más sola que nunca, y creo que él lo ha percibido.

—Me quedaré —me dice.

Y, no sé por qué, me suena a promesa que va más allá de un mero rato para paliar mi soledad y mis miedos.

Capítulo 7

Él se queda conmigo durante horas mientras mi cuerpo se debate entre la vida y algo peor que la muerte. Entre el cambiar de especie para siempre o perderme a mí misma en la neblina del dolor, que por suerte se ha reducido poco después de la sesión de sexo.

—Creo que está funcionando —le digo a Jadek, que me sostiene entre sus brazos y acaricia mi sudorosa espalda mientras yo tiemblo como una hoja por el frío interior que me persigue—. Ya no me duele tanto. Eso es algo bueno, ¿verdad?

—Lo es —asiente él, aunque creo que diría cualquier cosa para aliviar el pánico que seguramente puede oler en mí.

He empezado a oler las emociones del alfa: su esperanza, su determinación, su empatía… y no sé cómo reconozco cada una de ellas, pero lo hago. Es como si de repente mi cerebro tuviera una enciclopedia de aromas codificada y enumerada, y yo tuviera libre acceso a ese conocimiento. Y Jadek huele increíblemente bien: a alfa, a poder, a sándalo y a petricor. Olores que me reconfortan mientras mi humanidad se muere y a los que me aferro, como si ese nuevo sentido, además de la aguda vista que poseo, pudiera salvarme.

Cuando todo pasa, sigo en forma humana.

—Ya está —afirma Jadek al cabo de un rato.

—¿A qué huelo? —le pregunto, deseando que diga «a lican».

—A alfa. Hueles a alfa. Todo ha pasado ya.

Lloro como nunca he llorado en la vida de tanto alivio que siento.

Y él no me suelta mientras me derrumbo y vuelvo a reconstruir mi identidad, ahora como licántropa alfa, aunque no tenga ni idea de qué significa serlo.

No todavía.

Capítulo 8

Me despiertan los gritos.

Jadek no está. Debe de haberse ido cuando he caído rendida tras las horas de tormento de antes.

Yo me levanto de la cama con piernas algo tambaleantes y, llevada más por el instinto que otra cosa, me visto, aliviada de no sentir mareo ni debilidad alguna, con las ropas nuevas que me han dado tras manchar de nuevo las anteriores, y trato de salir del zulo, pero me doy cuenta de que la puerta metálica se bloquea al cerrarla de manera automática.

—¡Joder! —grito golpeándola con todas mis fuerzas y, para mi asombro, veo cómo esta se hunde y el cemento que la rodea se quiebra.

Aparto mi puño, observándolo como si tuviera superpoderes y, llevada por un brote de inspiración y desesperación a partes iguales, ya que los gritos de alarma que oigo más allá de la puerta se están incrementando, la golpeo con todas mis fuerzas una y otra vez hasta que esta cae como un peso muerto contra el suelo con un agujero abierto en el centro de la misma.

—¿Hola? —llamo mientras cruzo la abertura que ha dejado mi superfuerza, pero nadie responde.

Los gritos se han incrementado en potencia y parecen provenir principalmente del exterior de la mansión, así que, combatiendo mi instinto de supervivencia porque quiero encontrar a Jadek y sabiendo que estoy siendo estúpida y que debería aprovechar para huir de aquí y hacer mi vida como pueda, me dirijo hacia la entrada de la mansión cruzando pasillos vacíos a mi paso.

Alguien corre hacia el interior y casi se choca conmigo.

—¡Alfa! —exclama con alivio al verme, y que me miren así es la sensación más extraña del mundo—. Nos están atacando, ¡por favor, ayuda a Jadek!

Creo que la chica no se sabe ni mi nombre, solo que he resultado ser una alfa de tipo guerrero. Eso es todo.

Me encojo de hombros mientras ella me insiste en que vaya afuera a luchar contra las tropas humanas que están disparando balas de plata contra los beta.

—¡Por favor!

—Pero es que no sé qué hacer. Soy nueva en esto…

—¡Por favor! ¡Eres una guerrera! ¡Ayúdanos!

—Muy bien. Vale. Solo te advierto que no he peleado jamás en toda mi vida.

Nerviosa, asustada por el griterío (y por Jadek, al que muy a mi pesar he cogido cierto cariño tras su ayuda, no con el sexo, sino con haberse quedado conmigo durante lo peor de la transformación), pero sabiendo que le debo una muy gorda al alfa, salgo al túnel… y me encuentro con el mayor caos que he visto jamás en la vida.

Hay un tanque.

Un maldito tanque y un montón de soldados humanos, entre los cuales hay lobos (veo con sorpresa) que están atacando a los Seawolf. Masacrándolos, de hecho. Al parecer, la mayoría son familias de beta y, pese a que todos los licans son fuertes por naturaleza, son poco más que civiles para otros lobos y para las balas de plata de los soldados, especialmente en su forma humana.

Cuando una de ellas impacta contra mi costado, aúllo de dolor y sorpresa.

—¡Cabronazo! —le grito al soldado que me ha disparado—. ¡Eso ha dolido!

Este apunta su arma hacia mí de nuevo con expresión de satisfacción sádica, pero entonces un cuerpo se lanza contra mí, tirándome al suelo antes de que la bala me dé en la cabeza.

—Cuidado, alfa —me dice el hombre beta que me ha ayudado —. Puede que a ti no te maten, pero las balas duelen horrores.

—Gracias.

Le sonrío… y entonces, justo cuando él me devuelve la sonrisa, le estalla la cabeza de un balazo.

—¡Balas de plata explosivas! ¡Están usando el armamento nuevo! —oigo a alguien exclamar con horror—. ¡Hay que huir de aquí!

Hay gente cargando bebés, tanto en su forma humana como de lobos, que corren hacia la mansión como pueden. Muchos de ellos están heridos a pesar de que, cuando aparto el cuerpo del pobre beta y me incorporo, veo que Jadek y sus fuerzas de élite están luchando contra los soldados y contra los traicioneros lobos que los ayudan.

Estoy horrorizada y asqueada, pero, sobre todo, siento una ira tremenda que sospecho que no proviene de mí, sino de las emociones que puedo oler de Jadek aun a pesar de la distancia.

Siento mis huesos crujir y lo próximo que noto es que mi cuerpo está cambiando. Mi piel se transforma en pelaje; mis piernas en patas; mi cara en un morro alargado repleto de colmillos…

—¡Otro alfa en el campo de batalla! —escucho gritar a uno de los humanos mientras alzo el morro y aúllo de rabia, lanzándome a la batalla pese que aún no sé qué voy a hacer.

Pero tengo garras, colmillos y un cuerpo casi indestructible, o al menos mucho más resistente que el de los betas, que caen como moscas a pesar de que muchos se transforman y luchan por sus vidas y las de sus familias.

Salto sobre el soldado que me ha disparado y ha matado al beta amigable de antes y le arranco la cabeza con las manos sin querer cuando tiro de ella, columna vertebral incluida.

Joder, me asombro con horror. *Jadek no exageraba con lo de ser superpoderosos.*

Habiéndome cargado a uno, y a pesar de la angustia existencial que siento durante unos segundos, antes de hacerla a un lado para centrarme en ser práctica y sabiendo que ellos no tienen reparos en matarme, salto sobre el otro a una velocidad tal que debo de ser un borrón para la vista, porque los soldados no aciertan ni una cuando me disparan.

No sé a cuántos mato hasta que estoy tan cerca del tanque, donde Jadek y los pocos beta que le quedan siguen luchando a muerte, que puedo tocarlo. Los muy cabrones de los soldados que van dentro intentan aplastarme cuando me pongo demasiado cerca del mismo, pero yo soy mucho más rápida y ágil que su máquina, por la que trepo, cargándome al vigía que trata de dispararme con la pistola cuando la ametralladora no le sirve tan de cerca.

Arrancar cabezas se me da extrañamente bien, pienso mientras meto las mandíbulas por la portezuela del tanque y privo al piloto de la suya de un mordisco, lanzándola a un lado con asco cuando noto el sabor de la sangre humana bajándome por la garganta.

Cuando los pocos soldados que quedan en pie llaman a la retirada tras la pérdida del tanque, Jadek y los suyos los persiguen y los matan.

Y yo paso de tener una crisis existencial a tener una crisis sexual, porque el maldito hombre lobo me parece guapo incluso transformado en bestia mientras desata el caos sobre sus enemigos.

Capítulo 9

Ahora entiendo por qué Jadek necesitaba otro alfa guerrero en su clan. La mayoría de los miembros del mismo son beta, débiles ante el nuevo armamento humano y ante los ataques de otros lobos si no están entrenados para luchar contra estos últimos. Tengo la sensación de que puede que Jadek sea poderoso, pero su clan está compuesto mayoritariamente de lo que se podría llamar civiles, aunque sean licans.

Y, visto lo que he podido hacer yo como alfa recién transformada, está claro qué subgénero es el que podría ganar la guerra… o, en este caso, mantener vivo lo que queda del clan Seawolf.

—Has estado increíble, alfa —me dice uno de los pocos betas luchadores que quedan en pie cuando el grupo se me acerca—. Gracias por ayudarnos.

Me transformo de nuevo en humana y me doy cuenta de que estoy desnuda, así que me cubro con las manos, aunque a ellos no parece importarles su propia desnudez.

—Eh… ¿de nada?

Estoy confusa y me siento muy incómoda ahora mismo. Sé que ya no soy humana y que también me estaba defendiendo a mí misma, pero esta gente actúa como si yo fuera una heroína, soltando alabanzas todos a la vez como si yo hubiera salvado al clan solita, cosa que no ha sido así.

—¡Jadek! —le llamo con alivio cuando el alfa se acerca, con su habitual rostro sombrío todavía más oscurecido por las pérdidas.

—Veo que has despertado. Y justo a tiempo.

—Sí —asiento, mirando a mi alrededor y viendo la masacre, mayoritariamente de soldados humanos, que nos rodea—. Y creo que voy a continuar la tradición de vomitarme encima ahora mismo —trato de bromear.

El panorama es horrible. Nunca había visto algo tan cruel y tan sin sentido como toda esta muerte. Y pensar que parte de la culpa es mía no me está ayudando a mantener el control sobre mi estómago.

Solo el hecho de que el otro alfa esté completamente desnudo, como todos los que se han transformado, me está ayudando a concentrarme en otra cosa que no sea el hecho de que estoy cubierta de sangre y trozos de hueso casi de la cabeza a los pies porque, al parecer, transformarse de vuelta en humana no elimina la mugre que había en el pelaje.

—Hemos perdido a quince betas —anuncia Jadek a todos con voz llena de ira y tristeza—. Y debemos guiar a los que han huido por los túneles. Estarán esperando en el lugar de evacuación a que lleguemos.

Los demás lobos murmuran entre ellos y comienzan a buscar a sus muertos, susurrando bendiciones a los cadáveres que dejan detrás cuando ponen rumbo a la mansión.

—Ahora debes tomar una decisión —me advierte Jadek mientras observo los rituales de despedida de los beta.

—Si me quedo o me voy, ¿no es así?

El alfa asiente.

—Debes decidir si jurarme lealtad o marcharte por tu cuenta.

—¿Y por qué tengo que jurar lealtad? ¿No te bastaría con que me quedase?

—Es la tradición —me explica—. Surgió para evitar que algunos alfas intentaran robar las manadas de otros.

—Aaaah —comento con cara pensativa—. Así que temes que yo acabe liderando a los tuyos.

La diversión que emana es tan repentina como insultante.

—Te he visto luchar, y admito que eres buena, pero no podrías contra mí.

—Qué arrogancia.

—No —niega él con confianza—. Es conocimiento. Quizá con los años llegarás a ser una alfa de renombre, pero por ahora te aconsejaría no ser tan arrogante si conoces a otro de nuestro subgénero como para pensar en presentar pelea.

—¿Por qué? ¿Crees que tampoco podría ganarle a otro alfa?

—Si es un sanador recién transformado muy probablemente sí.

—Me he cargado a los del tanque —indico, y alzo la barbilla con orgullo—. Y los beta me han dado las gracias.

—Los beta siempre dan las gracias a los alfa cuando terminan un combate.

Se me viene a la cabeza una idea que no se me va y que tengo que poner en palabras, porque estoy segura de que he dado en el clavo.

—Has tenido a otros alfas en tu manada antes, ¿verdad? Y la cosa no salió bien.

Él suelta un suspiro, pero me sonríe de medio lado, como si admitiera su derrota.

—Uno me retó por el liderazgo y murió a manos mías y la otra se largó y fue asesinada por los humanos —me revela—. Así que, sí. He tenido a otros alfa bajo mi mando y tienes razón al suponer que no ha salido bien.

—Por eso quieres que te jure lealtad.

Él se encoge de hombros.

—Los otros dos también juraron lealtad y luego hicieron lo que les dio la gana —me explica.

—Entonces, ¿de qué sirve?

Él ladea la cabeza al mirarme. Es un gesto tan curioso, tan propio de su lado animal, que me llama la atención.

—Sirve tanto como tú quieras que sirva —dice en tono lacónico—. Las creencias y los juramentos siempre acaban siendo algo muy ligado al código moral de cada persona.

Tiene razón. Lo son.

—Si te juro lealtad, ¿tendrá eso consecuencias para mí?

—Tendrás que obedecer mis órdenes.

—¿Aunque no esté de acuerdo con ellas?

Él duda.

—No soy un ser inflexible e irrazonable. Si tienes dudas, puedes hablarlas sin temor al castigo.

—Pero podrías castigarme si quieres —insisto—. Por desacato o algo así, ¿cierto?

Se me queda mirando como si estuviese considerando mi inteligencia, no en el mal sentido, sino en el bueno.

—En teoría sí. Pero castigarte implicaría luchar contra ti y someterte.

Me relamo los labios cuando mi vientre se caldea al oír la última palabra. Mi masoquismo no es muy bienvenido en estos momentos, aunque una nunca sabe cuándo sus fetiches van a asomar la cabeza.

—Someterme, ¿eh? —coqueteo, guiñándole un ojo.

El rubor hace acto de presencia en las mejillas del alfa de nuevo. Está guapísimo con ese color, pero temo que si se lo digo no reaccionará muy bien. No lo conozco lo suficiente todavía como para hacer ese tipo de bromas. Aunque no es que eso me haya parado los pies en relaciones anteriores. Mi boca y mi cerebro rara vez tienen filtro y suelo decir lo que me pasa por la cabeza con demasiada frecuencia.

—No de *esa* forma —carraspea él. Hay que ver lo mojigato que es con una broma sexual, y eso que se dedica a «ayudar» a la gente a no acabar siendo Descontrolados mediante el sexo—. En una pelea.

—Lo he pillado a la primera, no te preocupes. Solo bromeaba.

Es tan serio… Me pregunto cuánto podría llegar a divertirme en esta nueva relación que mantenemos y cuántas veces voy a hacerle ruborizar.

Muchas, si está en mi mano.

—Bien —carraspea de nuevo—. Entonces, ¿cuál es tu decisión? ¿Te quedas con nosotros o te vas?

Sé que tienen prisa por largarse. Los beta ya han terminado de despedir a sus muertos y nos esperan con gestos impacientes al pie de la escalinata que sube hacia la mansión. Pero yo tengo que estar segura de que las decisiones que tomo son las correctas.

—¿Cuál es la tasa de supervivencia de los licántropos solitarios?

¿Podría volver a mi vida anterior y fingir que soy humana si no me transformo nunca? Eso es lo que quiero preguntar.

Él parece saber lo que quiero, porque su respuesta parece directamente sacada de mis pensamientos.

—Los humanos tenían cámaras en el almacén y en las calles de alrededor, y cuando te saqué de allí la policía estaba llegando —me hace saber—. No solo habrán visto que te han mordido y que, por ende, si reapareces en tu vida anterior es porque has sobrevivido a dicha mordida, sino que, además, te estarán monitorizando. Siempre lo hacen cuando un humano tiene contacto con uno de los nuestros, especialmente si es un Descontrolado.

Cierro los párpados y acepto que mi destino no es volver al apartamentucho y a mis dos trabajos habituales para poder pagarlo. Y, curiosamente, me siento bien al respecto.

—Entonces te juro lealtad —le digo al alfa abriendo los ojos—. ¿O hay que hacer un ritual para ello?

—No —me sonríe él con cansancio—, basta con esas palabras.

—¡Bienvenida a los Seawolf, alfa! —me grita uno de los beta que esperan a que terminemos de conversar.

—¡Me llamo Desa! —le respondo, elevando la mano para saludarlos a todos—. ¡Nada de «alfa»! ¡Y gracias!

—¿Podemos irnos ya? —pregunta otro—. Habrá más atacantes en camino y todavía tenemos que cubrir el rastro de los que han huido.

Miro a Jadek, mi nuevo líder, al parecer, y este asiente.

—Moveos. Nos vamos.

Como no tengo ni idea de qué hacer, dejo que ellos trabajen y vigilo la retaguardia. Los túneles abandonados parecen tranquilos, pero, como ya han demostrado los humanos y sus aliados licans, nunca puedes fiarte de nada ni de nadie.

Capítulo 10

Salimos a un bosque cuando los túneles se acaban, y allí nos esperan varios cientos de beta con sus familias y unas pocas pertenencias cogidas a toda prisa a cuestas.

—No esperábamos que nos atacasen en el poblado de las vías —me indica un beta con expresión tensa—. Llevábamos ahí varios años.

—Nunca estamos a salvo en ningún sitio desde que el consejo de alfas decidió descubrir nuestra existencia a los humanos —se queja otro.

—Pero si tú naciste humano —le recuerda otro del grupo al beta que se ha quejado—. Solo eres lican desde hace dos años.

Oír eso me hace preguntarme si Jadek le «ayudó» en su proceso como lo hizo conmigo, y la oleada de celos que siento al pensarlo me sorprende, porque nunca había sentido esa emoción en toda mi vida. Y eso que he tenido varios novios. Aunque solía salir con los hombres solo para divertirme, ya que el sexo era una de las pocas alegrías de mi miserable existencia como humana.

Escucho un rato más la conversación entre los beta mientras sigo al grupo por el bosque, guiados por Jadek hacia el nuevo refugio que acogerá a los más de doscientos miembros de los Seawolf que quedan con vida.

—¿Cuánto tardaremos en llegar? —interrumpo cuando llevamos varias horas corriendo tras Jadek.

—Unas horas más —me responde uno de los beta que corren a mi lado—. Creo que el poblado al que vamos es el antiguo campamento original de los Seawolf.

El hombre, que aparenta tener unos cincuenta, es el que le ha recordado al otro antes que solo llevaba transformado dos años. Sospecho que él lleva muchos más a sus espaldas. Mi instinto me dice que tal vez incluso nació lican.

—Pensaba que estábamos ganando la guerra debido a que los mordiscos transforman a cualquiera —le comento al beta.

Es extraño vivirla de primera mano tras verla en las noticias desde mi infancia.

—Y, en general, la estamos ganando —me contesta el hombre, que jadea mientras corre y me hace darme cuenta de que no estoy para nada cansada a pesar del largo recorrido que llevamos—. La mayoría de los líderes del mundo actuales son licans.

—El problema lo presentan aquellos que son transformados en contra de su voluntad y luego no están de acuerdo con cambiar de bando al nuestro —me explica—. Por cierto, soy Ben.

—Desa.

—Lo sé. Ya eres famosa entre los nuestros. Hacía años que no veíamos a una alfa luchadora como tú.

Me hincho un poco de orgullo por el cumplido.

—Ah, ¿no?

Él me mira de reojo.

—Que no se te suba a la cabeza, alfa. Una de esas balas nuevas, las que explotan, puede matarte tan fácilmente como a un beta.

Hago una mueca, avergonzada.

—Ya. No era mi intención ser arrogante. Perdona. Lo siento por vuestras pérdidas.

Mentira. Estoy tan poco acostumbrada a los cumplidos que, cuando recibo uno, o me vengo arriba o me pongo nerviosa o ambas cosas a la vez.

—Tuyas también, ahora que eres de los nuestros —añade otro beta en tono conciliatorio.

—¡Alto! —ordena Jadek de repente, y toda la comitiva de doscientos betas y dos alfas se detiene de golpe como si estuviéramos coordinados.

—¿Pasa algo? —susurro, acercándome a él cuando no nos movemos durante un buen rato.

—He oído algo más adelante, en el viejo pueblo de los Seawolf.

—Pensaba que era un campamento —musito por lo bajo, recordando las palabras del beta de antes.

—Voy a acercarme a investigar.

—Voy contigo —propongo.

—No —niega él con énfasis, señalando hacia el grupo que espera tras nosotros con un gesto de su barbilla. Oigo a un bebé llorar entre ellos—. Quédate y protégelos. Son vulnerables. Intentaré avisar si hay peligro.

—¿Cómo?

—Un aullido si tenéis que huir —dice mientras sus huesos crujen y se mueven bajo su piel—. Dos si es una falsa alarma y podéis acercaros sin peligro.

—Entendido.

Él no se queda para oír mi respuesta, se marcha corriendo hacia el campamento o pueblo o lo que quiera que sea lo que hay más adelante.

—Espero que no sean más enemigos —suspiro, mirando a la gente que se ha quedado inmóvil, a la espera de una nueva orden de un alfa.

Y también que Jadek no muera y yo tenga que hacerme cargo de esta gente, pienso para mí misma, dándome cuenta de por qué él ha querido que yo me quede atrás. *Maldita sea, no estoy hecha para ser una líder.*

Capítulo 11

JADEK

Me adentro aún más en el bosque siguiendo viejos senderos abandonados casi un centenar de años atrás y oliendo el aire a mi paso en busca de intrusos, pero lo único que capto es el aroma de la sangre del que reconozco como un viejo amigo.

Fausto, pienso en cuanto lo huelo.

El viejo alfa solitario jamás ha buscado pertenecer a ninguna manada y no se ha involucrado en la guerra desde que los gobiernos humanos, muchos de ellos ya derrocados, la declararon hace ya tanto tiempo. Es extraño que haya venido al territorio de los Seawolf. Y más extraño todavía es que haya invadido el viejo pueblo original del clan, en el que los Seawolf convivieron con los humanos hasta la Revelación, cuando el consejo de los alfas decidió hacer visible nuestra presencia en el mundo y confirmar así lo que las nuevas tecnologías humanas captaban cada vez más: que los licans existíamos junto a ellos desde hacía milenios.

Con cuidado de no alertar a mi presa y no sabiendo si el anciano alfa sanador va acompañado o no, me acerco lentamente hasta que puedo oír voces hablando en voz queda.

—Sé quién es tu líder.

—Te mataremos antes de que puedas contárselo a otros licans.

El primero es Fausto, el resto son humanos. No lo pienso más, salto y ataco al grupo de humanos que apuntan al anciano con una pistola. Estos tratan de dispararme, gritando alarmados al verme, pero yo soy más rápido. Arranco brazos y cabezas conforme paso

por su lado de un salto. Apenas son cinco de ellos, así que no me cuesta mucho matarlos, y al final, cuando solo queda uno (otro de ellos ha echado a correr en cuanto ha podido, aunque le falte un brazo), Fausto se me une y acabamos con él entre los dos.

—Gracias, viejo amigo —me dice el anciano, volviendo a su forma humana.

Yo asiento y corro a avisar a la manada de que uno se ha escapado, pero supongo que con Desa por ahí no hará falta. Seguro que la alfa pilla a la humana antes de que esta se dé cuenta.

Confío en ella tras haberla visto luchar.

Capítulo 12

—¡Quietos todos! —ordeno cuando se oye un rugido, pero los aullidos de Jadek no suenan en el bosque—. No os olvidéis de sus instrucciones.

—El rugido ha sonado a otro alfa —se preocupa uno de los betas que va desnudo y cubierto de sangre (como yo y como un tercio del clan)—. Podría estar en peligro.

Maldigo entre dientes, pero me digo a mí misma que Jadek podrá apañárselas solo.

—Al menos no son humanos —consuelo al beta con un guiño —. Dale tiempo a Jadek para que aúlle. Si no lo hace en un rato, iré a ver qué pasa yo misma, ¿vale?

Eso parece calmar a un montón de gente que, a pesar del silencio en el que permanecen, emanan un aura nerviosa estridente.

—¡Alguien se acerca! —avisa uno de los beta que va delante —. Huele a humana.

Tensa y recordando la pelea de antes, me dirijo a toda prisa a donde mi olfato me dice que, efectivamente, hay una humana acercándose a contraviento.

—Voy a interceptarla. Quedaos aquí y esperad la señal de Jadek.

No sé qué mierda hacer. Soy una pésima líder, aunque eso ellos no lo saben. Los beta, incluso los que tienen más experiencia que yo liderando a otros como es el caso de los pocos que quedan de la guardia de élite de Jadek, se limitan a asentir y a obedecer como si hubieran nacido para ello. Es un poco espeluznante.

Corro hacia donde los jadeos del ser humano son cada vez más estridentes e intercepto a la chica sin dificultad. Esta grita cuando la agarro de los hombros y la inmovilizo contra el suelo con una fuerza bruta que me estoy acostumbrando a usar con soltura.

—¡Suéltame, puto sarnoso!

—¡Ey! —protesto—. No hace falta insultar. ¿De qué huías?

Señalo con la barbilla hacia lo poco que puedo ver de un viejo pueblo medio devorado por el bosque.

—No es asunto tuyo, ¡suéltame!

Le falta un brazo y se está desangrando con rapidez, y aun así tiene un par de ovarios bien puestos. He de darle puntos por ello.

—¿De qué huías? ¿Quién está peleando contra Jadek? —repito sin saber qué hacer con ella.

Los sonidos de una pelea cercana son evidentes y no me gustan un pelo.

La chica tiene algo que no me gusta, aunque no sea excusa para molerla a palos o algo así. Además, estoy segura de que se está muriendo y que si no ha entrado en *shock* es un por un milagro.

—¡Mátala! —gruñe una voz que desconozco y siento, antes de verlo, a Jadek entrar junto a otro alfa en la zona del bosque en la que estoy.

El hombre puede que sea alfa, pero a mí no me da órdenes nadie. Excepto Jadek, claro.

—Ya he visto mucha muerte hoy —suspiro.

Suelto a la chica cuando esta cae al suelo, temblando como una hoja. Como sospechaba, está entrando en *shock* y va a morir por el brazo desgarrado.

—Nuestro líder supremo os matará a todos.

—El general y el presidente que se oponían a los licans ahora son licans ellos mismos y luchan para nosotros —le sisea el alfa herido cuyo nombre desconozco—. Y ahora conozco la ubicación y el nombre de vuestro nuevo general. Nada nos detendrá. Ganaremos la guerra y habrá paz al fin entre humanos y licans.

—Nunca habrá paz entre nosotros —dice la mujer, que respira rápidamente y que se muere por momentos—. Siempre habrá humanos que no acepten a los licans y también convertidos en contra de su voluntad que los odien por ello. Siempre estaremos en guerra.

El alfa anciano, que por cierto está desnudo, pone cara de pena al oírla.

—Eso ya lo veremos —replica a pesar de que emana tristeza.

Pero la chica no le oye porque ya está muerta a mis pies.

Capítulo 13

Me olvido de esa pobre mujer, a la que los beta entierran en el bosque junto a sus camaradas en una fosa común, en cuanto Jadek da el visto bueno para instalarnos en el pueblo abandonado, que parece sacado de una película de terror, para ser honestos.

La mitad de los edificios han sido reclamados por la naturaleza, y la otra mitad (lo que solían ser casas de madera) ya ni siquiera es habitable. Se nota que el pueblo no solía ser muy grande, así que al bosque no le ha resultado nada difícil reclamarlo de vuelta para sí mismo.

—¿Dónde vamos a vivir exactamente? Este lugar se cae a pedazos. No es habitable —le digo a Jadek, que está organizando a todo el mundo, pero este solo me hace un gesto hacia el edificio principal, que parece haber sido una especie de ayuntamiento, como si quisiera que fuera hacia allí.

Así que hago eso mismo, todavía desnuda debo decir, murmurando que esto es un desastre mentalmente pero no queriendo desmoralizar aún más a los pobres beta, que tratan de encontrar lugares habitables para sus familias entre los escombros de lo que solía ser el pueblo Seawolf.

—Lo abandonaron tras los primeros ataques. —El alfa anciano, que parece haber encontrado ropa, se une a mí en la escalinata cubierta de hiedra—. Pero tiene buenos cimientos. Los edificios todavía se mantienen en pie.

Yo le lanzo una mirada escéptica.

—Si tú lo dices. Yo solo veo ruinas.

—Pero ruinas fuertes.

Y dale con eso. ¿Qué más dará?

Él parece leer la respuesta en mi cara, y aun así me sonríe con cordialidad.

—Soy Fausto, el llamado Solitario, antiguo miembro del consejo de alfas y actual espía.

—Joder —mascullo—. Menuda presentación.

¿Se le ha olvidado desvelarme algo sobre sí mismo? ¿El color de sus nuevos calzoncillos, tal vez?

Él echa la cabeza hacia atrás y se ríe con ganas como si yo fuera la cosa más divertida que ha visto en siglos.

—Me caes bien —decide, tendiéndome una mano llena de cicatrices—. ¿Tu nombre, alfa?

—Desa —me presento, cogiéndole la mano y sacudiéndola con una cordialidad que no siento, ya que en lo único que puedo pensar es en lo agotada que estoy y en que ojalá en las ruinas del horror del ayuntamiento haya alguna cama intacta en la que poder tumbarme un rato.

—Un placer, Desa de los Seawolf. Y bienvenida a la licantropía.

—¿Cómo sabes que soy nueva?

—Intuición. Además, los nuevos siempre oléis a… nuevos.

—Qué redundante.

Él se ríe otra vez.

—No soy muy bueno con las palabras, pero sí en otros temas. —Me guiña un ojo.

Espera, ¿está flirteando conmigo? ¡Pero si tendrá unos setenta años más que yo!

—Eh… Gracias por la oferta, pero no me interesa. Además, no eres mi tipo.

—Au. Eso ha sido increíblemente directo.

Me encojo de hombros, aunque él sonríe cuando se queja del dolor imaginario por mi rechazo.

—Soy una persona directa, Fausto. Y, ahora, si me disculpas, quiero encontrar algo de ropa y una cama para echarme una buena siesta. Que pases una buena noche.

Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba oscureciendo hasta que lo he dicho. Pero hay luna llena hoy. Qué poético, considerando que mi nueva vida empieza ahora.

Me doy la vuelta sin esperar respuesta y me meto en el ayuntamiento o mansión o lo que sea, buscando un dormitorio al que todavía le quede una cama medianamente buena. Por suerte, dormí en sitios peores que un edificio abandonado aquella vez que tuve que vivir en la calle durante unos meses, así que no me costará acostumbrarme.

Capítulo 14

Al final, acabo durmiendo sobre el suelo tras encontrar una vieja manta roída en uno de los pocos armarios que todavía quedan en pie en el edificio. No me atrevo a subir las frágiles escaleras hacia el segundo piso, así que me quedo en el primero, en lo que parecía ser un despacho de algún tipo.

Cuando despierto, me doy cuenta de que hay un chico beta que me ha traído más mantas (estas en buen estado) y algo que agradezco muchísimo: ropa que es más o menos de mi talla.

—¡Gracias! —le sonrío con alivio.

Ir por ahí desnuda me estaba empezando a estresar bastante, aunque nadie aquí me mirase con deseo sexual (cosa que es un poco rara. Es como si los licans, a diferencia de los humanos, viesen la desnudez como algo no inherentemente sexual).

—De nada, alfa. Soy Rick, tu nuevo asistente —se presenta el chico—. Si necesitas cualquier cosa, solo pídemelo y te lo conseguiré.

Vaya. ¿Como una especie de sirviente? Qué raro. Nunca he tenido a nadie que proveyera por mí.

—¿Asistente? —le pregunto con un poco de confusión mientras me visto.

Él asiente con una sonrisa.

—El alfa Jadek me ha asignado a tu cuidado.

Hago una mueca al pasarme el cuello de la camiseta por la cabeza que espero que él no vea, porque es de pura incomodidad.

—¿Así que ahora estás bajo mi cargo?

Parece que sí que la ha visto porque su entusiasmo ha bajado bastante.

—Es solo para proveerte de las cosas que necesites y explicarte lo que desees saber de la manada.

—Lo que deseo saber ahora mismo es si realmente nos vamos a quedar aquí —bufo.

Me parece una idea horrible, y creo que mi tono de voz lo indica bastante, porque él se mueve de un pie al otro y baja la mirada.

—No esperábamos un ataque en el pueblo del antiguo metro —susurra—. Hemos perdido a bastantes guerreros. Supongo que el alfa Jadek tendrá un plan para asentarnos en un lugar seguro.

—Tú tampoco crees que este lo sea, ¿verdad? —Lo he captado en su tono de voz.

Él se tensa.

—El alfa Jadek es sabio y fuerte. Él nos guiará hacia la seguridad y hacia el fin de la guerra.

Vaya. Parece sacado del guion de una especie de secta. Me da a mí que por aquí se adora a Jadek como a un dios, cosa que se me hace un poco embarazosa. De vergüenza ajena, concretamente. A mí me daría cosa que alguien hablase así de mí: como si yo hubiera puesto todas las estrellas en el cielo con mis propias manos y mereciera adoración por ello.

Es raro, pero no voy a meterme con su mentalidad. Sobre todo, porque soy nueva y no quiero acabar siendo la paria que mete la pata todo el rato.

—Sí, es muy inteligente. —Me encojo de hombros. Al menos lo ha sido al negociar conmigo para que me quede con su manada.

Él me sonríe con alivio al oírme decir eso.

—Lo es —asiente con énfasis—. Venerada sea la diosa Luna por haberlo traído a nuestra manada cuando el alfa Desmont estaba a punto de morir de vejez.

Ah. Así que heredó la manada de un anciano. Interesante.

—Claro. Claro. Venerada sea —le sonrío falsamente. Una de mis habilidades principales para la supervivencia siempre ha sido mi facilidad para adaptarme, aunque fuera con mentiras, a mi entorno —. ¿No tendrás por casualidad algún par de deportivas de la talla treinta y ocho por ahí? —le pregunto al chico para desviar el tema de conversación, y también porque me ha traído ropa, pero no zapatos.

Él frunce el ceño.

—Los alfas no suelen llevar zapatos —me comunica—. Se les rompen cuando se transforman para luchar.

—Eso pasa con todos, ¿no? —bromeo yo.

Él eleva un hombro.

—Cierto. Pero es costumbre que los alfas no lleven zapatos.

Y dale con eso.

—Pues cuando conocí a Jadek, este llevaba un par de ellos puestos.

Unas bonitas botas negras de buena calidad, si mi mente en aquel entonces enfebrecida por la transformación recuerda bien.

Él refunfuña por lo bajo que encontrar zapatos de mi talla sería una tarea difícil, y yo me canso de discutir.

—Mira —le digo—. Has comentado que eras mi asistente y que ibas a conseguirme cualquier cosa que yo quisiera. ¿O has

cambiado de idea?

Eso hace que se ruborice de la vergüenza.

—Perdón, mi alfa. En seguida busco unos zapatos de tu talla.

—Bien —le señalo la puerta—. Pues ve. Yo voy a descansar un rato más.

Rick mueve sus pies de nuevo. Es como si fuera una manía cuando tiene algo que decir que le incomoda o le excita.

—En realidad, el alfa Jadek me ha pedido que te comunique, si estabas despierta, que te espera en la sala de reuniones.

Maldigo en silencio para mí misma porque pensaba tumbarme otro rato a descansar y no hacer nada.

—¿Y dónde está esa sala?

—En esta misma planta. A unas cuantas puertas pasillo abajo.

—Vale, pues ya voy —suspiro y camino con pies descalzos hacia la puerta, pero me detengo frente a esta cuando veo que está haciendo ese movimiento nervioso otra vez—. ¿Tienes algo más que decirme antes de que me largue?

Rick se muerde el labio inferior y no me mira a los ojos cuando habla.

—Sé que no soy lo bastante fuerte como para llamar la atención de una alfa tan atractiva y poderosa como tú, pero me pareces muy guapa —me confiesa con las orejas de un rojo carmesí —. Así que, si alguna vez quieres que nos acostemos juntos, yo…

—¡Pero si no tendrás más de dieciocho! Por la Luna tuya esa, ¡busca a alguien de tu edad!

Le cierro la puerta en las narices sin saber si reírme, sentirme halagada u horrorizada por el hecho de que un chaval que acaba de

salir de la cuna me haya tirado los tejos.

Menudo día llevo. Y eso que todavía no ha amanecido.

Capítulo 15

Encuentro la sala de reuniones en la tercera puerta que abro pasillo abajo.

Jadek y el otro alfa, Fausto creo que se llamaba, están de pie alrededor de una mesa con un mapa del país con varios puntos marcados por chinchetas de colores.

—¿Me quieres para algo? —le pregunto a Jadek nada más abrir la puerta.

—Sí —confirma él, haciéndome una seña para que me acerque a donde están ellos—. Estamos trazando un plan.

—¿Y para qué me necesitáis? —me extraño yo—. No soy nada buena con los planes.

Él se exaspera.

—Si yo muero, serás la próxima líder…

Alzo las manos con alarma y lo interrumpo.

—¡No seas gafe! —lo regaño en voz alarmada—. No vas a morir. Y, si lo haces, hay otro alfa presente para ser tu sucesor.

—¿Quién? ¿Yo? —se ríe Fausto—. Ni hablar. Nunca he liderado una manada y no voy a empezar a hacerlo ahora.

—Pues yo tampoco.

Jadek se irrita con ambos.

—Los Seawolf han existido durante más de un milenio —señala con exasperación—. Sería un honor liderarlos y mantenerlos a salvo durante la guerra.

—Pues que el honor se lo lleve otro —intervengo yo antes de que Fausto abra la boca para decir algo similar—, que yo no tengo espacio para eso en mi vida. No me va lo de ser honorable.

Su mirada irritada se incrementa.

—Por cómo luchaste, cualquiera diría que valentía para hacer algo te sobra.

—Luchaba por mi vida —replico yo—. Y no es el mismo tipo de valentía el que se requiere para pelear sucio que el que se necesita para liderar a un grupo de personas que, además, me he enterado de que consideran a los alfas algo así como dioses encarnados o profetas de su diosa Luna o qué sé yo.

—*Touché* —asiente Fausto a mis palabras.

Jadek nos mira con desaprobación. Me da que es de esas personas rectas y honorables que apenas existen hoy en día, y ello, para mi total consternación, solo hace que mi mente lo considere más atractivo. Por suerte, se ha vestido (aunque me fijo en que no lleva zapatos) y ha cubierto esos músculos de acero suyos de ropa que no llama tanto mi atención como lo hacía su perpetua desnudez.

—Dejemos esta discusión para otro momento —ordena el alfa de los Seawolf—. Ahora lo más importante es encontrar un lugar seguro para la manada.

—Creía que este era tu lugar seguro.

Él niega con la cabeza a mis palabras.

—Es solo un refugio temporal. El ejército humano y su líder saben que este sitio existe y sospecharán que nos hemos resguardado en él por la dirección en la que hemos huido. No podemos quedarnos aquí mucho tiempo.

Eso me alivia. El pueblo abandonado me da muy malas vibras. Es como si algo terrible hubiera sucedido aquí en el pasado, y mira

que yo no creo en esas cosas, no como mi antigua compañera de trabajo. Pero estoy aprendiendo a hacer caso a mis nuevos instintos licans, y estos me gritan que lo mejor es que nos larguemos de aquí cuanto antes.

—¿Y a dónde tienes pensado que vayamos?

—Jadek —le corta Fausto antes de poder responderme—, es imperativo que avisemos al consejo de alfas. Lo sabes.

Jadek hace un gesto impaciente con la mano.

—Ya lo hemos hablado —le dice en tono firme—. Lo primero es encontrar un lugar seguro para los Seawolf. Lo otro puede esperar.

—¡El consejo tiene que saber dónde está el líder del ejército rebelde humano y quién es! —protesta el anciano—. Es información demasiado relevante como para retrasarla. Y yo todavía estoy herido y soy mucho más lento que tú, además. Llevar un mensaje me costaría mucho más tiempo y no se me da muy bien pelear, a diferencia de a un luchador como tú…

Entonces, Fausto se gira hacia mí y se me queda mirando.

—¿Qué? —me inquieto, evitando la necesidad de tocarme la cara para ver si tengo algo pegado en ella por cómo me mira.

—Podrías ir tú.

—No —se niega en rotundo Jadek—. Es demasiado peligroso. No la pondré en riesgo.

Mi corazón, que siempre está un poco marchito, se alegra al oír que alguien se preocupa por mí, pero lo apago rápidamente porque no se puede confiar en esa clase de sentimientos de apego.

Son mera fantasía. Las personas siempre te traicionan.

—¿Ir a dónde? —pregunto para intentar sacarme esa calidez insoportable que acabo de sentir por Jadek de la cabeza—. ¿Y cómo de peligroso es?

—A ver a Minna, alfa de la manada Irismoon —prosigue Fausto.

—He dicho que no —le advierte el líder Seawolf—. Es una novata. La matarán.

—¿Quiénes? ¿Los licans de los Irismoon? —inquiero, intrigada por saber si hay guerra también entre los clanes licans.

—No —niegan Fausto y Jadek al mismo tiempo, y se miran entre sí antes de que el segundo continúe hablando—. Tendrías que cruzar territorio humano. Ese es el problema.

Ah. Soldados humanos y asentamientos de mi antigua especie.

—Por no hablar de que se han avistado varios Descontrolados por la zona —señala Jadek con expresión seria—. Y ellos atacan a cualquiera, incluidos los licans.

—Tienes aliados humanos, ¡llámalos! —sisea Fausto.

—Aquí no hay líneas telefónicas que sirvan y, además, son pocos y están infiltrados en el ejército. No pondré en riesgo sus vidas.

—¡Eres tan cabezota como todos los putos alfas luchadores! —se frustra el alfa solitario—. Hay que llevarle el mensaje a Minna de que reúna al consejo de alfas. Y, encima, necesitas un nuevo asentamiento para tu manada y ella tiene espacio de sobra en su fortaleza. ¡Son dos pájaros de un tiro! Si fuéramos allí…

—Si llevo a la manada a través de territorio humano, los exterminarán —interrumpe Jadek en tono de que no va a ceder ni un ápice.

Y lo entiendo. Su prioridad es proteger a los beta y a sus familias. Lo admiro mucho por ello. Yo no sería capaz de poner a un grupo de desconocidos por encima de mi propia vida o necesidades. O más bien no sé si lo sería. Nunca me he visto en esa situación.

Así que solo queda una opción. Una que no me gusta, pero que es la única que hay. Y parte de mí admite que una ínfima parte lo hace porque quiere que Jadek me admire también a mí por ello. Aunque sea estúpido y suicida y muchas otras cosas más, nada halagüeñas.

—Yo llevaré el mensaje —decido con un suspiro resignado—. Y hablaré con la Minna esa para que os acoja. Mientras tanto, vosotros proteged a la manada.

Jadek cierra los párpados como si hubiera temido que dijera algo así y Fausto aplaude y se ríe cantando victoria.

Me acabo de meter en la boca del lobo yo solita, quizá literalmente. Pero si no hacía algo, ese instinto al que estoy aprendiendo a hacer caso me ha gritado que algo muy malo iba a suceder.

Y estoy harta de que me sucedan cosas malas.

Capítulo 16

Jadek y Fausto, pero especialmente el primero, se pasan un buen rato repasando mi ruta. Tardaré al menos dos semanas en cruzar el bosque hasta el asentamiento de Minna, la misteriosa alfa de los Irismoon, y durante ese tiempo me veré obligada a estar en forma lican, que es mucho más rápida y resistente que la humana, y a cazar para alimentarme.

—Nada de carne humana —bromeo, pero me entran arcadas al pensar en morder a un humano—. Procuraré cazar animales.

Aunque la idea tampoco es que me haga mucha ilusión, la verdad. Comer carne cruda me parece asqueroso, por desgracia, es lo que hay. Y yo no soy muy de quejarme a no ser que las cosas estén crudas, broma incluida.

—Hay ciervos por toda la zona —me dice Jadek, que no ha dejado de estar preocupado por mí y que pone una mano sobre mi hombro, causándome escalofríos agradables que me recorren todo el cuerpo—. Y, si te pierdes, los lobos te indicarán el camino.

—¿No se supone que debo mantenerme alejada de los Descontrolados?

—Los lobos normales —me aclara él.

—Podemos hablar con ellos —añade Fausto—. Aunque al principio puede que te cueste entenderlos, si te cruzas con alguno.

¡Qué guay!, exclamo para mis adentros.

—Si me pierdo, buscar lobos. Entendido —repito para memorizarlo.

—Ellos siempre saben dónde hay asentamientos de licans —explica el solitario.

Jadek ha permanecido casi en silencio desde que aceptó mi decisión de partir hacia la manada de los Irismoon. No le gusta, pero no ha tenido más remedio que aceptarlo.

—Tendrás que tener cuidado con los cazadores humanos.

—¿También hay cazadores?

Jadek señala con la barbilla a Fausto.

—Los que estaban intentando matarle cuando le encontré eran parte de un grupo de cazadores que apoyan a los soldados de la resistencia humana. No me extrañaría que hubiera más grupos repartidos por el bosque.

—Entonces —frunzo el ceño, preocupada—, vosotros también tendréis que tener cuidado. Podrían encontrar este sitio otra vez.

—Tú céntrate en tu misión y deja que Jadek se encargue de la protección de este lugar. No por nada es uno de los mejores alfas luchadores que han existido nunca.

Las orejas de Jadek se ruborizan al oír ese cumplido y se aclara la garganta.

—Exageras —dice, reticente a aceptarlo.

—De eso nada —bufa Jadek—. Nunca he visto a nadie matar tan rápida y ágilmente como tú lo haces. Y he vivido mucho, chico. Eres un guerrero nato.

Jadek se aclara la garganta de nuevo.

—Desa también es muy buena.

—Dos alfas luchadores al mismo nivel en una manada sería un milagro de la Luna —murmura Fausto, mirándome con una atención

que me pone la piel de gallina, y no en el buen sentido.

—Sigamos con el plan —propone mi alfa, evidentemente queriendo cambiar de tema porque nota mi incomodidad. Lo extrañamente compenetrados que estamos para sentir las emociones del otro me pone un poco los pelos de punta—. ¿Has memorizado el mapa?

Asiento.

—Todo lo que he podido. Aunque de todas formas llevaré una copia encima, ¿no?

—Será mejor que no. Por si te pillan —niega con la cabeza Fausto—. Sería un peligro para ti y para la manada.

—¿Y qué hago si la alfa Minna no quiere recibirme o me da largas?

—No lo hará —dice Jadek con firmeza—. Me debe un favor. Uno muy grande. Aceptará los términos y condiciones que te he hecho memorizar.

Ah. Eso. me ha tocado estar una hora repasando todo lo que tengo que recitarle a la alfa sin una sola equivocación. Al parecer, los licans son muy tiquismiquis con los tratos. Debería haberlo sabido por cómo me trató Jadek cuando estábamos haciendo uno.

—Entonces, ¿estoy lista ya para el viaje? ¿Puedo irme?

No tengo ningunas ganas de hacerlo, aunque cuanto antes empiece, antes terminaré. Sin embargo, cruzar el bosque yo sola es algo que no se me habría ocurrido en la vida si no fuera porque ahora soy una alfa superpoderosa.

Jadek hace una mueca, pero la oculta rápidamente antes de que se note demasiado.

—Lamento que tengas que ir sola.

—No pasa nada. —Me encojo de hombros, aunque por dentro soy un manojo de nervios ahora que tengo que largarme—. Lo entiendo. Tú tienes las manos muy llenas y Fausto todavía se está recuperando.

El lobo solitario apesta a culpabilidad. Si yo, que soy nueva, me he recuperado de un balazo y unos cuantos cortes con filos de plata en unas horas y he echado a correr con los demás por el bosque cargando con mis heridas, él, que es un sanador, debería haberse recuperado mucho antes. Pero tengo la sensación de que el supuesto espía es un poco cobarde o que le pasa algo con los Irismoon. Quizá con su alfa, Minna. Y que por eso no quiere venir conmigo.

Es una putada, aun así, no podría obligarle aunque se lo echase en cara. Solo quedaría un aura de muy mal rollo entre nosotros por la discusión.

—En fin —suspiro—. Pues mejor no posponer lo inevitable.

Doy media vuelta y salgo por la puerta del ayuntamiento con los otros dos alfas detrás. La mayoría de los beta ya ha encontrado un alojamiento (si es que algún edificio de por aquí puede pasar por uno) y hay unos pocos guardias en la calle, vigilando y escuchando los sonidos del bosque para que los soldados humanos no los pillen por sorpresa otra vez. Así que, por suerte, no hay más comité de despedida que Jadek y Fausto, el último de los cuales me dedica unas palabras de ánimo y anuncia que se va a buscar un lugar donde dormir para «terminar de sanar las heridas».

Una vez solos en la oscuridad, Jadek me pone la mano en el hombro, no sin cierta duda antes de hacer el gesto.

—No te diré «por favor, cuídate» o algo igual de ñoño, pero…

—Pero quieres hacerlo —lo interrumpo con una sonrisa divertida—, ¿verdad?

Sus orejas vuelven a ruborizarse y el alfa se pasa una mano por el corto pelo negro en un gesto nervioso.

—Sí —admite a regañadientes—. Desearía que no tuvieras que ir. Que fuera cualquiera menos tú.

Sus palabras me aceleran un poco el corazón. Me acerco un paso más hacia él hasta que nuestros pechos se rozan. Él es alto, pero yo también lo soy, así que casi nos miramos ojo con ojo, aunque tengo que inclinar un poco la cabeza hacia atrás para poder mirarlo a la cara.

—Tendré cuidado —le prometo en la voz más suave que he usado en mi vida.

Él se relame los labios y mi mirada se desvía hacia ellos. Hacia su belleza. Hacia lo sensuales y tentadores que son.

—Gracias por ir.

Frunzo un poco el ceño, decepcionada, cuando la magia del momento no finaliza en un beso apasionado como yo habría deseado. Aun así, él no da un paso atrás.

—De nada —replico con una de mis sonrisas falsamente despreocupadas—. Cuando vuelva, espero que me tengas preparada una buena cama.

Le guiño un ojo y me deleito en su rubor. Este hombre me va a volver loca de lo *sexy* y adorable que es al mismo tiempo. Y eso que le he visto arrancar cabezas de cuajo como si nada. Es brutal, dulce y fiero. Una combinación que no había visto nunca y que, junto a lo leal que es, está empezando a hacer mella en la muralla de acero que recubre mi corazón desde que era niña.

—Lo haré —promete él, devolviéndome la mirada de manera acalorada.

Aquí hay algo. Algo entre nosotros. Lo presiento y ello me llena de una excitación ridícula, como la de una niña con un caramelo nuevo.

Aunque nuestro primer encuentro sexual no fue lo más glorioso del mundo, tengo la sensación de que, si Jadek se dejara soltar el pelo un poco, llevado por su lado más salvaje, el sexo sería algo increíble. Y estoy ansiosa por comprobar mi teoría.

Pero por desgracia voy a pasar dos semanas sin poder intentar seducirle de nuevo.

Así que me elevo levemente sobre mis pies y planto un suave y rápido beso en sus labios antes de dar media vuelta y elevar el brazo en señal de despedida.

—Estaré de vuelta antes de que me eches de menos —río, acelerando el paso.

Aunque no lo suficientemente rápido como para no oírle decir: «Ya es tarde».

Capítulo 17

El bosque es enorme, intimidante y terrorífico.

Y no ayuda el que la luz del sol apenas entre a través de las ramas de los enormes árboles que lo pueblan, especialmente cuando atardece y el sol empieza a esconderse. Aunque mis ojos licans son increíbles, ver en esta oscuridad penetrante me da dolor de cabeza hasta que me acostumbro a ello.

Voy convertida en licántropo todo el camino, ya que mis sentidos son más agudos y puedo escuchar u oler a un enemigo a kilómetros de distancia, lo que me ahorrará encontronazos indeseables (o eso espero), así que aprovecho los primeros días de viaje para acostumbrarme a mi nuevo cuerpo peludo. Es grande, ágil y fuerte, pero decido inmediatamente que, aunque me encante la sensación de poder y el subidón que me da la transformación, mi forma humana es mucho más cómoda.

Para empezar, puede coger cosas con las manos sin que se rompan por culpa de las garras, o cabe por sitios pequeños sin tener que dar rodeos porque hay un par de árboles demasiado juntos. Aunque descubro que puedo escalarlos con muchísima facilidad, lo que es otro plus para mi forma lican.

Mis primeros tres días de viaje son tranquilos. Es el cuarto el que me obliga a pensar y dar un rodeo a un campamento claramente humano que, además, contiene otros licans que podrían olerme y causarme problemas (todos ellos huelen a beta) y que descubro antes de que ellos me descubran a mí gracias a que el viento está a mi favor.

Jadek y Fausto tenían razón, hay cazadores por todo el bosque, seguramente buscando información sobre los asentamientos de las manadas licántropas que los dos alfas marcaron con

chinchetas antes de decidir que la manada Irismoon era la mejor opción para negociar.

Logro alejarme de los cazadores por los pelos, y solo gracias a que el viento se mantiene a mi favor todo el tiempo, porque si no habría estado jodida.

Durante el séptimo día, la verdad es que estoy empezando a acostumbrarme a estar siempre en forma de lican e incluso a comer, las raras veces que cazo, carne de ciervo, cuyas carcasas luego entierro en el bosque como me indicó Jadek que hiciera para no dejar tanto rastro tras de mí. Está bastante buena, pero supongo que ello se debe a mi nuevo paladar lobuno.

Los tres días siguientes transcurren con calma mientras cruzo el bosque sin apenas dormir, deseosa de llegar a los Irismoon y dar por finalizada la misión cuanto antes, pero es al undécimo día cuando tengo problemas. Y problemas graves.

Porque mi olfato me advierte de dos cosas: que un lican peligroso me sigue y que dicho lican es un Descontrolado. Reconozco el olor. Es como si se hubiera quedado impreso para siempre en mi subconsciente después de que uno de ellos me mordiera. Apesta a putrefacción, a sangre y a muerte. Y se está acercando a mí como si supiera exactamente dónde estoy.

Acelero el paso, sin embargo, la criatura también lo hace y el encontronazo parece inevitable. Así que elijo bien mi terreno: la orilla de un río.

Y espero.

Capítulo 18

El Descontrolado llega hasta mí en menos de diez minutos. Es grande, pero no tanto como yo, y se nota que no piensa en nada que no sea matar y comer. Apesta, literalmente, así que es fácil predecir el momento exacto en el que sale de entre los árboles y se planta en la orilla del río a por mí.

Su aullido de victoria por haberme encontrado es alto y claro, así como su convicción de que va a ganar esta pelea. Pero yo, aunque admito que estoy aterrada, tengo algo muy claro en mente: que estoy peleando por mi vida y que el juego sucio es más que bienvenido.

La criatura, como había previsto, se abalanza sobre mí sin un segundo pensamiento en la cabeza y yo salto hacia un lado y lo agarro del costado haciendo uso de mi inhumana agilidad. Con toda la fuerza de la que soy capaz, lo arrastro hacia el río mientras este lucha por morderme la yugular y yo choco mi mandíbula contra la suya tratando de evitarlo.

Cuando el agua nos cubre hasta la nuca, lo aferro con ambos brazos del cuello y le hundo la cabeza bajo la fuerte corriente. Funciona a pesar de que se resiste. El problema es que le he dejado las garras delanteras libres y que me las ha clavado en el estómago. Está intentando sacarme las tripas, el muy cabrón.

No sé cuánto puede aguantar un lican, y mucho menos un Descontrolado, bajo el agua, pero sus movimientos son cada vez más débiles así que espero que no mucho, porque, aunque no me estoy cansando, sí me da miedo que me mate destripándome. Por suerte para mí, sus ataques son tan erráticos como su mente y nunca da dos veces en el mismo lugar y, pese a que me llena de

cortes bastante profundos, no derrama mis tripas por el agua, que se tiñe de rojo con mi sangre.

Poco a poco, el Descontrolado va perdiendo fuerzas hasta que deja de moverse, pero yo, todavía asustada y con la adrenalina a tope, no lo suelto y mantengo su cabeza bajo el agua durante un buen rato.

Luego lo arrastro hasta la orilla y lo decapito con mis garras delanteras. Mira que hice cosas horribles durante la batalla del poblado secreto del metro, pero esto me resulta un acto tan asqueroso que vomito aun estando en mi forma lobuna, llenando la orilla de sangre y restos de ciervo medio digerido.

Es asqueroso, aun así, celebro que he sobrevivido al encuentro con un Descontrolado. Y lo he hecho yo sola.

Capítulo 19

No me doy cuenta de lo graves que son mis heridas hasta que miro hacia abajo y veo los cortes. Son muy profundos, y no dudo de que algunos han llegado hasta mis tripas, porque de repente todo duele una barbaridad y me cuesta andar horrores.

No sé cómo lo hago para seguir. La fiebre llega cuando cae la noche, pero yo no me detengo, sigo la línea trazada en el mapa y atravieso la gruta de montaña que supuestamente lleva al asentamiento de los Irismoon a la mañana siguiente.

Creo que me desmayo al inicio de la gruta de piedra porque, cuando despierto, estoy en una especie de camilla de hospital (cosa que me trae recuerdos), atada de pies y manos mientras un enorme lobo alfa que huele a hembra pone sus manos sobre mi vientre y sana mis mortales heridas como si fuera mágica.

Una sanadora, me doy cuenta antes de desmayarme de nuevo.

Cuando recobro la conciencia la segunda vez, hay una mujer sentada en un elegante sillón al lado de mi enorme camilla de hospital, seguramente adaptada para licans, leyendo un libro que reconozco como uno porno.

—¿Hola? —grazno, sin saber si es amiga o enemiga.

—Estás despierta —saluda ella—. No sabíamos si vivirías o morirías. El Descontrolado te hizo unos buenos agujeros. ¿No te han enseñado que las garras de otro lican pueden ser incluso peores que las balas de plata para los novatos como tú?

—Creo que Jadek lo mencionó durante la charla que me dio cuando lo convencí de que me dejara venir, pero se me olvidó —

confieso.

La mujer parpadea como si mis palabras la sorprendieran.

—Así que vienes de parte de Jadek —musita—. Creía que eras una solitaria que deseaba solicitar la integración en la manada. —Suspira y se pasa una mano por la cara—. Ahora me arrepiento de haberte sanado. —Se levanta de la silla y se guarda el libro de bolsillo en la chaqueta—. Voy a buscar a Minna. No intentes salir de aquí sin mi permiso.

Ni siquiera me deja hablar, se marcha sin más después de soltarme todo eso.

La mujer que llega unos diez minutos después acompañada de la sanadora se parece mucho a ella, solo que es una versión mayor de la otra alfa.

—¿Madre e hija? —pregunto para tratar de romper el hielo cuando ambas se plantan en la habitación y se me quedan mirando como si no supieran qué hacer conmigo.

—Qué lista eres —se burla la alfa luchadora que debe de ser Minna—. ¿Seguro que la envía Jadek?

Abro la boca para soltarle el discurso que me hizo memorizar el alfa para cuando me encontrara con ella, pero Minna se me adelanta.

—¿Qué es lo que quiere?

Lo pregunta con tanta fiereza e intriga a la vez que me siento un poco compelida a responder.

—Refugio para sus beta y una reunión con el consejo de alfas. Han atacado el asentamiento del metro y…

—Ni hablar —sisea la alfa, crispándose—. Aquí ya tengo demasiados civiles de los que preocuparme. No voy a hacerme cargo de dar de comer y encontrar casas para su manada.

Carraspeo para llamar su atención, aunque, como ella sigue quejándose, lo mando todo a la mierda y la interrumpo.

—Le debes tu vida y la de tu hija. Jadek invoca el juramento que le hiciste hace diez años bajo la luz de la luna llena y en nombre de vuestra diosa.

Minna maldice con tanta fuerza que hasta la otra alfa alza las cejas en señal de sorpresa.

—¡Puto juramento! ¿Por qué lo haría?

—Porque nos salvó el cuello, mamá —interviene la sanadora —. Le debemos una gorda. Estamos obligados por el honor a….

—¡Ya lo sé, joder!

Minna se da media vuelta, aunque se detiene frente a la puerta antes de salir.

—Mandaré un equipo de mensajeros, pero tendrás que darme la localización de la manada Seawolf.

—Eso es fácil —le sonrío, aliviada de que vaya a ayudarlos—. Están en el antiguo pueblo Seawolf. El primer asentamiento de la manada.

Minna maldice vehementemente de nuevo y, esta vez, se larga sin mirar atrás.

Su hija se queda, sin embargo.

—Menudo revuelo causaste entre los guardias cuando entraste en la gruta con las tripas fuera —comenta—. No me has dicho tu nombre, por cierto.

—Ni tú a mí el tuyo.

Ella abre los ojos como platos y luego se echa a reír.

—Perdona —se disculpa—. Es raro que alguien no sepa el nombre de la hija de Minna Irismoon.

—Entiendo…

La hija de una loba famosa. Lo capto.

—Soy Freya Irismoon. Encantada de conocerte. —Me sonríe de manera coqueta y yo me pregunto qué les habrá dado a los lobos conmigo o si será algo normal y les irá el poliamor o algo por el estilo.

—Desa de los Seawolf. —No le digo mi apellido humano porque los lobos, como aprendí con Jadek, no tienen apellido. Solo el nombre de la manada a la que pertenecen. Lo dejan todo atrás de su vida humana cuando se transforman y, la verdad, yo estoy muy contenta de poder hacer eso, ya que mi vida anterior no es una que me hiciera muy feliz.

—¿Cuánto hace que te has convertido? Todavía hueles a novata, así que no puedo percibir muy bien tu aroma personal.

Otra cosa que estoy empezando a comprender es que para los lobos el aroma de las personas es muy pero que muy importante.

—Algo más de dos semanas, creo. No sé cuánto tiempo llevo en el bosque —me sincero.

—Qué raro. Tu aroma a novata debería haber desaparecido ya.

Me encojo de hombros como puedo, ya que sigo maniatada a la camilla.

—¿Podrías desatarme, por cierto?

Ella duda.

—Eres una alfa luchadora desconocida. Todavía no se ha decidido si eres de fiar o no.

—¿A qué te refieres?

Ella enarca una ceja.

—Podrías estar con los humanos —dice como si nada.

Yo suelto tal bufido que la camilla se mueve y todo, con sus ruedas chirriando contra el suelo, y ella se ríe con ganas.

—Si te soy sincera, no creo que seas una traidora.

—Entonces, ¿me desatas?

Freya niega con la cabeza.

—No hasta que comprobemos si tu historia es cierta o no. Lo siento.

Es precavida. Lo acepto, pero es una mierda estar atada.

—¿Así que me vais a mantener atada de pies y manos en mi forma humana que, por cierto, no sé cuándo he recuperado, desnuda y en una camilla de hospital?

—Te has transformado mientras estabas inconsciente. Ayer, creo. O hace unas horas. No sé. Pierdo la noción del tiempo cuando leo —admite ella—. Pero fue mientras te vigilaba. Ah, y no vas a estar aquí, no te preocupes. Ahora que estás curada no vamos a dejarte en el hospital, podrías molestar a otros pacientes.

—¿Con mis quejas sobre estar atada y desnuda y que no sea por nada *interesante*? —pregunto en tono jocoso de falsa lujuria.

Ella se ríe de nuevo y me mira de arriba debajo de manera apreciativa. Nunca me he considerado una persona especialmente atractiva y, sin embargo, parece que entre los lobos estoy triunfando. Fíjate tú qué bien.

—Podrías desatarte y atacar a los más vulnerables —replica cuando deja de reírse—. Aquí hay familias con bebés recién nacidos.

—¿Y dónde me vais a meter?

—En una celda de contención, claro.

Joder. Otro de esos zulos de cemento. Qué mierda.

Ella debe de ver la decepción en mi cara, así que me lanza una sonrisa que parece consoladora.

—Seguro que nuestros corredores confirman tu historia lo más rápido que pueden. No deberías preocuparte de nada… si no eres una traidora.

—Entiendo —suspiro—. ¿Podría al menos tener algo de ropa?

—Supongo que sí. —Ella se separa de la pared en la que estaba apoyada y se estira cuan larga es como si estuviera intentando seducirme. Algo que no va a funcionar porque no me van las tías y porque mi mente está pendiente de un tal Jadek—. Iré a ver si encuentro algo que sea más o menos de tu talla.

—Gracias.

—No hay de qué —se despide con un gesto de la mano.

Y yo me quedo sola en la puta camilla de hospital manchada con mis tripas.

Capítulo 20

Me llevan al zulo y me dejan allí. Podría luchar para largarme, pero no me convendría nada oponerme a esta gente y hacerles creer que soy una traidora. Firmaría una sentencia de muerte que no estoy dispuesta a cargar en mis espaldas. Sería muy estúpido por mi parte.

Así que agacho la cabeza (metafóricamente, claro) y me conformo con vivir en un puto zulo de gruesas paredes de cemento sin ventanas durante la Luna de los lobos sabe cuánto tiempo. Y no es que de repente me haya hecho creyente, es que a algo le tengo que rezar cuando estoy tan aburrida de ver paredes vacías y no tener contacto con otras personas excepto el breve hola y adiós de la entrega y recogida de comidas que podría volverme loca por ello.

Espero. Y espero. Y espero un poco más.

Y creo que realmente acabaré por perder la cabeza estando encerrada aquí.

Capítulo 21

JADEK

—¿La habéis dejado dónde? —me indigno.

—Relaja un poco ese tono, amigo —me pide Minna—. No sabíamos si era de fiar…

—Es de fiar —siseo, conteniendo mis ganas de rugir—. Soltadla.

De solo imaginar que Desa ha pasado más de dos semanas en un puto zulo y que podría pasar otras tres o cuatro encerrada mientras muevo a la manada por el bosque, hacia la fortaleza de los Irismoon, se me caldea la sangre de pura ira.

—Muy bien. Calma —insiste ella de nuevo—. La sacaré y le daré una puta medalla por haber llegado hasta aquí ella solita. Por cierto, ¿cómo se te ocurre mandármela? ¿Y más siendo novata?

—¿Está bien? —me preocupo.

—Freya la ha sanado. Tuvo un encontronazo con un Descontrolado…

La interrumpen mis maldiciones, sobre todo dirigidas a mí mismo.

—¡Joder! —exclamo—. No debí mandarla. Debí haber ido yo.

—¿Y dejar solos a los tuyos? Eso sí que hubiera sido una locura —interviene Minna—. Mira, siento habértelo echado en cara, pero, pensándolo bien, no ha sido una mala decisión considerando la situación en la que estáis.

Los teléfonos vía satélite que han traído los suyos están siendo de lo más útiles ahora mismo.

—Entonces, ¿hay trato?

Ella suspira fuertemente a través de la línea.

—¿Tengo otra opción?

—Puedes no pagar tu deuda de sangre.

—¿Y arriesgarme a ser maldecida por la Luna? Ni hablar.

Minna, al igual que su hija, nació siendo licántropa y sus creencias están incluso más arraigadas que las mías tras más de veinte años viviendo con licans. Genuinamente, cree que las historias de maldiciones por falta de cumplimiento de una promesa son ciertas… y lo cierto es que yo también. He visto tantísimas cosas a lo largo de mis días como alfa que ya casi creo en todo. Si me dijeran que las hadas existen, no lo pondría en duda, tan solo lo investigaría.

—Estaremos allí en unas semanas.

—Lo sé. Ya estamos con los preparativos.

—Gracias, Minna.

—No me las des. No lo hago porque quiera, sino porque debo. Al igual que tú siendo líder de esa manada.

Me tenso porque tiene razón. Nunca quise el papel de líder, pero el destino tuvo otros planes para mí.

Cuelgo el teléfono pensando en Desa y en que espero que su situación mejore cuanto antes. Me desespera que la hayan encerrado porque sé lo malo que es para un lobo no estar al aire libre. Lo locos que puede volvernos eso.

Espero que esté bien. No me gustaría nada verla en mal estado. Le debo mucho.

Y no quiero cabrearme con Minna. Eso no acabaría bien para ella.

Capítulo 22

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —le pregunto al tipo que abre la puerta y se me queda mirando, dejando entrar una luz que hace que entrecierre los ojos para que no me lloren.

—Algo más de dos semanas —responde una voz que reconozco como la de Freya, y el hombre se hace a un lado para que la sanadora pueda entrar—. He venido a decirte que tu historia ha sido verificada y que puedes salir.

—Mi salvadora —replico con sarcasmo, pero a la vez rebosante de alivio, y me levanto del catre en el que estaba tendida volviéndome loca.

Los músculos me duelen, como si no hubieran sido usados en semanas, que es el caso. Aunque lo peor es cómo se siente mi cerebro: como si estuviera a punto de estallar.

—Ven —me apremia la hija de la líder de los Irismoon—, necesitas ir al bosque.

—¿Por qué?

La sigo a través de la puerta y luego por un largo pasillo repleto de celdas parecidas a la mía hacia unas escaleras ascendentes.

Ella me mira de reojo.

—¿No te sientes mal?

—Me siento como una mierda —replico con sequedad—. Pero eso no explica por qué tenemos que ir al bosque.

—Porque el contacto con la naturaleza nos mantiene cuerdos.

Algo dentro de mí anhela oler los putos árboles como si fuera una drogadicta sin su dosis, así que supongo que tiene razón.

No le pregunto cómo ha ido la conversación entre Jadek y Minna porque ahora mismo todo me importa una mierda. Todo excepto sentir la luz del sol o, en este caso, de la luna, sobre mi piel.

Cuando salimos al aire libre, me estremezco con fuerza y mis huesos crujen.

—No te transformes —me advierte Freya—. Alertarás a los beta. Todavía hay quien no confía en ti.

—Intentaré evitarlo, pero no prometo nada.

Es como si mi loba interior quisiera salir a la fuerza. El impulso de transformarme es muy intenso.

—Me vale —contesta Freya, encogiéndose de hombros mientras salimos por la puerta de la muralla que rodea la prisión en la que me habían metido.

Salimos a un camino que lleva hacia el resto de la fortaleza, pero, en vez de seguirlo, Freya me agarra del brazo (cosa que me hace soltar un gruñido de incomodidad) y me guía hacia un costado. Hacia una puerta que lleva directamente al bosque repletita de guardias armados como soldados en una guerra, que supongo que es lo que son.

—Salimos un rato. Volvemos en veinte minutos —les dice la chica a los guardias, que asienten y se hacen a un lado para dejarnos pasar sin rechistar—. Vamos —me urge Freya una vez más —. Puedo sentir a tu loba muy intensamente. Eso no es buena señal.

—Te dije que no prometía nada.

Mis huesos han empezado a crujir ominosamente y noto mis uñas convirtiéndose en garras.

—Corre. Métete bajo los árboles. Allí no te verán perder el control. —Freya me empuja ligeramente hacia los árboles que se ven en la lejanía y yo obedezco sin rechistar porque noto mis piernas alargándose y mi pelaje luchar por salir a la superficie.

A pesar de la corta distancia que me separa de la linde del bosque, jadeo con agotamiento cuando llego bajo el cobijo de los árboles y me oculto de la vista de los guardias tras uno de los gruesos troncos. Me está costando la vida no transformarme y, durante unos segundos, incluso me planteo mandarlo todo a la mierda y hacerlo, pero luego me digo que es mejor no empeorar las cosas y acabar en esa puta celda otra vez, así que logro controlarme a duras penas.

—Impresionante —admira Freya cuando llega a mi lado y ve que mi cuerpo ha vuelto a su forma humana completa, en vez del ser a medio transformar que era antes.

Yo no le respondo porque estoy demasiado concentrada en controlar mi respiración para que el aire llegue a mis pulmones. Me cuesta un mundo respirar bien. Es como si me faltase el aire.

—Ansiedad —dice Freya olisqueando el aire—. No tienes nada que temer. Sabemos que eres amiga de Jadek. Y Jadek no nombra a nadie su amigo a la ligera.

—Vete a la mierda —le suelto con simpleza—. Me habéis mantenido en un puto zulo sin luz natural durante semanas. Tengo derecho a tener ansiedad si me da la puta gana.

No es que quiera, precisamente, es solo que detesto que me esté observando mientras lucho por controlar esas emociones que parecen a punto de desbordarse. Y también odio responder como una chiquilla cabreada, pero me siento muy enfadada y muy ansiosa ahora mismo.

La sanadora da un paso hacia atrás y eleva las manos en señal de paz, aunque yo no le hago caso. Me preocupa mucho más

echar la cabeza hacia atrás y aspirar todo el aire limpio y puro que puedo en mis constreñidos pulmones. El aroma a bosque hace magia en mis sentidos, en pocos minutos, estoy casi en completa calma. Freya tenía razón sobre el efecto que ejerce la naturaleza en los licans.

La sanadora se sienta en una roca y coloca una bolsa a sus pies, mirando hacia otro lado para darme algo de privacidad hasta que estoy lista para abrir los ojos que no me había dado cuenta de que había cerrado y encararla.

—¿Y ahora qué?

—¿A qué te refieres?

—¿Qué vais a hacer conmigo mientras esperamos a Jadek?

Ella se encoge de hombros.

—Ya no eres nuestra prisionera como medida preventiva —expone—. Pero tampoco eres una ciudadana de los Irismoon.

—¿Entonces vais a mantenerme encerrada en otro sitio?

—No… O, al menos, no lo creo. Aunque imagino que tendrás que seguir unas normas —supone—. Tengo órdenes de llevarte ante mi madre cuando terminemos en el bosque.

Está siendo sincera. Eso lo aprecio.

—Gracias por ser honesta.

Ella se aclara la garganta con incomodidad.

—Es lo mínimo. Por cierto, ten —me tiende la bolsa con un brazo extendido y yo me acerco para cogerla—, te he conseguido algo de ropa que creo que es de tu talla. Imagino que tras más de dos semanas con la misma ropa querrás ducharte y cambiarte, así que, si quieres, podemos ir a mi casa y así te das un baño.

—Gracias de nuevo —digo con alivio—. Estás siendo muy amable.

—Una vez más —responde ella apartando la mirada de mi cara cansada—: es lo mínimo que puedo hacer. No hace falta que me des las gracias por ello.

Capítulo 23

La ducha que me doy es larga y caliente y, cuando salgo vestida con la ropa nueva que me ha dado Freya (descalza, por supuesto), mi único pensamiento es quemar la ropa que he llevado durante mi cautiverio.

—Déjala ahí. —Freya me señala la mesa del comedor cuando salgo del baño—. La quemaré más tarde.

Arruga la nariz cuando paso por delante de ella con el fardo de ropa putrefacta en la mano, pero ninguna de las dos decimos nada.

—Si has terminado, mi madre nos espera —añade—. Por cierto, estás guapísima con ese vestido —me sonríe coquetamente.

—Gracias —le digo con parquedad—. Me ha parecido la opción más útil de lo que había en la mochila. No creo que el resto me venga bien.

Ella hace una mueca.

—Te buscaré más ropa. Una que te quede mejor una vez sepa tu talla.

—Creo que he perdido unas cuantas estando encerrada —medio bromeo medio digo en serio, mirándome las caderas, mucho más delgadas que antes—. La comida no era precisamente un manjar.

Freya apesta a culpabilidad hasta que controla sus emociones y, por ende, su aroma.

—Añadiré prepararte un banquete a mis tareas…

—No hace falta que hagas tanto por mí.

Ella se levanta y se me acerca moviendo las caderas de manera sensual, poniéndome una mano en el brazo.

—Podrías quedarte aquí conmigo, en mi casa. Seguro que podría convencer a mamá de…

—Freya —la interrumpo con incomodidad—, me caes bien, pero no siento atracción por ti. Lo siento.

Prefiero ir directa al grano y ahorrarme más incomodidad por el camino.

—Oh. —Ella quita la mano de mi brazo y se ruboriza de la vergüenza—. Perdona… —suspira—. No estoy muy acostumbrada a ver alfas tan guapas como tú.

Enarco las cejas con sorpresa.

—Nunca me he considerado muy atractiva.

Mis palabras le hacen soltar una carcajada de incredulidad.

—Estás de coña, ¿no? Estás buenísima. Eres alta, fuerte y hueles de maravilla.

Esta vez soy yo la que se ruboriza.

—Gracias por los cumplidos. No sabía que era tan atractiva en términos licántropos.

—¿Ningún humano te dijo nunca lo guapa que eres?

Carraspeo y trato de recordar a mis amantes. Ninguno parecía especialmente seducido por mi físico. Solo querían sexo. Como yo.

—No realmente.

Ella suspira de nuevo.

—Qué pena que no te vayan las mujeres —se lamenta—. O que no te vaya yo, en particular. Pero, bueno, mejor dejamos el tema antes de que te tenses más —se ríe— o acabarás convertida en una estatua de hierro.

No sé qué responder porque tiene razón, así que no lo hago.

Freya capta la indirecta y pone rumbo hacia la puerta de entrada de su casa mientras yo pienso en lo que me ha dicho y en que, supuestamente, soy superguapa para los licans.

Y me pregunto si ello me ayudará a ligarme a Jadek. Esta vez de verdad, no en plan «te la meto para ayudarte a que no te Descontroles» y toda esa mierda. Valdrá la pena intentarlo una vez llegue a la fortaleza de los Irismoon y pueda arrinconarlo para así tener al guapísimo alfa un rato para mí misma.

Capítulo 24

Minna nos está esperando en su despacho, situado en una alta torre que hay en uno de los lados de la muralla que rodea el asentamiento, al que se accede a través de una gruta.

—Así que no te has vuelto loca —me saluda en cuanto me ve —. Bien. Eso habría sido un problema a la hora de explicárselo a Jadek. Al parecer, es un poco sobreprotector contigo.

Lo último que dice no me sorprende del todo después de ver lo mucho que le costaba dejarme venir sola hasta aquí a pesar de ser una alfa luchadora, pero sí que causa un sentimiento cálido en mi pecho que me apresuro a aplastar.

—¿Cómo iba a hacerlo? Tu hospitalidad ha sido magnífica — replico, destilando sarcasmo y exasperación, y hago una reverencia burlona.

Minna, en vez de ofenderse, se ríe en mi cara por mi respuesta, pero se vuelve a poner seria segundos después.

—Espero, por tu bien, que no estés planeando vengarte.

Elevo las cejas en señal de sorpresa.

—No voy a matar a tu gente, si es lo que te preocupa.

Ella ladea la cabeza.

—¿Planeas intentar matarme a mí?

—¡Mamá! —protesta Freya.

—No —respondo con honestidad—. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque eres una alfa luchadora, y si hay algo que los alfas de ese tipo no soportamos es que nos dominen o nos encierren. Y yo he hecho ambas cosas.

Suelto un siseo al oírla.

—No me has dominado —gruño.

Mis instintos lobunos están a flor de piel y muy ofendidos con sus palabras.

Ella me sonríe.

—No me refería a domarte o a dominarte en plan «ahora soy tu dueña» o «me debes tu lealtad», sino a haberte encerrado, niña.

—Ya lo he captado —contesto con sequedad—. Y aun así, no me has dominado. Yo he *dejado* que me encerrarais para no causar problemas con tu manada.

Quiero dejar las cosas muy claras. Mi orgullo nunca había sido algo que me preocupara, sin embargo, de repente, parece que ha crecido exponencialmente conforme me aclimataba a ser una lican; y a mi loba, tan llena de él, no le ha gustado ni un pelo de su cuerpo lo de que Minna dijera que nos había dominado.

—Como quieras.

Qué rabia da cuando te dan la razón como si no creyeran en tus propias palabras y fuera solo para terminar una discusión.

Tengo ganas de partirle la cara a la otra alfa. Y mira que he dicho que no iba a atacarla, pero su actitud me está poniendo de los nervios.

—Tengo una misión para ti, si la aceptas —añade Minna—. Algo rápido para mantenerte ocupada un tiempo.

—¿Por qué iba a aceptar una misión tuya?

Ella se encoge de hombros.

—Porque nos ayudará no solo a los Irismoon, sino también a los Seawolf cuando vengan. Más concretamente: a atravesar el bosque sin demasiados percances.

Rechino los dientes, pero asiento porque necesito algo que hacer. Al menos puedo escucharla y mandarla a la mierda si su «misión» no me convence.

—No me has dicho nada de una misión, mamá —interviene Freya.

—Es para ella, no para ti, cariño —replica Minna con afecto—. Puedes esperar fuera.

—Pero…

—Fuera, Freya —repite Minna con firmeza.

Freya me echa un último vistazo y me aprieta el hombro en señal de ánimo antes de irse.

—¿De qué se trata? ¿Quieres que mate o algo así?

Estoy empezando a captar que los alfas luchadores, para los licans, son una especie de soldados de élite que sirven para poco más que dirigir y matar, mientras que los sanadores no buscan el poder, sino que conviven con los demás con la cabeza agachada. Y no sé si me gusta.

—El campamento de humanos y traidores que viste en el bosque —me informa Minna—, ha aumentado de tamaño y es un peligro para todos. Hay que eliminarlo antes de que los Seawolf se crucen con ellos.

Tiene razón. Serían un peligro para los beta a los que Jadek tiene que proteger.

—¿Quieres que vaya y los elimine?

—No irás sola —me explica la alfa—. Mi fuerza de élite irá contigo.

—Betas.

—Por supuesto. —Ella se me queda mirando antes de seguir hablando—. ¿Te das cuenta de lo raro que es que un alfa luchador esté bajo el mando de otro?

Elevo un hombro y me rasco detrás de la oreja, ya que me pica.

—Me imagino que no es común, pero Jadek me convenció de ello.

Tenía muy buenos argumentos y, la verdad, no le veo algo malo a seguirlo. Parece un buen tipo que se preocupa por los suyos y que necesita algo de ayuda y, en fin, si puedo ayudar al hombre que me salvó de acabar siendo una Descontrolada, supongo que lo haré. Además, ser una loba solitaria no me atrae en lo más mínimo.

Minna se inclina sobre su escritorio.

—¿Y qué me costaría a mí tener tu lealtad?

—Se la he jurado a Jadek, y no me gusta romper promesas.

Rara vez las hago y, aunque en un caso extremo podría romperla por mi propio bien, no me gusta la idea de dejar a Jadek solo al mando de los Seawolf.

—Y en el hipotético caso de que Jadek te liberara de tu promesa, ¿considerarías unirte a los Irismoon?

Evito revolverme sobre mis pies. La intensidad de Minna me pone incómoda.

—¿A qué viene tanto interés en mí?

Ella suelta un bufido de risa.

—Acabas de ser transformada y has empezado a no oler a novata hace nada, pero si te dieras cuenta del potencial que tienes… No hay muchos alfas luchadores que huelan tan fuerte como tú.

—Espero que no sea un aroma a tufo —bromeo.

Ella vuelve a bufar.

—El aroma dice mucho de cada persona. Dentro de nada, podrás empezar a diferenciar a los licans débiles de los más fuertes; a los que están en su periodo fértil y a los que no; a los que sienten atracción por ti y a los que te detestan…

—Entiendo. Gracias por la explicación.

Había empezado a comprender que el aroma era muy importante para los licántropos, pero puesto en esas palabras lo hace todavía más interesante.

Minna suspira.

—Es una pena que no estés dispuesta a cambiar de manada. Me vendrías muy bien. Hay demasiados enemigos ahí fuera.

Decido cambiar de tema.

—¿Cómo de enorme es lo que le debes a Jadek como para dejar que su manada viva aquí? Sospecho que dos manadas juntas, como dos alfas luchadores juntos, no es algo común.

Minna se pone seria.

—Es una vieja promesa. Eso es todo.

—¿Te salvó la vida o algo así?

Ella se tensa.

—Algo así. Volvamos al tema de la misión. ¿La aceptarás?

Me trago un suspiro.

—Sí. La acepto. Me cargaré a esos hijos de puta, no te preocupes.

No voy a dejar que hagan daño a los Seawolf. Al fin y al cabo, ahora son míos para protegerlos, y mi loba resulta que es muy posesiva con lo que considera suyo por derecho.

Capítulo 25

Atravesar el bosque con diez beta entrenados para la batalla es mucho más fácil que hacerlo sola, porque resulta que estos saben cómo correr a velocidades inhumanas en su forma humana. Yo, que creía que esas habilidades estaban un poco limitadas a la forma lobuna, aprendo rápido que no lo están y me pongo a la par que ellos y, poco después, al frente del grupo como se espera de mí.

Los beta que cruzaron el bosque para buscar a los Seawolf y llevarles el mensaje de Minna hicieron un mapa con la localización exacta del campamento, así que es fácil encontrar a los soldados humanos, especialmente porque no se han molestado en cubrir su rastro, como si estuvieran seguros de que sus licans y sus armas son una especie de armadura infalible contra nosotros.

Qué equivocados están.

Cuando caemos sobre ellos está amaneciendo, y la tierra se tiñe de rojo rápidamente con la sangre de los guardias que han dejado vigilando el campamento, tanto humanos como licántropos (todos ellos beta y con olor débil).

Mi nariz es una gran aliada durante la batalla. Ya es de por sí potente en mi forma humana, pero cuando me transformo (quitándome la ropa y dejándola bajo las raíces de un árbol para que no se me estropee esta vez) es diez mil veces mejor. No solo me dice dónde hay humanos y dónde se esconden los licans, que resulta que han aprendido a trepar a las copas de los árboles para saltar sobre nosotros desde las alturas, sino que me indican, como Minna me advirtió, lo fuerte que es cada uno de ellos, no solo el subgénero o el género.

La batalla es rápida y brutal. Los beta que me acompañan no tienen miedo de nada, como la élite de los Seawolf, y atacan sin

temor a ser abatidos por las armas humanas y sus balas explosivas de plata y a saber qué más. A mí me dan un par de veces, pero mi regeneración expulsa las balas de mi cuerpo y cierra mis heridas poco a poco y lo cierto es que, aunque suene terrorífico, el dolor apenas me molesta. Es como si fuera una *berserker*. Mato con rapidez, agilidad y brutalidad, dejando un rastro de cadáveres a mi paso que triplica o incluso cuadruplica el número de muertos que alcanzan los beta en su totalidad.

No me extraña que Minna me quiera en su manada. Cuando la batalla termina, estoy en mitad del campamento rodeada de los cuerpos sin cabeza de al menos una treintena de soldados de ambas especies. Es tan atroz como extrañamente satisfactorio. Me entran ganas de vomitar, pero, al mismo tiempo, me siento tan satisfecha de haber eliminado tantos enemigos de mi manada que mi pecho se hincha con orgullo cuando los beta supervivientes que me acompañaban vitorean mi nombre tras la victoria.

—Registremos este lugar antes de volver a casa —les digo a los Irismoon, volviendo a mi forma humana mientras ellos me rodean, también completamente desnudos y cubiertos de sangre—. Quizá tengan información interesante en los ordenadores que he visto en una de las tiendas de campaña.

—Cargaremos con nuestros muertos y, si no te importa, alfa, los despediremos en el campo de batalla como dictamina la tradición —me pide uno de los beta de cuyo nombre ni me acuerdo.

—Claro. Haced lo que debáis.

Al final hay tres cadáveres que llevar a casa, uno de ellos alarmantemente joven (sospecho que el chaval no tendría más de dieciocho), y cuatro portátiles con un puñado de *pendrives* que cargan varios beta mientras corremos por el bosque de vuelta a la fortaleza.

Me digo a mí misma que he hecho lo correcto mientras me lavo la sangre cuando hacemos una breve parada en el río en el que

maté al Descontrolado. Y convencerme de ello no me resulta complicado.

Capítulo 26

Tras esa misión, llegan más: destruir otra base de cazadores en el otro lado del bosque, cerca de otro asentamiento lican de una manada aliada de los Irismoon y los Seawolf; patrullar fronteras; vigilancias nocturnas en territorios peligrosos donde se ha avistado a Descontrolados… La lista sigue y sigue hasta el día en el que soy llamada de vuelta al despacho de Minna mediante un mensajero beta que acude al puesto de vigilancia en el que estoy ese día.

—Pasa —me dice la alfa antes incluso de que pueda llamar a su puerta—. Jadek y su manada han sido avistados a unas horas de aquí.

—Así que supongo que se acabaron los trabajitos.

—¿Te habrías sentido mejor esperando sentada a que llegaran?

No realmente. Nunca he sido de las que saben estar quietas y disfrutar de los pequeños momentos de la vida. O tal vez es que nunca he tenido tiempo de intentarlo, con dos trabajos y una mentalidad perpetua de supervivencia.

—Quiero estar en la puerta cuando lleguen —informo a Minna.

He echado de menos a Jadek. Y eso que apenas lo conozco y que no es que esté ligada a él más allá del juramento. Pero hay algo en él, un qué sé yo, que me atrae. Lo quiero como amante, y estoy impaciente por proponerle irnos de nuevo a la cama juntos una vez la manada Seawolf se asiente y las cosas se calmen. Nunca me había sentido así. Normalmente descarto a las personas cuando me canso de ellas, que suele ser rápidamente tras haberme acostado con ellas.

—Eso sospechaba —replica Minna—. Por eso te he hecho venir. —Se aclara la garganta—. Y una cosa más…

—Déjame adivinar —la interrumpo—. ¿Prefieres que no le diga nada a Jadek sobre tu oferta de unirme a tu manada?

Especialmente dado que la hizo a sus espaldas, y sospecho que eso a Jadek no le sentaría nada pero que nada bien.

—Exacto —asiente la alfa—. Eres muy perceptiva.

—Lo soy —le sonrío con confianza—. Y me imagino que tampoco querrás que le hable de que he estado llevando a cabo misiones para ti, ¿no?

Ella se tensa un poco.

—Tú las has aceptado de propia voluntad, así que no importa si se te escapa.

Ya, como si ambas no supiéramos lo que implica que una alfa obedezca a otra sin más a estas alturas para otros alfas. Jadek podría pensar que me he cambiado de bando o algo así. Aunque estaría muy equivocado. Minna tiene razón al decir que solo he aceptado porque me aburría y prefería estar activa a estar de brazos cruzados esperando o encerrada en algún otro lugar que no fuera la prisión.

—¿Eso es todo? —le pregunto a la mujer de ojos oscuros.

—Supongo que no has cambiado de idea con respecto a mi propuesta.

Suelto un suspiro.

—¿De verdad vas a insistir en ello?

Ella cruza las manos sobre su escritorio.

—No me gustaría enfrentarme a Jadek, eso lo admito. Pero con una alfa como tú a mi servicio… En fin, que he visto de lo que eres capaz.

—Y yo.

Me importa un pito sonar arrogante. Ella tiene razón. Soy jodidamente fuerte. Ojo, no inmortal o infalible, pero sí fuerte. Y tengo la sensación de que sano mucho más rápido de lo esperado, porque Freya siempre se sorprende de que mis heridas expulsen las balas por sí solas y empiecen a sanar antes de que ella las trate, cuando las hay.

Minna se ríe, aunque sus ojos son severos cuando habla.

—Si cambias de idea…

—Lo sé, y te lo agradezco. Los Irismoon no estáis mal —he conocido gente aquí durante las misiones que me cae bastante bien —, pero yo soy de los Seawolf.

Sienta bien decir eso. Ser leal a algo cuando nunca en la vida lo he sido (excepto a mí misma).

Hay admiración y respeto en los ojos de la otra alfa cuando me mira.

—Eres una buena mujer, Desa Seawolf. Me alegra que Jadek tenga de su parte a alguien como tú.

Me ruborizo ligeramente por su cumplido.

—Exageras —protesto, y luego añado en tono de broma para rebajar la intensidad del ambiente—: La gente a la que he matado no diría lo mismo.

Ella resopla con fuerza. Algo que hace con frecuencia cuando cree que la gente está siendo idiota.

—Aquellos capaces de matar niños y atacar civiles no deberían tener derecho a juzgar el carácter de nadie.

Vaya. Qué intensa se ha puesto de repente. Aunque siempre hay algo intenso en Minna, como si no supiera relajarse. Nos parecemos en eso, supongo.

—Claro —contesto sin saber qué responder.

—Puedes irte ya.

Respiro con alivio cuando me marcho. Minna me cae bien, es una buena líder para su manada. O eso creo. Pero siempre que voy a su despacho acabo tensa por algún motivo. Quizá es esa necesidad desesperada que veo en sus ojos de convencerme de que me quede bajo sus órdenes. O los rumores que he oído que hablan de una líder alfa luchadora que teme a la sangre y a la que le tiemblan las manos cuando la ve.

Capítulo 27

—¡Jadek! —saludo menos de tres horas después junto a la puerta principal de la fortaleza.

Jadek es el último Seawolf en entrar en ella. Ha protegido a su manada hasta el final y se le ve muy cansado. Como si no hubiera dormido. Además, parece aliviado y contento de verme, lo que me hace un poco feliz.

—Desa —responde el alfa con calidez y cansancio a la vez—. ¿Cómo estás?

Se vuelve serio cuando lo pregunta.

Yo me encojo de hombros.

—Bastante bien, la verdad.

Su ceño se incrementa y sus ojos relucen de ira cuando me mira.

—Oí que te habían encerrado. Yo lo siento mucho…

—No es culpa tuya. Fue decisión de Minna, y no se lo reprocho.

Aunque estuve a punto de intentar arrancar cabezas cuando salí de aquel puto zulo. Una de las cosas que prefiero no recordar.

—¿Cómo estás tú? —Me acerco a él y lo miro de arriba abajo. Ha perdido unos cuantos kilos, pero está tan guapo como siempre.

—Ha sido un viaje largo —contesta él—. He de ir a hablar con Minna. ¿Quieres venir conmigo?

—¿Vais a hablar de política? —Hago una mueca.

Él sonríe de medio lado, divertido por la expresión de mi cara. Coño, qué bueno está.

—Sería bueno que vinieras. Ahora eres mi segundo al mando.

Desvío la vista e intento cambiar de tema.

—¿Dónde está Fausto?

Jadek suspira.

—Se largó en cuanto nos pusimos en marcha. Dijo que tenía cosas que hacer.

—O más líos en los que meterse.

—Seguramente —asiente él—. Pero ya es mayorcito como para cuidarse solo.

Me extraña que se haya marchado. Me pareció un poco cobarde cuando lo conocí, pero al parecer hay más dureza en él de la que le atribuí en un primer momento.

Jadek hace que mis pensamientos se dispersen y se apaguen cuando me pone una mano en la espalda baja.

—Vamos a hablar con Minna —insiste—. Hay que terminar de negociar con ella.

Yo trago saliva y maldigo el sonido de mi voz porque sale demasiado aguda para mi gusto cuando hablo.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo? Yo ya he hecho mi parte.

—No seas cabezota —me regaña el alfa—. Eres una Seawolf y mi…

—Segundo al mando, sí. Ya lo has dicho —le interrumpo con un suspiro, dejando que me empuje suavemente hacia la oficina de Minna.

Para mi sorpresa (y desgracia) no protesto mucho por mi nuevo nombramiento y responsabilidades. Quizá porque era inevitable. O tal vez porque he descubierto que luchar se me da muy bien y que, además, me gusta, por mucha angustia que me entre después al verme cubierta de sangre y tripas de los pies a la cabeza.

Sienta bien saber que me estoy cargando a los enemigos que matarían sin dudar a los beta de los Seawolf. Y, cuando dudo, recuerdo los cuerpos de los adolescentes muertos durante el ataque a la base del antiguo metro. Eran críos. Demasiado jóvenes como para morir. Y civiles, para más inri.

—Minna —saluda Jadek cuando entramos en el despacho de la alfa de los Irismoon—. Gracias por cumplir tu parte del trato.

—Sí, ya lo sé. De nada —replica la mujer con resquemor—. Desearía que le hubieras pedido el favor a otro. Aquí ya hay demasiados civiles para mi gusto.

Jadek se encoge de hombros.

—Te recuerdo que la fortaleza originalmente pertenecía a los Seawolf y que estoy en mi derecho a reclamarla, si lo deseara.

—¿Me estás amenazando, Seawolf?

La tensión se puede palpar en el aire.

—Claro que no —contesta Jadek sin inmutarse—. No voy a reclamar nada.

—Nada más, dirás —refunfuña la mujer alfa.

Jadek le sonríe, pero no hay calidez en su rostro, solo agotamiento.

—Qué bien que nos hayas acogido de tan buena gana.

—Sí, claro —bufa Minna—. Vas a pedirme otro favor, ¿verdad?

Jadek me mira de reojo antes de hablar. Yo no digo nada. No quiero meterme donde no me llaman. Parecen amigos que han tenido una pelea sobre algo y son lo bastante mayores como para arreglárselas ellos solitos.

—Una deuda no es un favor.

—Corta el rollo y ve al grano, Seawolf.

—Como quieras —acepta Jadek—. Quiero proponerte la unión de ambas manadas… bajo tu liderazgo.

Las cejas de Minna se elevan tanto que casi parece que vayan a salirse de su cara.

—¿Me estás diciendo que quieres estar bajo mis órdenes?

Jadek niega con la cabeza.

—Sería solo algo temporal —aclara—. Desa y yo tenemos una misión muy importante.

—¿Y qué misión es esa?

—He logrado contactar con varios miembros del consejo de alfas con tu teléfono vía satélite…

—Puto Fausto —masculla Minna.

Jadek prosigue como si no le hubieran interrumpido.

—… y he descubierto que el Alto Consejo de los Diez se reunirá en la antigua fortaleza de la tundra dentro de dos meses.

—Joder —silba Minna.

No tengo ni idea de lo que están hablando, pero parece algo importante.

—¿Quieres que tú y yo vayamos al bosque más profundo de todos? —le pregunto a Jadek, porque empiezo a imaginar por dónde

van los tiros—. ¿Y dejar aquí a los Seawolf mientras tanto?

—Qué chica tan lista —sonríe Minna—. Deberías quedarte aquí, conmigo.

No pensé que se atrevería a intentar robarme la lealtad enfrente del propio Jadek. Tiene ovarios, esta mujer. La respeto mucho.

Una de las primeras cosas de las que me he dado cuenta cuando he vuelto a ver a Jadek es el aroma. Desprende un aroma a fortaleza mental y a fuerza bruta bestial. Mayor que el mío, diría yo. O más o menos igual. No me ha extrañado nada que la gente de por aquí se sienta intimidada por mí o que me admiren y murmuren cuando paso por las calles del poblado-fortaleza. Hasta a mí me ha intimidado oler a Jadek.

Y también me ha puesto cachonda. Para qué negarlo.

—Se han negado a hablar por teléfono…

—Cómo no —interrumpe Minna de nuevo—. Putos carcamales. Odian la electrónica y las nuevas costumbres.

—… y han insistido en que les lleve el mensaje de Fausto en persona.

—¿La ubicación de la base militar central y del cabecilla de los rebeldes? —le pregunto a Jadek.

—Sí —asiente él.

—Es una información demasiado importante como para que el consejo no la conozca —murmura Minna, soltando un largo suspiro —. Así que supongo que este era tu plan desde el principio cuando propusiste traer aquí a los Seawolf que quedan con vida.

—Eres la alfa en quien más confío —asevera Jadek—. No podría dejarlos a cargo de nadie más mientras Desa y yo hacemos esto.

—A mí nadie me ha preguntado si quiero ir —protesto yo, medio en serio medio en broma.

Jadek y Minna se giran hacia mí.

—¿Vendrías conmigo, Desa?

—¿No podrías hacer el viaje tú solo? —pregunta Minna antes de que pueda responderle mientras yo sigo embelesada por el bello color de sus ojos—. Ella podría quedarse a proteger a los Seawolf mientras tú no estás.

—Esa era mi idea original —admite Jadek—. Pero Fausto me ha informado de que hay demasiados Descontrolados y demasiadas bases de cazadores por el camino incluso para un alfa como yo en solitario. Por eso él no se atreve a hacer el viaje.

Minna gruñe con fuerza.

—No puedo prometerte total seguridad en los tiempos que corren. Ni siquiera puedo prometérselo a los míos —afirma con los dientes apretados de la frustración—. Así que, si los dejas en mis manos, más te vale haberle rezado a la Luna para que nos proteja a todos.

—Has mantenido esta fortaleza en pie y libre de enemigos durante veinte años. Confío en que lo harás unos meses más.

—Confía en lo que quieras —suspira la alfa—. Pero al menos podrías prometerme que llevarás un mensaje mío al Alto Consejo de los Diez.

—No hay problema…

La conversación que sigue es una a la que apenas presto atención, porque estoy muy ocupada mirando a Jadek. Sus hombros, tan anchos; sus ojos, tan intensos; sus rasgos, tan perfectos… ¿Cómo no me he dado cuenta hasta ahora de que es incluso más

atractivo de lo que creía? Cuanto más lo miro y más tiempo paso en su presencia, más me atrae el otro alfa.

—¿Desa? —llama Jadek varias veces, hasta que salgo de mi ensimismamiento y respondo.

—¿Sí?

—Lamento arrastrarte a esto conmigo.

Ni siquiera me he dado cuenta de que hemos salido del despacho de Minna y de que estamos solos en el pasillo que lleva al exterior de la fortaleza. Así de embobada estaba mirándole.

—No pasa nada —le sonrío, quitándome las lujuriosas telarañas de la cabeza con una sacudida de la misma—. Por cierto, ¿alguna vez te han dicho que el color negro te sienta de maravilla?

Va vestido de negro de los pies a la cabeza. Como cuando le conocí.

Él parpadea como si se hubiera sorprendido por mi cumplido, pero, vamos, debe de haber olido la lujuria que emana de mí en oleadas. No puede ser que no lo haya hecho.

—Eh… ¿gracias?

—De nada. —Amplío mi sonrisa y la vuelvo coqueta—. Esos pantalones te hacen un culo fantástico, por cierto.

Tiene un culo fantástico. Y unos abdominales de muerte. Y un todo para morirse de deshidratación por lo mojadas que tengo las bragas ahora mismo.

Su rubor solo hace las cosas más divertidas.

—Gracias —repite—. Tú… estás fantástica.

—Lo sé. —Le guiño un ojo—. ¿Quieres que te enseñe el apartamento que me han asignado en una de las torres?

Él parece un poco confuso. Tengo la sensación de que está acostumbrado a intimidar tanto a la gente que rara vez alguien intenta ligar con él. Pues eso va a cambiar, y pronto. Porque pienso tirármelo, y esta vez en serio, antes de que termine el día.

—Si tienes que recoger cosas, mejor nos vemos en una hora en la puerta de la gruta, ¿vale? —propone, en cambio, para mi total decepción—. Hemos de prepararnos para el viaje. Va a ser largo.

Mierda. Si ha captado mis intenciones, me está dando largas. Cosa que no es buena para mi libido. Ni para mi ego.

—Vale —me resigno.

Y él asiente y se marcha, dejándome con las ganas de tocarle en la punta de los dedos y el tintineo de las ansias de besarle en la boca.

Capítulo 28

Nos ponemos en marcha poco después de haber quedado en la puerta. Jadek está tenso y en silencio la primera parte del camino, hasta que nos sentamos a comernos las provisiones en un claro del bosque a mediodía.

Es curioso cómo, a pesar de gastar un montón de energía al transformarme y en mi forma lican, apenas necesito comer si no estoy herida. Así que se lo comento a Jadek para romper un poco el hielo.

—Eso es debido a que nuestro metabolismo está hecho para resistir hambrunas —me explica—. Antiguamente, teníamos que escondernos de los humanos para no ser cazados. Éramos muy pocos antes de la Edad Media.

—¿Y cómo surgieron los licans? Quiero decir, hay un montón de teorías, pero nadie sabe nada concreto.

—La suposición más extendida es que hubo una mutación en un humano que lo transformó en algo parecido a un Descontrolado, y que al morder a otros humanos, estos se convirtieron en los primeros cambiaformas.

—¿Así que el primer licántropo fue un Descontrolado?

Él me mira de reojo mientras mastica su pedazo de carne seca y salada. Yo ya me he acabado el mío.

—Se dice que los miembros del Alto Consejo, los diez alfas, lo mantienen enjaulado en algún lugar del mundo.

—Espera —me alarmo—, ¿el primer lican todavía sigue con vida?

Él se encoge de hombros.

—Es solo un rumor. Dudo que tenga veracidad.

—Ah. —Me inclino un poco más hacia él solo para que vea mi escote. He escogido una camiseta de cuello en uve que resalta hermosamente mis pechos y, además, no llevo sujetador, así que mis pezones se ven claramente a pesar de la tela de color gris oscuro. Canto victoria cuando sus ojos se desvían hacia mis melones y sonrío para mí misma al ver que sus orejas se ruborizan. Es tan mono—. Oye, quería preguntar antes, pero no he tenido ocasión…

—¿Sí? —Él eleva la vista con tanta rapidez que me extraña que su cuello no haya crujido al hacerlo.

Creo que se piensa que voy a echarle en cara la atracción que siente por mí o algo así, porque parece muy incómodo de repente. Pero mi idea es otra.

—¿Quiénes son esos diez alfas y por qué son tan importantes?

Él parece aliviado y yo casi me río en su cara por ello.

—Son los diez miembros del Alto Consejo. —Eso ya lo había deducido, pero dejo que siga hablando en vez de interrumpirle—. Fundaron dicho organismo hace cientos de años, durante los inicios del Imperio Romano, para organizar un poco a las muchas manadas licans del mundo. Hay un representante por cada una de las primeras manadas que se fundaron.

—¿Y los Seawolf no están entre ellos? Pensé que éramos una manada antigua y poderosa.

—Lo somos —responde Jadek—. Pero no tan antiguos como otras manadas que hay en el mundo. Aunque actualmente solo quedan ocho de las diez originales.

—Diez representantes, y todos ellos se niegan a hablar por teléfono sobre el tema de la guerra mundial y el liderazgo humano,

¿eh?

Él hace una mueca de frustración.

—Están muy chapados a la antigua. El más joven debe de haber cumplido ya los doscientos, al menos.

Me quedo en blanco unos segundos al oír eso.

—Espera, ¿doscientos? ¿Te refieres a doscientos años?

—¿Qué otra cosa iba a ser si no?

Lo miro con la boca abierta.

—No sabía que la esperanza de vida de los licans fuera tan alta.

Él se termina su ración de carne y me responde tras masticar lentamente y tragar.

—La de los alfas ronda los doscientos y poco. La de los beta no supera los ciento veinte.

—Joder —silbo—. No me extraña que haya tantos licans en el mundo y que estemos ganando la guerra. Con nuestra capacidad de regeneración y esa esperanza de vida, los humanos lo llevan crudo para ganar.

Él se ríe entre dientes.

—En eso has dado en el clavo. Lo despacio que envejecemos está siendo una de las claves para ganar la guerra, junto a la capacidad de sanación de los alfas sanadores.

—¿Cuántos hay en el mundo?

—¿Alfas, licans en general o sanadores en particular?

—De todo.

—No lo sé. —Se encoge de hombros de nuevo—. Millones de licans a estas alturas, supongo. Somos mayoría junto con nuestros aliados humanos.

Los humanos que apoyan la convivencia con los seres paranormales, ya sea porque son más abiertos de mente o por puro terror.

—¿Cuántos países quedan por conquistar?

—¿De todo el mundo? Solo quedan gobiernos humanos en tres, incluido este.

—Joder —vuelvo a decir—. No sabía que las cosas estaban tan mal para los humanos.

Sabía que estaban perdiendo la guerra, pero no que la mayoría de los países del mundo tuvieran ya un gobierno licántropo.

—No se habla de ello en las noticias de las comunidades con gobiernos humanos para no causar más pánico del necesario, aunque lo cierto es que la humanidad ya ha perdido a nivel mundial. Solo quedan aquellos a los que llamamos rebeldes porque ahora ya es lo que son: la resistencia humana de aquellos que no se adaptan bien a los gobiernos licántropos.

—Y los gobiernos licántropos ¿cómo son? ¿Tratan bien a los humanos?

—Algunos sí y otros no —me dice—. Depende de quién gobierne.

—¿Quién gobernaría este país si acabamos por conquistarlo del todo?

—Supongo que, o bien se seguirían las costumbres humanas de la democracia y se presentarían varios candidatos, o sucedería como en otras ocasiones y el Alto Consejo nombraría a un lican como presidente.

—Y supongo que ese lican sería alfa, ¿no?

—Suele serlo, sí. ¿Por qué? ¿Estás interesada en gobernar?

Me horrorizo con la mera idea.

—¡Ni de coña!

Él se ríe a mi costa y se levanta. Y nos ponemos en marcha de nuevo, no deteniéndonos hasta que cae la noche y paramos para descansar un poco, ya que el camino va a ser muy largo.

Capítulo 29

Establecemos una rutina en los días que siguen: nos levantamos antes del amanecer, nos ponemos en marcha y corremos en silencio hacia el norte y su tundra, y solo charlamos cuando paramos a mediodía, si es que paramos, para dar un pequeño bocado a las provisiones que nos ha regalado Minna.

Durante esos escasos momentos de paz, aprovecho para intentar seducirlo (aunque fracaso) y para hacerle mil y una preguntas a Jadek, que las responde de buena gana y con paciencia. Hasta que llega el día en el que nos encontramos con el rastro de algo inesperado.

—¿Qué demonios es eso?

—Eso —responde Jadek con cara de circunstancias (y no muy agradables, por cierto)— es la huella de un *sefrásk*. Un Devorador.

—¿Un qué? ¿Es algún tipo de lobo que desconozco?

Él asiente, pero duda antes de hacerlo.

—Algunos Descontrolados mutan más de lo que deberían y, con el paso de los siglos, acaban por convertirse en bestias a las que nadie quiere encontrarse.

—Así que es una especie de Descontrolado con esteroides.

Genial. Lo que nos faltaba.

—Cada uno de ellos es diferente al anterior. Nunca se sabe qué aspecto puede tener un *sefrásk*. Solo que son peligrosos y que es preferible evitarlos a toda costa.

—Por el tamaño de la puta huella, yo diría que debe de medir al menos seis metros —calculo—. O más.

Es enorme. Como la de un tiranosaurio, de esos que veía en los documentales de la tele, solo que con seis garras retorcidas en las patas, en vez de tres como en un pájaro gigante.

—Avancemos con cuidado y estemos atentos a cada sonido del bosque —advierte Jadek—. Y será mejor que nos transformemos.

Por una vez, no intento seducirle mientras me quito la ropa. Los dos estamos demasiado ocupados pensando en lo poco que queremos encontrarnos a ese monstruo de leyenda.

Considerando que casi muero al enfrentarme sola a un Descontrolado, no quiero saber qué tipo de bestia puede llegar a ser uno que ha vivido cientos de años sin poder ser asesinado.

De solo pensarlo se me encoge el estómago de miedo, y ya no estoy acostumbrada a esa sensación en lo más mínimo. Es de lo más desagradable sentirse como la presa.

Capítulo 30

Salimos del territorio del monstruo dos días después.

O, al menos, eso creemos.

Paramos a descansar con las mochilas a cuestas todavía sin salir de nuestras formas lobunas, cosa que es muy molesta porque así no hay quien intente seducir a nadie. Dudo que mi pelaje (marrón oscuro), mis colmillos y mis garras sean atractivas para el otro alfa, que por cierto es un pelín más grande que yo y de color azabache de la cabeza a los pies.

No es hasta el cuarto día tras haber cruzado el territorio del Devorador cuando nos detenemos a comer de nuevo que nos transformamos en humanos. Y he de decir que es un momento magnífico: ahí estamos los dos, de pie en el bosque, desnudos como nuestras madres nos trajeron al mundo y mirándonos en silencio con intensidad el uno al otro.

Jadek, cómo no, es el primero en hablar y en romper la magia, porque yo ya estaba pensando en saltarle encima y besarle y, de hecho, había dado un paso hacia él.

—Será mejor que vigile que el Devorador no nos haya seguido. Come tú primero, haré guardia —dice.

Y se larga sin darme tiempo a nada.

Maldiciendo para mis adentros, me quito la mochila del hombro y me siento desnuda sobre la hierba (a estas alturas, ya estoy acostumbrada) para comerme un trozo de jodida carne reseca mientras le espero para mi turno de hacer de guardaespaldas.

Tengo la sensación de que Jadek sabe lo que quiero y me está evitando, así que, en cuanto llega tras casi una hora de andar

revisando que nada haya seguido nuestro rastro, decido confrontarlo al respecto.

—Sabes que te deseo, ¿no?

Me ha quedado un poco cursi, pero ha tenido el efecto deseado: el alfa se ha detenido sobre sus pies con cara de estupefacción y sus orejas se han puesto rojas como la grana.

Jadek se aclara la garganta, pero no desvía la mirada de mis ojos, cosa que me alegra y me satisface enormemente, porque detestaría que se escudara o que me lo negara a la cara como un mentiroso.

—Estamos de misión —me recuerda—. Además, eres mi subordinada…

Resoplo con fuerza al oír eso.

—Tu argumento es una soberana tontería. ¿Qué más dará que sea tu subordinada, como tú lo llamas? —Aunque yo prefiero pensar más en que somos como compañeros de manada o algo así—. Y, acaso, ¿no es estar en una misión peligrosa una excusa perfecta para un poco de desahogo físico?

—Sería una irresponsabilidad por mi parte…

Le interrumpo con otro bufido. He pasado demasiado tiempo con Minna porque se me ha pegado su manía.

—Mira, si me dices que no quieres tener nada que ver conmigo porque no te atraigo o por cualquier cosa personal tuya, pues vale, lo acepto y ya está. Respeto tu consentimiento, ¿de acuerdo? Pero no me digas que no quieres follar por algo como la responsabilidad o el que sea tu subordinada o algo por el estilo, porque a mí solo me parecen excusas y nada más.

—No es que no quiera follar contigo —qué mono es cuando se ruboriza—, es que no debería hacerlo.

—¿Por esos motivos de antes?

Él tensa los músculos de su cuerpo, pero sigue sin desviar la vista de mis ojos cuando me habla.

—Porque, si yo estuviera en peligro y te ordenara que te fueras para gobernar a los Seawolf en mi lugar, no querría que te quedaras y arriesgaras la vida para salvarme.

—Crees que estoy enamorada de ti, ¿verdad?

Su rubor se intensifica.

—Acepto tus sentimientos, pero…

—Pues no lo estoy —le corto—. Me caes bien y todo eso, aunque no estoy enamorada de ti —reitero con fuerza—. Solo quiero follarte, eso es todo. Y si me ordenas que me largue cuando estás en peligro mortal y me quedo, te aseguro que no será debido a mis sentimientos románticos o algo por el estilo, sino a que soy cabezota como la muerte, ¿entiendes? No tiene nada que ver contigo.

—Ah.

Parpadea como si le hubiera sorprendido.

—Ajá. —Me río un poco—. No me digas que te creías que me había enamorado de ti tras tan solo un par de días de conocerte propiamente dicho.

Él desvía la vista finalmente.

—No serías la primera que se confiesa tras haberme conocido durante poco tiempo —se justifica—. Los lobos solemos ser rápidos con esas cosas.

—Me imagino que es por los aromas, ¿no? Me he dado cuenta de que la gente se siente muy atraída por algunas personas y que ello no tiene que ver con su aspecto físico, sino con su olor.

Él asiente.

—En parte es eso, y en parte es que los lobos creemos en encontrar a una pareja de por vida. Como nuestra contraparte animal.

—¡Oooh! ¿En serio? ¡Qué monos!

—No te burles —resopla él, aunque parece divertido por mi reacción—. Nos tomamos el amor y los sentimientos en general muy en serio.

—¿Así que muchos deciden que quieren a una persona por el aroma o alguna característica que les llama la atención y se confiesan para proponerles matrimonio? Un poco exagerado, ¿no?

—Para un humano lo sería —replica él—. Para un lican, esa costumbre, si quieres llamarla así, es la normalidad.

—Pues yo ahora soy lican y me parece de lo más extraño. No se me ocurriría tener una sola pareja de por vida. No sé. ¿No se arrepienten después de casarse?

—Lo llamamos emparejarnos, no casarnos —me aclara él—. Y no he conocido a una sola pareja que se arrepienta de haberse elegido el uno al otro de por vida.

—Pues qué condicionamiento social más raro tenéis los licans más viejos, la verdad. O quizá es que yo conservo mi parte humana, todavía.

—Es posible. —Eleva un hombro con alivio ahora que sabe que no me estoy proponiendo.

—No puedo creer que tú creyeras que yo iba a pedirte matrimonio.

—En mi defensa —bromea él—, estás muy rara desde nuestro reencuentro.

—¿A qué te refieres?

—A que antes no intentabas seducirme ni parecías tan apegada a mí.

—Aaah. Eso. No sé, es que me he dado cuenta de que me gustas, físicamente hablando y, además, desde que olí tu aroma no se me ha quitado de la cabeza. Es como si fuera adictivo —le sonrío —. Hueles como el puto paraíso, pero en plan asesino fortachón. No sé cómo definirlo. Es increíble. Seguro que te lo han dicho antes.

Su cara me dice que sí, pero también se ha quedado pensativo y la manera en la que me mira es extraña.

—Tu aroma también es maravilloso.

—Eso me han dicho. —Amplío mi sonrisa con coquetería—. Entonces, ¿quieres follar o no?

Él aspira una bocanada de aire.

—No deberíamos, pero… sí. Quiero. Y mucho.

Me río por la exultante sensación de victoria y satisfacción que recorre mi cuerpo por entero. He ganado una batalla que no sabía que estaba peleando, y voy a disfrutar del resultado como la gloria que es.

Así que me levanto de la hierba y lo beso con fuerza, metiendo mi lengua en su boca con toda la posesividad que le he dicho que no sentía por él.

Capítulo 31

Jadek sabe jodidamente bien. No a carne o a comida en general o algo así, sino como a vino. A fruta prohibida. A glorioso triunfo y a premio tras un largo día exhausto.

Sus manos acarician mi cuerpo de manera desesperada, como si se hubieran contenido de hacerlo durante demasiado tiempo y ahora siguieran el curso imaginario que su mente ha trazado una y mil veces en su privacidad; y su lengua juega con la mía de manera experta, destilando una lujuria que me está volviendo una demente adicta a sus besos.

—Besas jodidamente bien. Aunque creo que ya te lo había dicho, ¿no?

—Ya te dije que tenía práctica —bromea él cuando nos separamos para respirar.

Volvemos a besarnos mientras nuestras manos recorren la figura del otro. Los nuevos músculos que mi cuerpo ha desarrollado se tensan y destensan conforme las yemas de sus dedos acarician mi piel con firmeza, sin miedo a hacerle daño a mi resistente nuevo cuerpo humano.

Cuando llegan a mi coño, me abren despacio, como si disfrutara de la sensación de la humedad de mi sexo en sus largos dígitos y los temblores de necesidad que me recorren.

Yo le devuelvo el favor rodeando su erección con mis propios dedos y bombeándole un par de veces, teniendo cuidado de no tocar mucho el saco desinflado que hay en la base de su polla, venosa y gruesa.

—¿Tienes pastillas de esas que te hacen una vasectomía temporal?

—Se llaman supresores. Y sí, he traído —replica él, alejándose de mí para ir a rebuscar en su mochila.

Yo me cruzo de brazos mientras trato de controlar mi respiración y admiro su culo al mismo tiempo. Qué bonito es.

—Así que ibas a decir que sí y solo te hacías el remolón —lo acuso.

¿Por qué si no iba a traer esas jodidas pastillas?

Él me mira por encima de su ancho hombro.

—Las traje por si acaso.

—¿Por si acaso follábamos? —me río.

—Por si acaso encontraba a otro mordido —me aclara— que necesitara mi ayuda, como tú.

El buen humor se me esfuma y es sustituido por una oleada de posesividad y celos bastante fea, que él, maldita sea mi suerte, huele, y por la que se gira a mirarme con una ceja enarcada con una de las pastillas en la mano.

—Así que no sientes nada por mí, ¿eh?

—Vete a la mierda. Eso no ha sido voluntario.

Él pone los ojos en blanco.

—¿Desde cuándo las emociones son algo voluntario?

Mis brazos se tensan y mis dedos se clavan en la carne de mis antebrazos opuestos.

—¿Podemos olvidar lo del aroma y volver a lo de follar?

—Si me prometes que…

—No estoy enamorada de ti. Ya te lo he dicho.

Él se me queda mirando durante un buen rato antes de asentir y tragarse la pastilla a palo seco con un movimiento de su mano.

Retiro los dedos de mi carne con alivio y le doy la bienvenida cuando se acerca con un beso apasionado que hace que mi mente se calle y, espero, la suya también.

Cuando eleva mi pierna y posiciona su polla para entrar en mí, yo me subo a sus caderas con gusto y me coloco de manera que le resulte más fácil penetrarme hasta el fondo.

Follamos como dos posesos por el espíritu de la lujuria, impacientemente y con fuerza, soltando gemidos y jadeos que llenan el claro de una cacofonía de carne contra carne. Alzo la cabeza cuando da en mis puntos G y elevo una plegaria a la diosa en la que no creo dándole las gracias por haber hecho a las lobas tan receptivas al placer por penetración, riéndome, sudorosa y exaltada, cuando alcanzo el orgasmo sin ni siquiera haber colado una mano entre mis piernas para darme placer a mí misma como solía hacer antes de cambiar de especie.

Jadek se estremece y se corre dentro de mí poco después y, cuando sale de mí, nos quedamos mirándonos el uno al otro, de pie allí en mitad del bosque, con el cuerpo cubierto de sudor y de la esencia del otro.

—¿Otra vez? —le sonrío.

Él simplemente suelta un gruñido ronco y bajo y me agarra de las caderas para apoyarme la espalda contra un árbol. Y vuelve a penetrarme con fuerza hasta que su polla es el único dios que conozco y deseo conocer. Hasta que he alcanzado el orgasmo no una, sino dos veces más; hasta que grito y suplico su nombre

cuando estoy cerca de un tercero. Y él me lo da, el muy cabrón, aunque se hace de rogar un poco, estropeándome para siempre para cualquier otro hombre que no sea lican, que no sea él, que no me haya hecho descubrir que de repente soy multiorgásmica, cosa que no sabía hasta ahora.

Jadek Seawolf folla como un demonio de la lujuria. Y es todo mío.

Por ahora.

Capítulo 32

Después de lavarnos en un río cercano, seguimos el viaje como si no hubiera pasado nada, sin hablar del tema a pesar de que corremos por el bosque en pelotas en nuestras formas humanas tan rápidamente que seríamos meros borrones a ojos humanos y sorteando árboles como si hubiéramos nacido para ello.

Pero, cuando paramos, follamos. Follamos una y otra vez hasta agotarnos. Hasta que la luz del sol asoma por encima de las copas de los árboles y debemos retomar el viaje. Sin dormir. Sin apenas comer. Solo dos cuerpos desnudos deseosos de unirse una y otra y otra y otra vez.

Hasta que a Jadek le queda solo una pastilla y, cuando voy a besarle al detenernos para «comer» (cosa que ya apenas hacemos), me para los pies con una advertencia.

—Debo guardarla para una emergencia —me señala con gesto endurecido, sabiendo sin duda que voy a discutirle.

Y eso hago.

—¿Por qué coño ibas a hacer eso?

—Porque —me recuerda— no eres la única que merece ser salvada.

—Dijiste que era solo una teoría.

—Una teoría que ha funcionado. Estabas a punto de ser una Descontrolada cuando mis feromonas te sacaron de ese estado.

Lo sé, pero ello no evita que me desespere porque le necesito. Joder. Le necesito.

—¿Y por qué asumes que vamos a encontrarnos a alguien? O, mirémoslo desde otra perspectiva, ¿no podrías no anudarme? ¿Salir antes de correrte? —Nunca he creído en esa metodología de supuesta anticoncepción, pero estoy dispuesta a creer en ella ahora —. ¿O quizá probar otra cosa?

Quiero que me penetre. Lo deseo con una fuerza que me abruma y me enfurece a la vez. Conmigo misma y con la severidad de su rostro y con esa persona hipotética que siento que me ha robado la polla de Jadek en este momento.

Me siento estúpida, y no estoy acostumbrada a sentirme así. No me gusta nada.

—Podemos hacer un sesenta y nueve —propone el otro alfa—. O puedo directamente darte sexo oral.

La idea debería de apasionarme y, en otra ocasión, lo habría hecho. Pero la necesidad de que me la meta es tan estúpidamente intensa que su propuesta solo me produce unas frustrantes ganas de llorar que detesto con toda mi alma.

—Vale —le digo, porque sé que no va a dame nada más—. Sesenta y nueve es uno de mis números favoritos.

Trato de sonreír, sin embargo, la mueca me sale torcida y desganada.

Jadek, en cambio, tenso como un hilo de hierro, me empuja suavemente hasta que estoy tendida sobre la hierba y pone su boca a trabajar sobre mi exigente coño, metiendo su lengua en mi interior y moviéndola expertamente junto a sus largos y firmes dedos.

Aun así, no es suficiente. Tal y como me temía, la polla del alfa tiene algo que su boca y sus manos no tienen.

—Jadek —inquiero, entre jadeos de placer que no son bastante y que me llevan cerca de un orgasmo que ni de lejos es tan

intenso como cuando me penetra—, ¿tiene tu polla feromonas que el resto de tu cuerpo no tiene?

Él levanta la cabeza y detiene el trabajo de su lengua para responderme, aunque no el de sus dedos.

—Sí —replica como ya me temía—. Por eso necesitaba penetrarte durante tu transformación.

Maldigo en voz alta y con tanto furor que él alza su cabeza de entre mis piernas una vez más para mirarme.

—Lo siento —me dice, pero ya es tarde.

—Soy adicta a tu puta polla. ¡Adicta! —le grito con rabia—. ¡Por eso estoy así!

Y alcanzo el orgasmo en ese preciso instante, en el que arrancarle la cabeza es una idea tan dulce como volver a correrme.

—Nadie puede ser adicto a…

—¡Lo soy! —insisto entre jadeos mientras bajo de la cúspide.

—Nunca he oído un caso de algo así. Excepto…

—¿Excepto qué? ¿Por qué te has callado?

Él se detiene y yo me lamento muy audiblemente y le agarro del brazo para intentar empujarlo hacia abajo. Aunque le había dicho que íbamos a hacer un sesenta y nueve, y seguro que su polla está hinchada como nunca, ahora que no se ha tomado la pastilla que lo deja sin el nudo y sin la posibilidad de embarazarme.

—Excepto entre emparejados —finaliza.

Yo lo miro. Y luego resoplo.

—Sigue soñando —le suelto con enfado, agarrándolo del pelo para subirlo esta vez y así poder besarlo con fiereza—. No estamos casados.

—Existe la compatibilidad entre aromas y feromonas, Desa —trata de explicarme—. Esas cosas son las que llevan a muchos licans a pensar en que tenemos parejas predestinadas.

—Pues yo no creo ni en el destino ni en el *predestinamiento*, o como se llame eso.

Él pone los ojos en blanco, pero obedece y me devuelve el segundo beso que le exijo, colando una mano entre nuestros cuerpos para bombear su polla sobre mi vientre.

—Como quieras, mujer tozuda.

—Mira quién fue a hablar.

—Al menos yo sé cuándo aceptar lo inevitable.

—¿Y qué es inevitable?

—Esto —dice, y me penetra una sola vez antes de salir de mí, haciéndome gemir de pura necesidad.

Y, al salir de mí, tiene el descaro de correrse echando la cabeza atrás y dejándome espacio para morder su largo y fuerte cuello con fuerza.

—¡Desa! —gime y grita él a la vez—. ¡No hagas eso! ¡Joder!

Yo me alarmo, porque sus ojos se han vuelto tan plateados como la luna y porque su cuerpo está más tenso que nunca.

Un aullido sale de su boca y sus colmillos se alargan, haciéndome pensar en que se está transformando sobre mí mientras se corre, pero no llega a cambiar a forma de lican, sino que se queda en una mezcla bestial que ha fijado su vista en mí como si yo fuera una presa o su próxima deliciosa comida.

Cuando termina, Jadek se hace a un lado, temblando como una hoja de los pies a la cabeza.

—Jadek —lo llamo con preocupación—. Lo siento —aunque no tengo ni idea de qué es lo que he hecho para que se ponga así—, ¿estás bien?

—Me has mordido —gruñe él con voz inhumana—. ¿Te das cuenta de qué habría ocurrido si yo te hubiera respondido de la misma manera?

—Pues no. No lo sé —replico tragando saliva, porque el tema parece importante y me está poniendo nerviosa lo furioso que está de repente.

—Nos habríamos emparejado —me suelta como una bomba—. Estaríamos *casados*, Desa. Joder.

Yo abro los ojos como platos.

—¿Y por qué coño no me has dicho que los lobos se casan de esa forma?

—¡Porque no salió durante la conversación y porque no pensé que fueras a intentar morderme la yugular!

—¡Pues lo siento —respondo a sus gritos con los míos—, pero podrías haberme advertido y no lo habría hecho!

Mentira. Ha sido más un instinto que otra cosa.

Él suelta otro gruñido y empieza a respirar menos agitadamente que antes, poco a poco, como si se estuviera centrando en controlarse.

—No más sexo.

—¡¿Qué?! —me alarmo—. ¿Por qué no?

Siempre nos quedará ese sesenta y nueve prometido e incumplido.

—Porque —me mira con una posesividad y una fiereza que hace que mis tripas se vuelvan de lava—, no sé si podré contenerme para no anudarte y morderte, y todavía nos quedan varios meses de viaje. No voy a permitir que hagas el trayecto estando preñada, joder.

Lo miro con la boca abierta.

—¡Como si fuera a dejarte! —Cuando ha pronunciado la palabra «preñada» la lava se ha congelado—. Ni de coña voy a quedarme embarazada. No planeo tener hijos.

El mundo es una mierda violenta y además yo no sé ser madre. Nunca tuve una que me hiciera de modelo. Los hijos no entran en mis planes.

—Pues lo dicho: nada de sexo. No hasta que volvamos con los Irismoon —repite, y se levanta para alejarse de mí—. Voy a comprobar que nada indeseable nos haya oído. Mientras tanto, lávate en el río y come algo. Volveré cuando pueda.

Y se larga.

—Esto es una completa y absoluta mierda —gruño para mí misma en completa soledad.

Capítulo 33

El viaje continúa, pero ambos estamos de tan mal humor que se hace más largo de lo que realmente es.

—Hace un frío de cojones —le comento a Jadek cuando llegamos a la tundra cubierta de nieve, donde los árboles son más escasos y más pequeños, pero el mundo no menos peligroso.

—Transformémonos —propone él—. El pelaje mantendrá a raya el frío.

Y pasamos las restantes semanas de viaje hasta la fortaleza oculta del consejo en silencio absoluto. Como ya he pensado en varias ocasiones, es una completa y absoluta mierda, pero así están las cosas entre nosotros: más frías que el ambiente, aunque por debajo del hielo haya un calor mayor que el de un volcán.

El nido en el que se oculta el Alto Consejo está excavado en una montaña helada que escalamos con agilidad casi hasta la cima justo donde un aullido nos detiene casi en la puerta.

Guardias, seguramente. O quizá rebeldes. Espero que sea eso último porque estoy ansiosa por una buena pelea que me haga quemar algo de la frustración tan intensa que siento desde el incidente de la mordedura, del que Jadek se niega a olvidarse.

Pero, para mi desgracia, resulta ser lo primero.

—¡Alto! —dicen varios guardias armados en forma humana, cortándonos el paso—. ¡Transformaos y declarad vuestro nombre y propósito!

Hacemos eso mismo y tiritamos de frío por la nieve que cae sobre nuestros hombros.

—Desa y Jadek de los Seawolf —anuncia Jadek en tono firme, sin dejarse intimidar por la docena de otros alfas y algunos betas, tanto transformados como humanoides, que nos han rodeado de repente—. Hablé con el anciano alfa Enser y la anciana alfa Adina hace un par de meses y les avisé de que vendría. Venimos a declarar ante el consejo.

—Pero no sabía que vendrías en compañía —intercede una voz femenina—. Queridos, dejad que entren, deben de estar helándose ahí desnudos con el maldito frío que hace aquí siempre.

Los guardias se apartan y nos permiten avanzar hacia la entrada de la cueva, donde una mujer vestida de manera elegante y con los labios pintados de rosa nos da la bienvenida con besos en las mejillas y palmaditas en la espalda.

Apesta a alfa, y de las poderosas, aunque con la cantidad de perfume que lleva es difícil de definir. Mi olfato es la caña.

—Soy Adina de los Jadewolf —se presenta la mujer, mirándome y alzando una ceja perfectamente depilada y de color plata oscuro—. ¿Quién eres tú, querida? Nadie me ha hablado de una nueva luchadora con esa cantidad de poder, y yo siempre estoy enterada de las cosas.

—Desa de los Seawolf —repito lo que Jadek ha dicho antes.

—Desa. —Ella saborea mi nombre y me sonríe como si tramara algo—. Dime, ¿te has sometido al joven Jadek?

Nos hace un gesto y entramos en la cueva, iluminada con lámparas eléctricas en las paredes y el techo. Las dobles puertas de piedra se cierran tras nosotros y los guardias vuelven a sus puestos invisibles.

—Soy su segundo al mando —replico sin saber cómo comportarme frente a la que está claro que es una de las diez alfas del Alto Consejo que gobierna la especie lican.

—Eso es lo que me preguntaba —suspira ella, mirándome de reojo. A mi lado, Jadek permanece impasible pero atento—. A mi manada le hacen falta más alfas fuertes como tú. Dime, ¿cuál sería el precio por tu lealtad?

Jadek y yo ni nos molestamos en sacar las ropas de las mochilas para vestirnos, pese a que yo estoy tentada. Aunque por suerte, al ser licántropos, no sentimos tanto el frío como los humanos, que estarían ya congelados como un carámbano.

—No voy a hacer eso —digo al mismo tiempo que Jadek gruñe.

—¿Intentas robármela en mi cara, Adina?

La mujer se ríe y se acicala el pelo, hermosamente rizado y tan gris como sus cejas.

—No te lo tomes a malas, Jadek. Pero desde que mis hijos se independizaron formando sus propias manadas, he estado falta de personal.

—Desa está conmigo —advierte Jadek con otro gruñido—. Y no va a ir a ninguna parte sin mí.

Enarco una ceja, aunque no digo nada porque en parte tiene razón. No voy a traicionar a los Seawolf, sin embargo, esa es mi decisión. No lo hago porque él me lo ordene, ni mucho menos.

Y, si lo hace, puede que le mande a tomar por culo. Me he dado cuenta de que soy muy popular en las manadas. Aunque trabajar para Minna implicaría estar de guardias toda mi puta vida, y ello no me atrae. Al menos Jadek me incluye en las decisiones de la manada, aunque no me agrade especialmente. Me siento más comprendida con él.

—¿Y ella qué opina?

—Que agradezco la propuesta, pero no estoy interesada —le respondo a la alfa del consejo—. Por cierto, ¿qué pinto yo en todo esto ahora que hemos llegado hasta aquí? —le pregunto a Jadek—. Se supone que solo te acompaño por lo peligroso que es el viaje.

—Vaya —silba una nueva voz femenina—. Qué honesta… y qué bien hueles, niña. Tienes unas feromonas muy potentes.

Me ruborizo ligeramente porque la otra anciana me está mirando de arriba abajo con hambre en los ojos.

¿Es que no van a parar de hacer eso? Qué incómodo.

—Gracias.

—El consejo os espera —interrumpe otra voz, esta vez masculina e impaciente—. ¿Por qué habéis tardado tanto? Os avistaron hace semanas y os esperábamos antes.

Mejor no decirle que nos hemos retrasado por todo el sexo que tuvimos las primeras semanas de viaje.

—Desa —interviene Jadek, dándole la espalda a ambas mujeres y deteniéndose en mitad del pasillo, frente al hombre de pronunciadas arrugas, justo antes de entrar en la antesala que da a la sala de reuniones del consejo—, quédate aquí. Debo hablar con el consejo sobre los líderes rebeldes y su base. No tardaré mucho…, espero.

—Muy bien —suspiro—. Te esperaré en el pasillo.

—Bien —asiente él con agradecimiento.

—Jadek —lo llamo justo antes de que todos entren en la sala y me cierren la puerta en las narices, y él se gira hacia mí con tanta rapidez que casi oigo el crujido de los músculos de su cuello—, ten cuidado, ¿vale? Esta gente me pone un poco los pelos de punta —le susurro cuando se me acerca.

La primera mujer me ha dejado simplemente algo tensa, pero los otros dos alfas que he conocido me han puesto la piel de gallina. No quiero imaginarme cómo será tener a diez de esos rodeándote mientras declaras en el centro de esa puta sala circular.

—Lo tendré. —Sus dedos acarician mi mejilla con cuidado, como si en parte temiera tocarme, justo antes de desaparecer en el interior de la sala de reuniones.

Las puertas se cierran tras de él, pero yo todavía noto el calor de su cuerpo junto al mío a pesar de que no está cerca. Y me estremezco con fuerza por la sensación de anhelo que me recorre de la cabeza a los pies, asustándome, porque esta vez no es meramente sexo lo que he querido de él, sino un abrazo. Un puto abrazo que me hiciera sentir mejor. Más segura en una fortaleza en la que no tengo claro si nos rodean amigos o enemigos, por la forma en la que uno de los ancianos con los que he cruzado miradas me ha fulminado cuando estaba bajo el marco de la puerta de entrada de la sala.

Y eso es jodidamente horrible.

Capítulo 34

JADEK

Las puertas se cierran de manera ominosa a mis espaldas y me quedo quieto en el centro de la sala circular. Todos los ojos me miran. Tanto los de los diez ancianos como los de sus guardaespaldas, todos ellos alfas luchadores, aunque no tan poderosos como Desa o como yo.

—Alfa Jadek de los Seawolf. Has solicitado una reunión del Alto Consejo. Dinos, ¿con qué motivo has realizado semejante petición?

El que habla es el más anciano de todos, Ansor. Nadie sabe la edad que tiene. Solo que ha estado gobernando el consejo y, por ende, la especie, desde hace más de doscientos años.

—Se ha localizado la base principal del ejército humano rebelde de mi país, así como a su líder, y solicito la ayuda del Alto Consejo para arrasar con ella y con los rebeldes que contenga y así acabar de una vez con…

—¿Es que acaso los alfas del país sois débiles? ¿No podéis organizaros por vuestra cuenta para semejante trabajo? —me interrumpe el siempre belicoso anciano Hedo.

No dejo que sus palabras me afecten, porque ya había imaginado que haría algo así. No es mi primera reunión en esta sala. Una vez, fui uno de los guardaespaldas de la anciana Belesa, antes de ser nombrado heredero de los Seawolf y abandonar su lado para cuidar del anciano moribundo que me legó todo aquello que amaba: su manada.

—Los alfas del país están dispersos y no se unirán bajo la bandera de otra manada que no sea la suya —explico con calma.

—Sin embargo, hemos oído que has dejado a los Seawolf a cargo de los Irismoon, creando así una alianza entre ambos —interviene Adina—. ¿Es eso cierto?

—Es solo algo temporal hasta que podamos retomar nuestro poblado principal sin miedo a los ataques de…

—¿Miedo? —interrumpe Hedo de nuevo—. ¿Estás declarándote un cobarde?

—¡Hedo! —protesta Adina, a la que siempre le ha caído mal el otro líder—. Te estás pasando.

—Nuestro poblado del antiguo metro fue atacado hace unos meses…

—Eso hemos oído —me corta Ensorio, líder de los Bluemoon —. ¿Por qué no reclamas la fortaleza que ahora poseen los Irismoon? Históricamente hablando, está en territorio de los Seawolf y hace siglos os perteneció.

—Minna es una buena amiga…

Odio que me interrumpan, y estos ancianos no tienen educación alguna y lo hacen todo el tiempo.

—La necesidad de la manada debe ser prioritaria para su alfa, no las amistades con otros alfas —declara Hedo—. Estás siendo un necio. Esa fortaleza es un buen lugar para vivir.

—Eso es cosa del chico —bufa Adina—. ¿Queréis dejar de criticarle y centraros en el tema que nos ha traído hasta aquí? —Se levanta de su asiento con irritación—. Tenemos la oportunidad de liberar a otro país de la tiranía y el odio que los humanos sienten por nuestra especie, ¿acaso no la vamos a aprovechar?

—¡Eso digo yo! —exclama Belaria, amiga suya desde tiempos ancestrales.

Me alivia que el tema de conversación haya vuelto a su cauce. Espero que Hedo no se salga con la suya y que no deje un ataque de semejantes proporciones en manos de los Irismoon y los Seawolf, que probablemente seamos los únicos que respondamos al llamamiento de un ataque conjunto. En los demás alfas nunca he podido confiar. Son demasiado débiles y cobardes.

Necesito la ayuda del Alto Consejo para esto. O al menos la de alguno de ellos y sus luchadores. Nadie tiene tantos alfas a su servicio como los miembros de este consejo.

—Hay que exterminar a esas putas ratas de una jodida vez —grita Sardra de los Frostwolf, y su voz hace eco en toda la sala—. El chico tiene mi apoyo y el de mi manada.

—Y de la mía —declara Adina de los Jadewolf.

—Y la mía —añade Belaria, la voz de los Bluesong.

Ningún otro miembro del consejo se pronuncia a favor del ataque, pero tres es más de lo que esperaba, así que canto victoria internamente y dejo que discutan entre ellos un rato más. Algunos se insultan llamándose cobardes o imbéciles unos a otros, pero apenas les presto atención.

Hay conmoción en la puerta. Y Desa está allí, sola.

Doy media vuelta y, sin esperar a que me den permiso para marcharme, abro las puertas de la sala del consejo y corro hacia la salida, ya que Desa no está donde la he dejado, pero el rastro de su aroma lleva hasta la entrada.

Cuando oigo su aullido, me doy cuenta de que está luchando, así que me transformo y corro hacia ella, rebosante de preocupación.

Porque la criatura contra la que lucha junto a los pocos guardias que quedan en pie no es otra que el Devorador.

Nos ha seguido hasta aquí sin que lo supiéramos, y ahora todos estamos en peligro mortal, incluyendo a los miembros del consejo.

Capítulo 35

La criatura es lo más horrendo y terrorífico que he visto u olido en mi vida.

No solo es inmensa, sino que además tiene cuernos de ciervo y la cabeza más alargada que he visto jamás, además de cuatro brazos y dos patas traseras parecidas a las de una gallina gigante con demasiadas garras.

Y es mucho más rápida que yo.

Tanto, que se ha cargado a la mitad de los guardias cuando llego a la puerta tras escuchar el alboroto que hay frente a esta, rompiendo la promesa que le he hecho a Jadek de esperarlo en el pasillo.

Los alfas que están subordinados al consejo no son tan fuertes como Jadek o como yo, cierto, pero no son débiles ni por asomo, y sin embargo la cosa los mata, empalándolos en sus muchas garras, como si fueran meras moscas molestas.

Suelto un aullido cuando me transformo y me uno a la batalla, presa de puro pánico y ganas de huir para salvar la vida. Es como si hubiera música de terror en mi cabeza ahora mismo. Sé que esa cosa podría matarme antes de siquiera darme cuenta de ello, pero no puedo permitir que llegue hasta Jadek, porque está encerrado en la puta cueva y, por lo que he escuchado de los guardias del pasillo mientras le esperaba, no hay otra salida que esta en la que ahora mismo libro una lucha a muerte con una criatura sacada de mis peores pesadillas.

De solo pensar en que esa cosa lo mate, el estómago se me hiela y el corazón se me para en el pecho. Duele horrores. Más

incluso que el miedo que siento y que mis ganas de ceder a mi cobardía e instintos de supervivencia.

Me hago a un lado justo a tiempo cuando la criatura trata de empalarme con sus garras, y me libro por microsegundos, pero el beta que iba detrás de mí no lo logra.

Sus gritos de agonía se acallan cuando el *sefrásk* —o como se llame— se lo traga entero, llevándose uno de los brazos a la enormísima boca. Y yo aprovecho la momentánea distracción para saltar con mis patas traseras y clavarle mis propias garras, ridículas en comparación con las suyas, en el vientre. El único punto que parece débil en su gigantesco cuerpo medio cubierto de pelaje o escamas.

No le hago mucho daño antes de que se me sacuda de encima y me tire contra la cara de la montaña. Por suerte, la nieve hace de colchón en mi caída, porque si no habría estado jodida con la fuerza con la que me hace a un lado.

Jadek se une en ese mismo momento a la batalla con un aullido de desafío, y el oírlo vuelve a despertar el miedo a perderlo con una fuerza devastadora. Tanto es así, que corro hacia la criatura como nunca he corrido en mi vida y salto hacia su morro cuando lo echaba hacia atrás para intentar morder a uno de los pocos alfas guardias que quedaban en pie, plantándome cerca de sus ojos y apuñalándolos con saña con las garras de mi mano derecha.

Que te jodan, pienso para mí misma cuando dejo ciega a esa cosa. *¡Muérete! ¡Muérete!*

Pero el bicho no se muere, solo trata de sacudírseme de encima de nuevo, agarrándome con una de sus cuatro manos acabadas en garras ensangrentadas y tratando de llevarme hacia su boca para masticarme y tragarme.

Jadek me salva cuando se lanza contra su vientre y le muerde con saña, arrancándole un buen trozo de piel y carne. La criatura

aúlla de dolor y, de pronto, el resto de los guardias alfas del consejo salen disparados de la cueva y se unen a la pelea, haciéndola más justa. Aunque algunos se acobardan, otros se lanzan a luchar con garras y dientes para proteger a los miembros del consejo, la mayoría de los cuales tratan de huir mientras sus guardias entretienen al Devorador.

—¡El cuello! —oigo a una voz femenina gritar con autoridad—. ¡Id a por su cuello!

Me deshago de la garra que me sujetaba de puro milagro, solo porque algunos de los guardias en forma humana han empezado a disparar hacia los brazos y la criatura ha debilitado su agarre mientras se apoya en los otros tres para intentar alcanzarlos y desgarrarlos.

Caigo sobre la nieve llena de cadáveres y sangre, tanto negra de la criatura como roja de los licans, y me pongo en marcha de inmediato, uniéndome a los alfas del consejo que tratan de trepar por el vientre de la criatura hacia su delgado y larguísimo cuello. Nuestros dientes y garras le hacen daño, pero, una vez más, el Devorador va agarrando a los licans con sus cuatro brazos y tragándoselos como si fueran caramelos y, si no fuera porque Jadek me empuja justo en el momento en el que la cosa iba a agarrarme a mí también (estaba demasiado ocupada tratando de buscar su yugular bajo lo que parece un metro de gruesa piel), habría acabado siendo devorada por el monstruo.

Es Jadek quien finalmente logra tumbar al bicho. Se pone en el lugar en el que yo estaba escarbando con mis garras y muerde con fuerza hasta llegar a la yugular del Devorador, que ruge de dolor mientras su sangre negra brota a borbotones de la fea herida.

¡Jadek!, grito para mis adentros con pánico cuando la criatura lo agarra y trata de comérselo a él también.

Corro de nuevo todo lo rápido que puedo y empujo al otro alfa como él me ha empujado a mí para salvarme antes, y los dos

caemos al vacío hasta estamparnos contra el hielo y la nieve de la montaña. Oigo el crujido de mi pierna y sé que he golpeado una roca al caer, pero ahora mismo no me importa. Lo que importa es alejarse de la criatura antes de que esta se vengue o, peor, se regenere.

Los alfas del consejo, tanto guardianes como aquellos miembros del alto mando lican que se han quedado y han sobrevivido, siguen luchando a muerte contra el Devorador.

Yo trato de levantarme cuando Jadek lo hace, pero mi pierna cede y se tuerce de manera dolorosa y terrible.

Jadek se acerca a mí emanando preocupación y me recoloca el hueso hasta que está recto, cosa que me hace aullar de dolor, aun así, lo agradezco porque mi regeneración ha empezado ya y, si no lo hubiera hecho, habría sanado estando torcida, lo que habría sido una jodienda.

No tengo tiempo de darle las gracias ni de pedirle que se ponga a salvo, porque el Devorador ataca con rapidez, separándonos cuando trata de golpearnos con un puño cerrado y tenemos que saltar hacia atrás para que no impacte contra nosotros.

El Devorador está muriendo, y, aun así, se niega a ceder la partida todavía.

Y encima hay más alfas muertos en el suelo que antes, algunos de los cuales eran ancianos miembros del consejo.

Justo cuando la criatura se inclina para intentar partirme en dos con sus mandíbulas, salto de nuevo hacia atrás y luego hacia delante cuando estas se cierran para caer sobre su morro. Debe de estar guiándose por su fino olfato u oído, porque la he dejado ciega, aunque eso no parece haber supuesto un impedimento para sus ataques. Es mortífera, la muy cabrona.

El Devorador intenta sacudírseme de encima una vez más, pero yo me agarro con uñas y dientes a su pelaje y trepo por su cabeza para descender hasta su cuello y hasta la herida que se está cerrando, y ataco con todo mi poder y la extensión de mis garras hasta que esta es tan enorme que incluso su capacidad regenerativa, mucho menor que la mía, tiene dificultades para sanarle.

El bicho cae finalmente por la pérdida de sangre y los numerosos ataques de Jadek contra su vientre, que han terminado por destriparle. Aunque no lo hace sin llevarse por delante a otro par de guardias que gritan cuando los empala con sus garras delanteras.

Cuando al fin muere, todos contenemos el aliento, incrédulos de haber podido matar algo así.

—Hay que quemarlo —dice una de las ancianas del consejo, volviendo a su forma humana—. Y hay que hacerlo de inmediato.

Los pocos guardias que han quedado en pie corren hacia el interior de la fortaleza y vuelven con antorchas que no sé de dónde sacan (y tampoco me importa), prendiendo fuego al sucio pelaje de la criatura, que arde con una rapidez inusual.

Todos nos quedamos mirando hasta que el ser no es nada más que huesos negros sobre nieve pintada de rojo y carbón. Algo que sucede en pocos minutos, porque resulta que el bicho es altamente inflamable (cosa que podrían habernos dicho antes, si es que el fuego es su enemigo natural).

—El Devorador está muerto —anuncia Jadek, acercándose a mí en forma humana y pasando un brazo por encima de mis hombros mientras yo tiemblo, porque la adrenalina está bajando con demasiada rapidez y ello me hace tener más frío que incluso el que hace en la puta montaña.

O quizá tirito con tanta fuerza porque me he dado cuenta de que Jadek me importa más allá del sexo o más allá de considerarlo

una especie de amigo.

Y ello me aterra más de lo que cualquier monstruo podría hacerlo jamás.

Capítulo 36

Adina, nuestro principal apoyo en el consejo, está muerta. Pero el alfa que hereda su manada (el único de sus guardias que queda en pie) nos promete que cumplirá la promesa de ayudarnos con lo del líder de los rebeldes, cuyo ejército destruyó la base del metro de los Seawolf y pone en peligro a las demás manadas, también.

Jadek y yo ayudamos a despedir a los muertos y a quemar sus cuerpos para no dejar rastro. Pronto, los montones de cenizas serán cubiertos por la perpetua nieve de la montaña y los betas y alfas que yacerán bajo ella quedarán en la memoria de quienes los conocieron.

Hay cuatro miembros del consejo muertos, incluyendo a Adina, pero por suerte los dos otros que nos apoyaban están vivos y no planean retirar su ayuda.

Ni Jadek ni yo mencionamos habernos cruzado con el Devorador antes. Cuanto menos sepan sobre ello, deduzco, mejor. No quisiera que nos acusaran de haberlo atraído hasta la puerta del alto mando de los licans, cosa que podría suponer un problema de proporciones enormes.

Así que el secreto morirá con nosotros.

Nos ponemos en marcha poco después hacia la fortaleza de los Irismoon.

Debemos volver a casa. Sin embargo, hay tantas cosas que me estoy callando que me da algo de miedo estar a solas con Jadek durante dos meses.

Espero que mi boca y mi puto y traicionero corazón no me den la puñalada por la espalda y le confiesen que siento algo por él

que no es solo lujuria. Porque si lo hago y encima vuelve a rechazarme no sé qué mierda voy a hacer con mi vida. Él ha dejado claro, como yo lo hice en su momento, que no puede haber una relación más allá de lo físico entre nosotros.

Y, además, ¿quién mierda me manda a mí tener sentimientos por alguien por primera vez en mi vida?

Qué rabia me da sentirme así de vulnerable.

Joder.

Qué asco.

Capítulo 37

JADEK

—¿Qué te pasa?

Está extraña desde que hemos empezado el viaje de regreso. No ha querido transformarse de vuelta a humana para correr por el bosque como hacíamos antes y sospecho que lo hace para evitar hablar, pero yo estoy harto de su huraño silencio.

Ella, por supuesto, se me queda mirando en forma de loba y no me responde. Así que pruebo de nuevo.

—¿Tienes miedo de que aparezca otro Devorador? ¿Es eso?

Espero que picarle el orgullo funcione. Tiene uno tan grande como el mío.

Sin embargo, Desa solo niega con la cabeza y se sienta sobre la nieve, no dispuesta a cambiar de forma a pesar de que hemos parado para comer.

—Así que no piensas hablarme —deduzco—. Y no vas a decirme por qué.

Es frustrante no poder arreglar las cosas, pero tampoco voy a obligarla a decirme qué le pasa si no la pone en peligro. Que se quede en silencio si es lo que quiere. Le daré su espacio hasta que esté lista para hablar conmigo.

Desa gira la cabeza y se niega a mirarme y, de repente, tengo la sensación de que no es por miedo o frío por lo que no cambia, sino que tiene que ver conmigo.

—Entiendo —pronuncio la palabra con lentitud y la veo tensarse. Sigue negándose a enfrentarme de cara. Pues que así sea.

No hablamos durante semanas. Es agotador y también me pone bastante de los nervios. Proseguimos el viaje en un silencio solo roto por los ocasionales gruñidos de Desa y mis dos fallidos intentos más de hacerla hablar de lo que le atormenta (porque está claro que algo la agobia, y mucho). No es hasta que el bosque empieza a ponerse verde y ello marca el inicio del fin de la tundra cuando Desa se digna a transformarse y a dirigirme la palabra por primera vez en tres semanas desde que nos despedimos del consejo.

—¿Hablabas en serio cuando dijiste que éramos compatibles a nivel de feromonas para emparejarnos? —es lo primero que me pregunta, con voz enronquecida por el desuso, cuando habla.

Me la quedo mirando con sorpresa. Hemos parado para comer tras cazar y estoy asando la carne al fuego, ya que la prefiero cocinada a cruda. No me esperaba esta situación.

—Sí —respondo cuando empieza a emanar impaciencia—. Lo dije en serio.

—¿Y considerarías emparejarte conmigo?

Mis cejas se alzan tanto que mis ojos parecen desorbitados.

—¿Por qué preguntas eso?

—Responde a mi pregunta —insiste ella.

Yo dudo antes de hablar.

—El emparejamiento entre dos alfas es algo inusual…

—Responde. A. Mi. Pregunta —repite ella, haciendo énfasis en cada palabra.

La miro de reojo y empiezo a entender qué es lo que le pasa sin que me lo diga.

—Sí. Lo consideraría.

Su alivio es evidente. Debe de haber estado rumiando sobre esto durante las últimas semanas.

—¿Lo harías?

—¿Ahora?

—Ahora o en un futuro —me aclara.

Trago saliva y dejo el palo con el que estaba asando el conejo clavado a mis pies.

—Desa —me humedezco los labios—, somos compatibles, es cierto. Pero en un emparejamiento hay mucho más que eso…

El corazón se me acelera.

—Dijiste que estábamos predestinados y que el destino o la Luna o lo que fuera no se equivocaba con esas cosas.

—Cierto —reconozco con cautela. Está muy a la defensiva, y lo comprendo. Yo también lo estaría si le estuviese pidiendo emparejamiento a alguien—. Es solo que yo he descubierto que no existe un único compatible a lo largo de la vida y que por eso hay que elegir sabiamente antes de hacer algo que nos una de por vida. Además, ¿acaso no dijiste que tú jamás te casarías?

Ella se pone tan recta como una vara. Está ofendida.

—No he dicho que te esté pidiendo matrimonio.

—Pero lo estás insinuando.

—Insinuar no es lo mismo que hacer —insiste ella—. Además, fuiste tú el que dijo que éramos compatibles y habló del destino y toda esa mierda, no yo —se defiende con enfado.

Alzo las manos en señal de paz.

—Me gustas, Desa —admito en voz alta por primera vez—. Me gustas mucho, pero eres mi subordinada.

Sus maldiciones son tan altas que hacen eco en el bosque.

—¡No me vengas con esa mierda otra vez!

Aprieto la mandíbula.

—Hay algo que no te he dicho.

—¿El qué?

—Que si un emparejado muere, el otro no tarda en seguirle. Por ello los alfas rara vez se emparejan, especialmente si están al mando de una manada, ¿entiendes?

—Sigues con esa jodida idea de que yo lidere a los Seawolf si a ti te pasa algo.

—No es una «jodida idea». —Trato de hacerle entender mi punto de vista, aunque la Luna sabe que anhelo emparejarme con ella. Joder si lo anhelo. Pero el deber siempre ha sido lo primero para mí, aunque ahora duela que lo sea—. Los Seawolf deben sobrevivir.

—Pues pídele a Minna que se quede con ellos.

Suelto un bufido de irritación.

—Eso solo ha sido una solución temporal, Desa —le explico—. Si hago eso, los Irismoon adoptarán a los Seawolf y la manada Seawolf como tal desaparecerá. Además, están a mi cargo mientras yo viva. Y mientras me quede aliento, planeo protegerlos.

Ella se levanta, ofendida, y sus pechos bambolean llamando mi atención y haciendo que la lujuria que siempre siento por ella me dé un ramalazo en el estómago.

—¡Esto es una puta mierda! —exclama con los puños apretados de rabia—. Quieres emparejarte conmigo, sé que quieres. —Se me queda mirando como si me retara a negarlo, cosa que no puedo hacer porque olería la mentira en mí de inmediato—. ¿Y me dices que lo que te impide hacerlo es que yo haya aceptado ser tu subordinada?

Los dientes me duelen de lo mucho que los aprieto.

—Así es como son las cosas.

—Y una mierda. Así no es como deben ser las cosas —niega ella con furor—. Tú me quieres a mí y tú me gustas lo suficiente como para plantearme, por primera vez en mi jodida vida, el casarme con alguien. ¡Y vas y me dices que no puedes por si acaso te mueres!

—La vida es dura e impredecible.

—Tan impredecible que podrías llegar a viejo. O podría morir yo antes que tú —reniega, mirándome a los ojos y retándome a que no los aparte—. Tan impredecible que no puedes vivir previendo que si por si acaso, por si puto acaso, te mueres, yo me quede con los Seawolf en vez de dárselos a Minna y largarme a vivir por mi cuenta.

—No harías eso —gruño.

Ella se ríe sin ganas.

—Soy una zorra egoísta. Lo he sido toda mi vida. ¿De verdad crees que me quedaría a cuidar de unos cuantos cientos de civiles y críos beta a costa de mi propia libertad? ¿Acaso crees que acepté quedarme contigo, con los Seawolf, para ser tu heredera? ¡Pues no! Lo hice porque las otras opciones de las que me hablaste eran peor que basura. Ser una loba solitaria no entraba en mis planes. ¡Joder! Ser una loba, punto, no entraba en mis planes. Y conocerte menos todavía. Así que no me vengas con que estás pensando que algo te

matará y que yo continuaré tu legado porque, si lo haces, es que no me conoces en absoluto.

En eso se equivoca.

—Te conozco lo suficiente como para saber que has estado aceptando misiones de caza, asesinato y vigilancia por parte de Minna para proteger el camino de los Seawolf —siseo—. Te conozco lo suficiente como para haberte visto luchar por la supervivencia de los beta durante la primera batalla que tuvimos. ¡Te vi empujar a varios beta del camino de una bala!

—Que sea egoísta no significa que me guste que mis aliados mueran en vano.

—No me jodas, Desa. No eres tan egoísta como te crees.

Ella se acerca a mí a toda velocidad y se inclina hasta que nuestros rostros están a escasos centímetros del otro.

—Te juro que te mordería ahora mismo y que te obligaría a anudarme si no supiera que eso te haría odiarme —declara, y lo dice en serio—. Te deseo tanto que me *duele*, joder. Me duele físicamente. Y no sé si son las feromonas, pero ya no importa. Lo que sí sé con certeza es que te quiero en mi vida como pareja y que, si no puedo tenerte por culpa de los Seawolf, quizá decida largarme para no tener que verte cada puto día de mi vida y pensar en lo mucho que te anhelo y en que no puedo tenerte. Porque, si me quedo, acabaré odiando a tu gente. A nuestra gente. ¿Entiendes?

Me ha dejado sin palabras. Nunca, nadie, me había hablado ni en ese tono ni tan claramente como ahora.

—Lo entiendo —respondo con falsa serenidad.

Ella respira de manera agitada y yo contengo mis ganas de besarla. Mis ideas me parecen ridículas después de su declaración, pero parte de mí todavía se aferra a la idea de que, tras veinte años gobernando a los Seawolf, desde que tenía diecinueve, haya por fin

alguien que me sustituya. Y si Desa no está dispuesta a gobernarlos en mi lugar, aunque a mí me pasara algo (a pesar de que mi instinto me dice que sí que cuidaría de ellos si ese fuera el caso), mi negativa a emparejarme con ella es bastante estúpida por mi parte, porque solo la perdería de una forma u otra.

—¿Y qué vas a hacer al respecto, don Deber? —se burla ella con los ojos más fieros y posesivos que he visto jamás.

Cedo a mis impulsos y la beso con fuerza, haciendo que ambos soltemos un gemido de necesidad.

Supongo que mis instintos han decidido actuar una vez mi mente ha tomado una decisión.

Solo espero que dicha decisión no nos condene a ambos a la muerte en la guerra que está por venir.

Capítulo 38

Cuando decido algo, voy a por ello. Siempre ha sido así. Ya de adolescente, se me metió en la cabeza sacarme el bachillerato con la nota más alta de la clase, pese a que eso luego no me sirviera de nada y me mantuviera despierta hasta altas horas de la noche estudiando. Y lo conseguí. Y así con mil y una cosas, incluido, ahora mismo, tener a Jadek para mí sola y no compartirlo con nadie nunca más, aunque ello implique ser monógama yo misma, cosa que nunca me había planteado probar hasta ahora.

Jadek, como siempre, besa como un demonio que conoce bien mi boca y mis gustos, mordisqueando mi labio inferior con la presión justa como para no hacerme daño pero sí despertar mis sentidos, que a mi parecer ya están bastante revolucionados.

Yo estoy desnuda, así que sus manos pueden tocarme como le place, pero él ha estado corriendo en forma humana y lleva puestos una camiseta y un pantalón de los que me deshago con rapidez para poder poner mis manos sobre su musculoso cuerpo tatuado.

—¿Qué significan los tatuajes? —le pregunto cuando nos separamos para respirar, tocando los que se extienden desde sus hombros hasta sus pectorales.

—Bendiciones de la Luna sobre los Seawolf, principalmente. La mayoría son runas antiguas de protección. Aunque hay dos de ellos que representan a mi madre, que murió cuando yo era un niño. A mi padre nunca le conocí.

—Pues son preciosos. —Me siento un poco ñoña, pero voy a casarme (o emparejarme, como se diga), y por ende no me recrimino el sentirme así de suave.

Acaricio su piel con una ternura que no he sentido por nadie jamás en la vida y la beso. Jadek me coge de la barbilla y eleva mi cabeza para poder besarme de nuevo, hundiendo su lengua en mi boca y haciendo que me olvide de todo lo que no sea él, guerra incluida.

Sus manos acunan mis pechos y masajean mis pezones con suavidad, y yo le obligo a sentarse sobre el suelo y me siento a horcajadas sobre sus caderas, guiando su polla hacia mi interior con una necesidad que no se apaga nunca. Una vez está dentro de mí, empiezo a moverme con ganas arriba y abajo, aumentando el ritmo conforme mi cuerpo me pide más y más.

El primer orgasmo llega rápido y con fuerza, y tiemblo de la cabeza a los pies sacudida por oleadas de placer muy intensas. Más de las que he tenido nunca siendo humana, que para ser honesta, no eran muchas. La penetración por sí sola nunca me llevaba a la cúspide, pero siendo loba es diferente. Mi vagina es tan sensible y tiene tantos puntos de placer que la siento como una bendición de la naturaleza.

—Jadek… —jadeo con éxtasis mientras él me agarra de la cintura y nos levanta para poder penetrarme con mis piernas enredadas en sus caderas.

Sus movimientos son brutales, rápidos y eficientes. Busca llevarnos a ambos al orgasmo al mismo tiempo. Y lo consigue. El alfa sabe lo que hace, su ángulo de penetración, la fuerza y la velocidad con la que lo hace…, no me extraña que me haya vuelto adicta al sexo con él. Más allá de mi nuevo coño multiorgásmico, Jadek es un puto dios del sexo.

Cuando me corro, esta vez le muerdo en el cuello con fuerza, y él hace lo mismo segundos después mientras su nudo se agranda y nos deja atados durante unos minutos. Él expulsa oleada tras oleada de semen en mi interior y yo rezo a los dioses en los que no

creo para no quedarme embarazada, ya que no sé siquiera si quiero ser madre (aunque me inclino más por el no que por el sí).

—Ya está —jadea Jadek cuando separa su boca ensangrentada de mi yugular—. Estamos juntos para siempre.

Suena mejor dicho en voz alta que pensándolo. Jadek es mío. Para siempre. Para toda la puta vida. Mío y solo mío.

—No más sexo para ayudar a otros a convertirse —le advierto —. Si voy a ser monógama, más te vale serlo también.

Él suelta un resoplido.

—Ya te dije que los lobos somos fieles. No está en nuestra naturaleza poner los cuernos.

Eso suena genial.

—Perfecto.

Me relamo los labios. Me saben a su sangre. Jadek se estremece una vez más cuando un nuevo orgasmo lo sacude y me agarra con fuerza contra su cuerpo. Está de pie sujetándonos a ambos y ni siquiera tiembla por el esfuerzo. Todos sus músculos están tensos debido al placer y la expresión de su rostro es pura poesía para mis sentidos.

—Eres jodidamente hermoso —susurro, extasiada por ejercer tal poder sobre él y por lo bello que está ahí, corriéndose dentro de mí.

—Joder —murmura él cuando el orgasmo pasa de largo, y nos sienta en el suelo de nuevo con cuidado de no hacerme daño y de que su nudo no tire de mi coño sensibilizado.

—Eres el mejor amante que he tenido en mi vida. Nunca había tenido tantos orgasmos con nadie —le confieso.

Él abre los párpados y se me queda mirando.

—No puedo llevarme todo el mérito —bromea—. Tu coño es más sensible que el de una humana.

—Ya me he dado cuenta —suspiro con deleite—. Es una puta pasada. Lo adoro.

Él se echa a reír con ganas.

—Eres increíble.

—¿Por qué?

—Porque jamás he conocido a nadie tan honesto como tú, ya fuera humano o lican.

Elevo un hombro en un gesto de indiferencia.

—No tengo filtro —admito—. Espero que no te moleste.

—En absoluto. Me encanta eso de ti. —Me sonríe con dulzura y el vientre se me caldea de nuevo—. Eso y todo lo demás.

—Ah, ¿sí? —Le devuelvo la sonrisa con coquetería—. ¿Qué es «todo lo demás»?

—Todo, Desa. Toda tu puta persona me encanta.

—¿Incluso cuando soy egoísta?

—Todavía no te he visto serlo.

—Pues puedo serlo, y mucho.

—Por si no te has dado cuenta, yo también tengo defectos.

Suelto un resoplido bastante fuerte.

—Me he dado cuenta de lo cabezota que eres —me burlo ligeramente de él—. Aunque, por suerte —me muerdo el labio inferior y muevo mis caderas, que todavía están pegadas a las

suyas. Él gime con gusto y sus ojos se vuelven opacos por el placer —, sabes entrar en razón.

—Solo cuando me conviene —jadea con fuerza, moviéndose ligeramente contra mi pelvis e inclinándose para mordisquearme la oreja.

Le acaricio la espalda y trazo las runas de sus tatuajes con las yemas de los dedos. El placer que siento por sus leves movimientos es lánguido y agradable. No me llevará al orgasmo, pero eso no significa que no lo pueda disfrutar.

—Eres mío, Jadek —repito con gusto, saboreando mi posesividad en toda su gloria sin vergüenza alguna—. Mío.

—Y tú eres mía, Desa —se estremece él—. Mía.

Sonrío contra su hombro y lo abrazo con fuerza, pegando mis pechos contra sus pectorales y soltando un suspiro de placer.

Cuando su nudo se deshace, hay una marca en mi cuello a pesar de mi superregeneración: una luna de dientes y colmillos que ha cicatrizado, pálida contra el resto de mi piel. Y otra igual adorna el cuello del alfa al que he decidido amar a pesar de mis reticencias.

Mío.

Míomíomíomío.

Para siempre jamás.

Capítulo 39

El resto del viaje estamos en la luna, entre sexo, rondas de besuqueos, paradas para tocarnos porque no podemos evitar anhelarnos el uno al otro y palabras que son medio dichas cuando paramos para recuperar el aliento.

Nos entretenemos tanto que, cuando llegamos a la fortaleza de los Irismoon, los guerreros que han enviado las tres manadas del consejo que decidieron apoyarnos están ya allí, impacientes por ser guiados hasta la base secreta de los humanos rebeldes. Han sido alojados por una Minna que está de los nervios por tener tanta responsabilidad sobre sus hombros y que desea echarnos de su hogar lo más pronto posible para poder recuperar un poco de normalidad.

—¿Cuándo pensáis salir a pelear? —es la primera pregunta que nos hace cuando regresamos, seguido de…—. Joder, ¡os habéis emparejado!

—En cuanto descansemos unos días —replica Jadek—. Y, sí, es evidente.

—Que te den, Seawolf —contesta una Minna que tiene unas ojeras más prominentes que cuando nos marchamos—. Sabía que había atracción ente vosotros, pero dos alfas emparejados es una rareza y lo sabes.

Jadek y yo nos encogemos de hombros.

Los líderes de los tres batallones de las manadas del consejo eligen ese momento para llamar a la puerta del despacho de la alfa de los Irismoon, así que la conversación termina ahí.

Y luego todo se llena de planes de ataque, mapas y rutas, divisiones de combate, previsiones sobre cuántos enemigos habrá en el interior del fuerte de los humanos y sus aliados licans, y de cuántos de ellos usarían balas explosivas, y un largo etcétera de cosas necesarias que a Jadek se le dan genial y a mí me aburren.

Tres días después de haber llegado a la fortaleza, nos ponemos en marcha hacia la base secreta y hacia la cabeza de su serpiente: el líder anónimo de lo que queda de las fuerzas humanas, que se resisten al nuevo cambio de gobierno, realizado hace muy poco, que ha pasado de uno humano a uno híbrido: licans y aliados humanos que apoyan la convivencia entre ambas especies y el fin de esta interminable guerra.

Tardamos semanas en llegar hasta la base humana, que nuestra avanzadilla ha reconocido a conciencia para darnos información sobre qué esperar dentro del inmenso campamento, situado en mitad del bosque, en una base militar que se creía abandonada y más cerca de la capital de lo que esperábamos.

Y entonces estalla el caos.

Capítulo 40

Los humanos dan la alarma como si supieran que van a ser atacados, así que el elemento sorpresa se pierde nada más empezar.

Eso es una desventaja para nosotros, ya que la base militar está rodeada de un alto muro que, aunque podemos escalar con facilidad, nos deja a merced de las ametralladoras situadas en las torretas y de los guardias apostados en lo alto mientras lo hacemos. Cosa que sucede.

Muchos licans pierden la vida escalando la muralla de cemento con las garras de sus patas delanteras y traseras, siendo abatidos por los humanos y sus pistolas con balas explosivas, pero muchos otros, incluyéndonos a Jadek y a mí, logramos llegar hasta la cima del muro y abatir a los tiradores antes de que puedan hacer más daño.

Ahora el dilema está en quién es el líder de entre todos estos, ese que se hace llamar El Último Fiel, y que no logre huir antes de que lo pillemos, porque si no estaremos jodidos. Si lo hace, reunirá de nuevo a las fuerzas rebeldes bajo su bandera y la guerra no terminará. Sin embargo, si logramos matarlo, los informantes humanos de Jadek nos han dicho que hay tantas facciones que se oponen a sus varios sucesores que la resistencia humana quedará demasiado dividida como para suponer el problema que ahora está suponiendo para las manadas licans.

—¡Matad a los alfa! ¡Son los más peligro…! —Le arranco la cabeza al soldado antes de que pueda terminar de advertir a sus camaradas y paso al siguiente, matando con la rapidez y la brutalidad que me caracterizan y dejando un rastro de cadáveres a mi paso.

Es una pena que en forma de lobo no podamos hablar ni comunicarnos de manera efectiva, más allá de las emociones que emitimos, porque sería la caña poder decirle a Jadek: «Ahí hay un grupo de humanos que está intentando moverse en silencio por el campo de batalla hacia los tanques y el único avión de combate que poseen». Pero, de todas formas, él me entiende, porque me sigue cuando salto hacia ellos y empiezo a derramar tripas y cerebros por el suelo de cemento quebrado y sucio.

—¡Bombas! —grita otro de los humanos mientras un grupo de licans aliados de los rebeldes se transforman y nos atacan por la espalda—. ¡Lanzad las bombas!

Eso suena muy mal, pienso para mí misma mientras me cargo a todos los licans que puedo, la mayoría de ellos beta pero algún que otro alfa que, por suerte, huele mucho más débil que yo o que Jadek (porque si no estaría en problemas).

No hace falta que le comunique a Jadek que lo de las bombas no ha sonado ni pizca de bien, porque el altísimo alfa se dirige hacia el grupo de humanos que está poniendo algo en los bajos de los tanques y se los carga.

Sin embargo, uno de ellos las detona justo antes de morir.

¡Jadek!, grito para mis adentros, horrorizada cuando veo el fuego engullirlo y aliviada segundos después cuando el alfa sale de la explosión con el pelaje medio ardiendo, pero vivo.

Tengo que detener al resto de los que intentan poner bombas bajo los tanques y en los autos, me digo a mí misma tras comprobar que la regeneración de mi alfa ya está en curso y que va a estar bien.

Me dirijo a toda prisa hacia el grupo de humanos que, nerviosos y asustados, me esperan con granadas en la mano, y salto tan alto como puedo para colocarme a sus espaldas y así poder rajarles las gargantas y arrancarles las cabezas desde atrás antes de

que puedan reaccionar. Soy tan jodidamente rápida que los pobres mueren sin ni siquiera saber dónde estoy ni qué les está pasando.

Jadek está dirigiéndose, como muchos de los alfas luchadores de las manadas del consejo, hacia las diferentes puertas y ventanas del complejo, y estoy a punto de seguirlo cuando veo algo: un pequeño grupo vestido de negro que rodea a otra figura y que se dirige hacia el avión, todavía intacto.

Así que voy hacia ellos. Por muy armados que estén, mi fuerza, velocidad y capacidad de curación han probado ser más eficientes que sus armas, así que confío en ellas para…

Los disparos me alcanzan la espalda y, entonces, para mi total horror, el edificio entero estalla en una explosión cegadora que mata instantáneamente a los alfas y betas aliados que estaban más cerca del mismo y que lanza a Jadek y a unos pocos supervivientes hacia atrás, haciendo que se golpeen contra la cara interna del muro de cemento reforzado. Yo incluida.

Cuando la cabeza deja de sonarme, me levanto como puedo y aúllo un grito de dolor. Las balas salen de mi cuerpo y el milagroso proceso de cura empieza de inmediato, pero tengo la sensación de que todos los huesos de mi cuerpo están rotos, aunque haya tenido suerte de sobrevivir ya que estaba enfrente del edificio cuando este ha saltado por los aires.

¡Jadek!, grito mentalmente, buscándolo con la mirada hasta encontrarlo tirado en el suelo junto a varios alfas chamuscados hasta los huesos, muchos de los cuales ya no se mueven.

Corro hacia él justo cuando oigo el ruido del motor del avión. Tras comprobar que está vivo, aunque muy malherido, me lleno de una rabia como nunca he conocido en toda mi vida y me giro hacia el avión. Hacia el aparato que el líder de los putos enemigos está usando para huir. No le guardo rencor por luchar por lo que cree que es correcto porque una vez yo estuve en su bando: el humano. Pero ahora ha herido a Jadek, que se está regenerando demasiado

lentamente para mi gusto, y sigue siendo una puta amenaza para los licans.

El alfa se transforma en humano y clava los ojos en mí con una petición que me divide el corazón. Está ensangrentado de los pies a la cabeza y tiene quemaduras por todo el cuerpo. Los huesos de sus brazos están tan retorcidos que son irreconocibles.

—Ve —me pide—. Acaba con él.

Intenta levantarse, pero lo obligo a tumbarse de nuevo y, con el mismo cuidado aunque con firmeza, como él hizo una vez conmigo, recoloco sus huesos quebrados para que sanen bien.

Ahora vuelvo, le transmito mirándolo. Ni siquiera ha gritado de dolor, pese a que huela a él.

Le quiero tanto que pensar en que muera me corroe por dentro.

Por eso no puedo dejar que el líder de los rebeldes viva porque, si lo hace, esto volverá a repetirse y Jadek volverá a estar en peligro de nuevo. Y es que no me cabe duda de que insistirá en unirse a la lucha una vez más.

Así que, contra todos mis instintos, doy media vuelta y me dirijo al avión, saltando hacia la abertura de su rampa trasera justo cuando esta se estaba cerrando.

Los balazos no tardan en llegar. Los humanos, sentados a ambos lados de la rampa, me disparan en cuanto me ven, pero por suerte soy tan rápida que la mayoría de las balas se estampan contra los costados del pequeño avión mientras yo creo la masacre más rápida y brutal de mi vida. En pocos segundos, he destrozado a los pobres humanos que trataban de defender a su líder y tengo las garras puestas sobre el cuello del piloto, que reconozco de repente.

Es el médico que me trató una vez, cuando conocí a Jadek por primera vez. Y, al parecer, también es un jodido rebelde.

Le rajo el cuello sin hacer preguntas, a pesar de que él parecía muy dispuesto a hablar para alargar el momento, y salto del avión en pleno vuelo, estampándome contra los árboles del bosque que ya sobrevolábamos.

Corro de nuevo, esta vez en dirección a la base de los rebeldes, buscando a la otra mitad de mi jodido y negro corazón mientras el avión se estrella a mis espaldas y estalla en mil pedazos, quemando parte del bosque.

Lo encuentro sentado, esperándome con una sonrisa ensangrentada en los labios, como si siempre hubiera sabido que yo iba a triunfar. Como si no le cupiese duda alguna.

Y pienso, por primera vez en mi vida, que la confianza no da asco, sino que sienta bien que crean en ti de esa forma tan absoluta.

—Eres magnífica —me dice Jadek medio ido por el dolor de sus crujientes huesos recomponiéndose.

Le falta parte de una mejilla y tiene los labios partidos, pero no parece notarlo.

No me transformo en humana porque todavía quedan algunos humanos y sus aliados licans por ahí causando el caos, pero sí que me arrodillo junto a él y acaricio lentamente su mejilla sana con todo el afecto que soy capaz de dar, que he descubierto que es más de lo que me creía capaz.

Y me quedo haciendo guardia con los colmillos y las garras listas para partir a cualquiera que se nos acerque mientras mi emparejado se regenera del todo.

Capítulo 41

EPÍLOGO

Al principio, el fin del líder humano, que ha resultado ser un supuesto aliado de Jadek, no cambia mucho las cosas: las manadas siguen viviendo en refugios o poblados secretos en todo el país durante años.

Los Seawolf vuelven a su base del metro, y yo con ellos, y la reconstruyen, pero poco a poco más y más Seawolf se aventuran hasta las ciudades, ahora pobladas por una mezcla de licans y humanos. Y, aunque hay problemas de convivencia de vez en cuando, la humanidad descubre rápidamente que la criminalidad o la crueldad no dependen de la especie, sino del individuo, y que no hay más criminales licans que humanos en el mundo.

Los Descontrolados y, por suerte, los escasos Devoradores son cazados hasta la casi extinción por parte de fuerzas híbridas conformadas por humanos y licans, que forman más tarde la primera fuerza policial híbrida de la historia de los países libres, y se establece un sistema de gobierno democrático en el que todos los mayores de edad, sean de la especie que sean, pueden presentarse o votar.

Poco a poco, el país cambia. Los licans se humanizan, los humanos crean iglesias que creen en la diosa Luna o sectas antilicans y siguen siendo tan humanos como siempre, aunque poco a poco el sentimiento que los impulsó a no querer compartir el mundo va desapareciendo y una nueva normalidad se impone en toda la región.

En cuanto a nosotros, seguimos con los Seawolf hasta nuestra muerte por vejez, doscientos dos años tras habernos conocido.

Doscientos dos años en que vivimos juntos, conociéndonos, a veces peleando, follando mucho y queriéndonos cada día más.

Tenemos dos hijos cuando estoy a punto de tener el equivalente a la menopausia lobuna alfa (sobre los ciento cincuenta): dos mellizos, un niño y una niña a los que llamamos Joen y Dinna, que crecen saludables y hermosos.

Joen decide ser diplomático y se marcha cuando apenas ha cumplido los veinte para viajar por el mundo y aprender de otras culturas, pero Dinna se queda y hereda la manada cuando ya somos demasiado mayores como para continuar dirigiéndola nosotros solos, aunque el que sea la primera beta que dirige una manada crea ampollas en algunos tradicionalistas.

Minna y Freya son sus madrinas, y los quieren como a sus propios hijos.

El mundo va cambiando y la vida sigue, con y sin nosotros, porque así es como deben de ser las cosas.

FIN

Sigue a la autora en Instagram para enterarte de sus últimas novedades, continuaciones de sagas, etc.: @tnhawke